Caja 335 - nº 4680
Caja 630 - 13911

DEL VELETA Á SIERRA ELVIRA

LEYENDAS

Y CUADROS DE COSTUMBRES GRANADINAS

POR

ANTONIO JOAQUÍN AFÁN DE RIBERA.

GRANADA:
Tip. Hospital de Santa Ana, 12.
1893.

A la Real Academia de la Historia, de la que tiene la honra de ser socio correspondiente

el autor

Cajó 630 - n 13911

AFÁN DE RIBERA.

DEL VELETA Á SIERRA ELVIRA.

DEL VELETA Á SIERRA ELVIRA

LEYENDAS

CUENTOS Y TRADICIONES GRANADINAS

POR

ANTONIO JOAQUÍN AFÁN DE RIBERA.

REAL ACADEMIA BIBLIOTECA DE LA HISTORIA

GRANADA:
Tip. Hospital de Santa Ana, 12.
1893.

Es propiedad de su autor, y queda hecho el depósito que previene la Ley.

Hace el número de seis el libro que ahora publico, todos ellos sobre tradiciones, leyendas y costumbres de mi patria. El mismo fin que en aquéllos, me guía en éste. Que el nombre de Granada resuene entre propios y extraños, por más que sean humildes los tonos de su cantor. Si el aplauso que merecieron los anteriores lo obtiene el que titulo *Del Veleta á Sierra Elvira*, crean mis bondadosos lectores que me daré por satisfecho.

PRÓLOGO.

AFÁN DE RIBERA (1)

No habrá, en Granada, quien no lo conozca. Hombre ya de edad, aunque bien conservado, manifiesta desde legua un carácter vivo y bondadoso y un tantico burlón. Alto, delgado, ligeramente inclinado ya por los años, de fisonomía simpática y ojos inquietos y enamoradizos, va por esas calles pregonando que es un granadino de los que van quedando pocos; caballero sin jactancia; cristiano por naturaleza; alegre porque sí; amante de esta ciudad encantadora, hasta constituir en él el amor local un enamoramiento inexplicable y una pasión perpetua.

Yo me lo imagino representante de una generación que no he conocido, guardadora de nuestras costumbres populares, apegada á las tradiciones, viviendo á la antigua, es decir, más sana y alegremente que hoy; de genio picaresco y chanceador, tristón á veces, y rebosando otras el clásico buen humor de esta tierra,

(1) Excmo. Sr. D. Antonio Joaquín.

fino y chispeante como la luz viva y trasparente de su cielo.

Como es el hombre, así son sus obras, más aún si de obras literarias se trata; y las de Afán de Ribera tienen este sabor característico, genuinamente popular y granadino.

No busquemos en ellas pulimentos de forma ni esas esquisiteces y alambicamiento del gusto moderno; sencillo y natural se desliza su estilo, como corresponde á los asuntos que trata, y la gracia ingénua y sin pretensiones asoma su cara maliciosa por las páginas de sus escritos. Es más: tiene tan amasado en la sangre el sentimiento de la poesía de Granada, que, sin pretenderlo ni proponerlo, produce en sus lectores granadinos una sugestión que les hace ver y hasta casi tocar, con toda la viveza y colorido de la verdad, esa belleza *sui generis* de las cosas de Granada, tan sensual y tan expresiva, tan delicada y enérgica al mismo tiempo.

Lo que los escritores llamados coloristas y modernistas pretenden á fuerza de descripciones directas y minuciosas, labrando y combinando con hondo trabajo las palabras, como se labran y combinan las diminutas piezas de un mosáico, para producir la emoción artística del natural, esas sensaciones que no se logran sino penetrando en lo íntimo (en lo que Paul Bourget llama *psicología de las cosas),* lo consigue

nuestro escritor por sencillas narraciones en lenguaje corriente, que evocan, aun con formas toscas, la sutilísima poesía de esta hermosa tierra.

No voy á cantar ahora un himno de admiración á Granada; mas sí puedo quejarme, y con razón, de la apatía de los granadinos, que miran con ojos desapercibidos los raudales de poesía y belleza de este paraiso; que viven mano sobre mano, sin explotar esta cantera de hermosura, y dejan que en una tierra tan fecunda como debía ser la nuestra, broten tardías y raquíticas las flores de la poesía y del arte.

Es claro que me refiero á los literatos y artistas, ó á los que tienen capacidad para serlo; pues el pueblo es artista á su manera, y tal vez ninguno como el granadino tenga tan dentro del alma el instinto de la belleza. Nuestras mujeres y nuestro pueblo (el verdadero pueblo ó el bajo, como suele decirse), son artistas de corazón, y, sin darse cuenta, disfrutan de una infinidad de sensaciones de que no tienen noticia otras clases más perfiladas.

La clase media es en su conjunto, entre nosotros, tan roma y negada para las sutilidades de la poesía y del arte, que no parece enterarse del mundo de delicias artísticas en que vive. Aquí la actividad, que no absorbe una miserable politiquilla propia de pueblo, la gasta y consume la pereza y la crítica local menuda y despiadada.

Los contados amigos que en Granada gustan de la literatura, se entretienen en hablar de ella como de cosa peregrina y extraña al común sentir de las gentes; y si, por evento, alguno se refiere á épocas en que se podía hablar de literatos granadinos, se escucha con la boca abierta, y precisa echar mano á la consabida época del humorismo y actividad literaria, allá por los años 40 á 60, cuyo recuerdo ha quedado como en las casas arruinadas el de mejores días, á pesar de que aquello no fué sino el albor de un renacimiento que no llegó á consolidarse.

Con este abatimiento y hasta pérdida de paladar literario, ¿qué de extraño tiene que los granadinos no hagan mérito y hasta en ocasiones hayan olvidado á un escritor popular, tan digno de estima como Afán de Ribera?

En hora buena que á algunos no les agrade el género literario sencillo é ingénuo á que nuestro escritor se dedica, ó que otros juzguen sus asuntos demasiado livianos y vulgares, ó le censuren por mal poeta, á pesar de los éxitos que ha obtenido en públicos certámenes.

Mas echen de ver los últimos que hablamos del escritor y no del poeta, ni se ha de suponer que porque algún escritor cometa el pecado de la rima, pretende y quiere que se le tenga por poeta.

Tratamos del escritor de cuentos granadinos, insi-

nuantes y graciosos, y nada más; porque sus obras poéticas y dramáticas no las conocemos, y las composiciones que, escritas en verso, corren entre sus obras en prosa, son, en verdad y justicia, las más imperfectas.

No desvirtúan tampoco nuestro juicio las incorrecciones de forma, de las cuales unas son debidas á la misma naturalidad y sencillez del escritor, y otras á descuidos, provenientes tal vez del despego y poca importancia que el autor concede á sus obras. Ni se ha de hablar de Afán de Ribera por este ú otro artículo escrito á la ligera y con ocasión de actualidad, sino por el conjunto, expresión y contenido de todos ellos.

Lo injusto es negar el gracejo y primor de sus cuentos y tradiciones y la exactitud y colorido de sus cuadros de costumbres locales, siempre dignos de estima, y más hoy que tan en moda están las literaturas regionales.

Si Pereda pinta con tan vivos colores y delicados matices la vida sana y honrada de la vieja Castilla; si Federico Soler encanta poniendo de relieve, en interesantes y conmovedores cuadros, el carácter y el alma de los catalanes; si no pocos escritores gallegos describen la suavidad y ternura de Galicia, y todos ellos son apreciados y queridos de sus paisanos, no veo que sea justo olvidar nosotros á quien ha sabido

encerrar en sus escritos mucho del carácter pintoresco de nuestro pueblo, y de esa atmósfera sensual y poética que nos rodea.

De otra parte, los que tienen en poco esta literatura popular, olvidan que exige ingenio y viveza, y requiere la difícil facilidad de la gracia.

De muy antiguo es la división de la literatura en popular y erudita, y tan justificada es la una como la otra; y aunque hoy, con la mayor cultura general, no se admitan ciertos descuidos, ni el nombre de erudito pueda mantenerse, todavía cabe dentro de la literatura esa forma ligera y verdaderamente popular, que no usa condimentos de retórica, ni aliños con que cubrir la falta de asunto, ni escarceos psicológicos.

Afán de Ribera no tiene más musa que su Granada querida y los recuerdos de su juventud, henchida de amores y de ensueños. Cuando coge la pluma no lo hace para filosofar ni para admirar á nadie. Es para recordar las escenas de la antigua Granada, sus costumbres y fiestas, ya borradas por el sedimento prosáico de la vida moderna, ó para lanzarse por el mundo de la fantasía y de la leyenda granadina (que yo creo que se diferencia de las demás), deslumbrados los ojos por los colores brillantes de la Casa Real, arrullados los oidos por las brisas del bosque de la Alhambra ó de las honduras del Darro, embarga-

dos el alma y los sentidos por el perfume que nos dejaron los moros, y que vivimos y respiramos sin querer.

De aquí que Afán de Ribera sea, como todos los granadinos netos, cristiano y moro en una pieza; y no una mitad de cada especie, sino el todo de las dos: cristiano fervientísimo y devoto, y moro sensual empedernido. Como cristiano, en todos sus artículos se manifiesta el amor y veneración á nuestra religión, y se nota en ellos el suave aroma de la fe de nuestros antepasados: cristianos son los caballeros y doncellas, los artesanos y menestralas de sus cuentos, los cuales si andan en malos pasos es por culpa de sus sentidos y de la fuerza de la juveutud; sus cuadros de costumbres granadinas de principios de siglo, se desarrollan en un ambiente lleno de vida, aunque malicioso y descarado, inocente y risueño, sin dejar el sabor amargo de la trascendencia, como los cuentos de moda, ni el acre perfume de las flores del mal de la literatura decadentista.

En cuanto á moro, hay que ver lo refinado de sus imaginaciones, lo arrullador de sus amores, lo melífluo y sensual de sus asuntos, el laberinto de ensueños y delirios, capaces sólos de ser sentidos y gustados por quien nació y vivió en Granada, y se durmió lánguidamente en la semioscuridad del camarín morisco, y se deslumbró con los juegos de sol en los

vistosos colores de la vega, y detuvo su paso para escuchar, con emoción fanática, el rumor de las aguas en las umbrías misteriosas de nuestros ríos.

Y vamos á puntualizar algo, aunque sea á la ligera, de las obras de Afán, para que no se crea que estas cuartillas se escriben de memoria.

El libro *Cosas de Granada* es una colección de cuadros de costumbres granadinas, en su mayor parte de principios del siglo, por los que desfilan los tipos granadinos de hace cincuenta años, pintados con todo el relieve de quien los conoció muy á fondo.

La casa de Ánimas es una de vecinos, viejísima, enclavada en la antigua parroquia de San Andrés, en la placeta de los Naranjos; y las escenas entre el tío Farulla, de oficio alpargatero de banco, que ejercía el importante puesto de casero; los pícaros estudiantes; las costureras Isabeles; la tía Salero, tan pedigüeña como encubridora; el formidable contrabandista *Media cara* y su hembra; D. Servando, maestro de primeras letras á domicilio; las tres Marías y el acólito Gorrión, tienen la donosura y el picante sabor de los sainetes de D. Juan de la Cruz.

La barbería de Lesmes Linares, *el maestro Chisme*, en el Pilar del Toro, es otro cuadro saturado de sal granadina con la animación de los sainetes clásicos. Hasta el estilo y el lenguaje recuerdan con fidelidad la época, y leyendo aquellas regocijadas páginas, los

que amamos los recuerdos de nuestras costumbres y miramos con respeto los rincones de nuestras calles antiguas, no podemos menos de sentir en el alma una racha del aire que respiraron nuestros abuelos.

En punto á estos cuadros de costumbres hay varios de brillante color y adecuados tonos en el mencionado libro. En el artículo titulado *Castañas y batatas* encontrarán los curiosos cuantos detalles apetezcan acerca de la festividad de Nochebuena, hace 40 años; qué se comía, cómo y dónde se compraba, y en suma, cómo se pasaba la solemne velada, en el seno de la familia, en íntima espansión. *Al gallo,* es hoy una fiesta desaparecida, y al describirla pinta el autor con vivos detalles la población truhanesca del Albaicín, que se reunía y se maleaba entonces en aquel agujero de su barrio morisco que se llama la placeta de San Cristóbal. *La antigua fiesta de familia*, trasciende al barrio de San Lázaro. *Los ingleses en el Albaicín,* es un precioso artículo donde se describe la *juerga* de los gitanos, á la boca de una cueva de la cuesta de Yesqueros. Muchos extranjeros buscan con afán la clasica zambra granadina, con sus recuerdos orientales, con su lúbrico y salvaje carácter, de color sombrío como la piel de gitano, y tonos brillantes y siniestros como de resplandor de fragua ó pupila de fiera; mas nuestro autor describe la fiesta para dentro, con la serenidad de espectador desilusionado, que sa-

be bien cuán presto se deshacen los fuegos del alcohol y de la lujuria.

La escena de *los compadres* que van *Á los caracoles* al camino de Huetor, «allí donde la vega se extiende risueña hasta perderse la vista en las últimas sierras que le sirven de marco; en aquel pedazo de paraiso donde las flores tempranas de los primeros habares embalsaman el ambiente y duran hasta que las de los cáñamos perfuman las tardes del verano,» es, aun con sus toques exagerados, un cuadro arrancado de la realidad, de esta realidad que vive aquí entre el Genil y el Dauro.

Otro libro interesante, que pudiera titularse manual del perfecto granadino, es el de las *Fiestas populares de Granada.*

Ahí están, por su orden, en una serie de artículos vivos y animados, nuestras costumbres y fiestas, desde la insinuante, encantadora y tradicional del *Día de la Toma*, con que abre el libro, hasta las pintorescas escenas de la Pascua, fin del año y del simpático volumen.

Campea en éste, aun más acentuado que en los otros, un tan desinteresado y sincero amor á Granada, que, al hojear sus páginas, nos parece recorrer nuestra propia vida, unida á los recuerdos de la ciudad en que nacimos; encontramos entre ellas detalles olvidados desde la infancia, emociones gratísimas, que evocan en la memoria y en el corazón dulces

ecos; percibimos, en fin, el perfume poético de nuestra ciudad, que está allí guardado con cariño, como entre las mismas páginas de los libros se guardan las hojas de las fragantes flores.

Es un libro que hay que leer con la devoción y ternura que proporciona el culto á esta hermosísima tierra, pues sin la piedad y ternura del amor patrio con que está escrito y debe ser leído, pierde su expresión más genuina y su valor más intrínseco y positivo.

Yo guardo esta obrita para reavivar en mi alma los recuerdos; para despertar en la fantasía las risueñas imágenes, cuando se duermen al rumor de la prosa diaria; para orear mi espíritu, secándolo á la luz y al ambiente de Granada.

Su mérito principal, aparte de la galanura y sencillez con que está eecrito, consiste para mí en la sugestión que ejerce en el espíritu, en *lo que dice para los granadinos,* por la exactitud y fidelidad con que refleja la impresión artística de nuestras costumbres populares. Es, pues, un libro impresionista, que tiene también valor histórico, porque esta serie de escenas de costumbres, como toda la literatura objetiva, sirve para rastrear el modo de vivir, de ser y sentir de las gentes en una época dada.

Afán describe las fiestas características de Granada, sin pretensiones de ninguna clase, y se concreta, co-

mo artista, á reflejar la impresión del natural, tal como lo ve ó lo recuerda, sin meterse en rasgos de erudición granadina, de esos que, por lo repetidos y manoseados, apesta leerlos.

No habrá, por seguro, quien conociendo la escena, no se regocije leyendo el exactísimo cuadro de *La Cruz de Mayo,* del que puede decirse, ponderando su verosimilitud, que aquello ha pasado, ha sido alguna vez real y efectivo.

La deliciosa romería al cerro de San Miguel en una de esas frescas y perfumadas mañanas de Septiembre, atravesando las calles del Albaicín, adornadas de claveles y de mujeres tentadoras, para llegar á aquellas alturas desde donde se ven los más bellos paisajes que pueden contemplar los ojos, es el asunto de otro cuadro, que tiene la fuerza de color de esos de género que pintan Villegas y Ramos.

Estas dos, y el titulado *Las pasaderas,* son, para mi gusto, de lo mejor del libro, amén de la gracia de *Los cantares de la Golilla,* y del zumo de poesía que tienen *Á San Nicolás* y *La rifa de los abrazos.*

Con el sugestivo título, como ahora se dice, de *Las noches del Albaicín,* publicó el autor en Madrid, en 1855, dos pequeños volúmenes, de tradiciones, leyendas y cuentos granadinos. Esta edición se halla agotada, lo cual prueba su éxito.

No vamos á disertar retóricamente acerca de las

leyendas y tradiciones. En general es género desusado, y los literatos modernos lo miran con desdén, porque ha sido el asilo de todas las medianías.

Indudablemente, el recoger del pueblo los elementos poéticos de la tradición, no exige gran esfuerzo imaginativo ni mucho trabajo; en cambio el escritor ha de poseer los méritos del estilo sencillo, suave y gracioso, sin cuyo aliño las leyendas y tradiciones degeneran en cuentos de vieja mal contados.

Afán de Ribera, más que escritor de leyendas y tradiciones granadinas, es inventor de ellas. Para él, el sentido histórico es lo de menos: un muro roto, una casa vieja y misteriosa, un carcomido ciprés que se mece melancólicamente en las alturas del Albaicín, la cruz solitaria que extiende sus brazos entre arenas calcinadas y nopales bravíos, la boca oscura de la cueva que horada las entrañas del pintoresco cerro, cualquier resto viviente de otra época, le sirve para evocar, ora la escena patética, ora la sensual y brillante, como un tapíz morisco.

Las leyendas, tradiciones y cuentos granadinos, son reminiscencias, ecos, quejas y amores de otros siglos: un memorial de amorosas y románticas aventuras. Todo *demodé* para el gusto del día, más interesante para un granadino.

No sé si á otros lectores les producirá el mismo efecto; pero á mí estos cuentos granadinos me trasla-

dan á aquellas épocas, y mi alma vibra con los amores de moros y cristianas; siente el pavor de las encrucijadas del Albaicín, en las noches lóbregas del siglo diez y seis; adivina la cruel ansiedad de los valientes caballeros y de las tímidas y enamoradas doncellas; se entretiene, en fin, con mil quimeras y delirios.

No pocas de estas tradiciones y cuentos pecan de exceso de puerilidad; mas otras están escritas con el espíritu tan saturado de ingenuidad y candor, que hay que perdonar faltas é incorrecciones.

Estos dos pequeños volúmenes llevan por delante unas cuantas páginas de Martínez Dúran, el malogrado y triste poeta, el Becquer granadino.

El poeta y nuestro escritor eran amigos. Ambos sintieron al unísono, con la sed de los placeres, el amor de lo ideal; enamorados del Albaicín, de sus tradiciones y de sus misterios, convinieron en escribir juntos una obra que había de sintetizar el espíritu poético del morisco barrio. Baltasar explica el porque no llegó él á escribir su parte; mas en las sentidas páginas que sirven de prólogo á *Las noches del Albaicín,* condensa finísima esencia de poesía, y deja traslucir lo que hubiera escrito.

Baltasar Martínez Dúran, aprecia las leyendas y tradiciones de Afán de Ribera exactísimamente; percibe en ellas, no el mérito literario externo, sino la

poesía del fondo, el *coit motive* que las inspira, que es «toda esa aglomeración de tradiciones y de recuerdos, toda esa serie de ruinas y de jardines, todo ese mosáico del Albaicín, el barrio más granadino de todos.»

En 1887 se publicó otro volumen de leyendas y cuentos granadinos de Afán de Ribera, y en 1891 un nuevo libro titulado *Los días del Albaicín,* complemento ó continuación de *Las noches.*

De estas obras hemos sacado la misma impresión de agrado y el convencimiento de que de nuestros escritores del día él es quien con más apego y cariño escribe de las cosas de Granada, y más extrae y saborea el abundoso jugo poético.

Porque no hay para qué hablar de lo más antiguo, que empapado de jugo granadino se ha escrito, y que está por ahí disperso y olvidado; de los interesantes cuadros de costumbres granadinas de D. Nicolás de Roda, cuya colección de artículos no se encuentra por ninguna parte; de alguna de las maravillosas novelas de Alarcón, granadino por esencia y potencia (qué primor *La Comendadora);* de la poética *Allah Akbar*, de Fernández y González; de los cuentos de la Alhambra, de Washington; ni de las numerosas tradiciones y leyendas granadinas en distintas épocas y por conocidos autores publicadas.

Es indudable que hay tradiciones mejores que las de Afán de Ribera, pues las de éste—ya lo hemos di-

cho—más que verdaderas tradiciones, son cuentos por él inventados; pero esto no les quita su valor y su espíritu genuinamente granadino, y sobre todo, en el otro género, de cuadros de costumbres y artículos de asuntos que pertenecen á Granada, nadie, imparcialmente, podrá negarle la exactitud y la gracia.

Confieso ingénuamente, que comencé leyendo á Afán de Ribera con el mismo desdén con que lo leían algunos granadinos; me lo figuraba un autor de romances de ciego, como hay por aquí algunos; no veía en él más que al jefe de Bomberos y al juez municipal; mas luego de la curiosidad despertó mi simpatía, y por espontáneo impulso decidí escribir algo en desagravio suyo, no con la pretensión de que mi voz sea oida, porque es muy desentonada y escasa, sino por proporcionarme la satisfacción personal de disentir del juicio del vulgo.

No soy de los que creen que descubren Mediterráneos; obras de Afán hay escritas antes de que yo naciera, y seguramente que á otros les habrán gustado; de las más modernas también otros, antes que yo, han hecho elogios; pero esto no quita que no haya visto en parte alguna puntualizar su mérito como escritor popular de costumbres granadinas, ni tampoco para que haya dejado de oir censuras y comentarios.

Pero si algunos granadinos lo satirizan, sus libros se agotan; le piden permiso al cantor para traducirlos

al francés; obtiene premios en certámenes públicos extranjeros, y sus ejemplares se han vendido en la Alhambra, solo á los extranjeros, principalmente á los americanos, que tanta predilección muestran por nuestra ciudad.

Esto lo digo, más que para alabanza ajena, para robustecer la opinión propia, siquiera sea de una manera indirecta y como *ab absurdum*.

Más valía que en vez de tanto *Aristarquillo* como anda por ahí, hubiera más ilustración; que en vez de censuras á los humildes y pequeños se aprendiera de los grandes... de otras épocas; que estuvieran los rostros y las almas más alegres; que mejor que tanta suposición y finura hubiera más desinterés y amor patrio; que en lugar del egoísmo, resplandeciera la risueña y tranquila bondad del arte. ¡Bien hallados los plácemes de éste, por ligeros é inútiles que sean! Más que un gesto avinagrado vale un verso mal medido. Más que un discurso científico, un suspiro de amor.

No olvidemos que esta tierra nuestra es y debe ser siempre patria de artistas; y que para Granada y su Albaicín y su Alhambra parece que hizo Dios las altísimas cumbres, de nieve en todo tiempo coronadas, el azul más intenso del cielo, el sol más replandeciente y acariciador, la luna más misteriosa y poética, los rumores de la Naturaleza más expresivos, las mujeres

más hermosas y enamoradas. Para este escondido rincón, hoy tan tristemente olvidado, guarda la tradición sus más encantadoras leyendas; en nuestras fortalezas árabes suspiran los ecos de los más ardientes amores; en nuestro barrio morisco se esconden todavía auténticas huríes; aquí, en paisajes de soberana belleza, se extiende un mundo de ensueños y de fantásticos extravíos desde los picos nevados del Veleta á las tostadas cumbres de Sierra Elvira.....

Y, en fin, que el nuevo libro que piensa publicar con ese título nuestro amigo Afán, sirva para desamargar algunas bocas, con ameno entretenimiento, y sea para su autor motivo de completa rehabilitación literaria entre sus paisanos.

NICOLÁS M.ª LÓPEZ.

Granada, Julio 93.

UNA TARDE EN EL ALBAICÍN.

Deseando saludar á mi querido amigo D. Antonio J. Afán de Ribera, y conocer algo del nuevo libro de tradiciones que ahora escribe, subí el domingo al Carmen de las Tres Estrellas con mi compañero Paco Hidalgo.

Hacía una tarde espléndida, verdaderamente primaveral. Las graciosas mujeres del pintoresco Albaicín vestían sus trajes de fiesta, y sentadas en los dinteles de sus moriscas viviendas, ora embelesadas en amorosa plática con algún bizarro mozo, ora murmurando en animados grupos sobre la vida y milagros de alguna moza de rompe y rasga, ofrecían el cuadro más animado y característico que pudiera soñar para sus lienzos el insigne Pradilla.

Ya en el huerto de las Tres Estrellas, fué nuestro primer cuidado visitar la tradicional glorieta donde escribió algunos de sus magníficos versos el inolvidable Baltasar Martín y Durán. Allí están para eterno recuerdo de aquellas horas de esparcimiento litera-

rio, el rosal plantado á su memoria, y la famosa lápida que el señor Afán de Ribera dedicó al malogrado poeta, y que dice así:

Este rosal
se plantó el día
10 de Diciembre de 1879
á la memoria
del eminente poeta
Baltasar M. Dúran.
Recuerdo
de amistad sincera.

No había llegado aún D. Antonio, y nos dedicamos á visitar las varias dependencias del carmen. Éste conserva restos de su pasada grandeza árabe, ya en el elegante agramilado de la puerta principal, en cuyo frontis aparecen las tres estrellas que dan nombre al huerto y á la calle, ya en los arcos de herradura de la accidentada escalera, ya en las pequeñas ojivas del templete morisco.

Por una empinada escalera se asciende á las habitaciones del primero y único piso de la casa. Á la derecha está el palomar con variados ejemplares de palomas mensajeras; á la izquierda la pajarera, donde se crían rarísimos canarios, y más adelante la habitación destinada por el señor Afán de Ribera para recibir y agasajar á los que suben á visitarle. Desde el

balcón de este departamento se descubre un paisaje magnífico: al frente se destaca el palacio árabe, separado del Albaicín por la imponente cortadura del Darro; á la izquierda se levanta el cerro del Aceituno con la elegante ermita de San Miguel, que parece una blanca atalaya, y al pie del cerro se apiñan en abigarrado conjunto las antiguas construcciones del Albaicín, con sus amplias azoteas, sus ruinosos minaretes y sus tortuosas callejas.

Quisimos distraer aquel rato de espera, y no se nos ocurrió otra idea más peregrina que la de hacer versos. Aquí pongo las improvisaciones, no porque sean buenas, sino porque quiero ser intérprete fiel de todo lo ocurrido. Dicen así:

EN EL CARMEN DE LAS TRES ESTRELLAS.

Albaicín, emporio un día
de la tribu sarracena;
¿dó se encuentran tus caudillos
tu esplendor y tu grandeza?
¿Dó tus árabes palacios?
¿Dónde tus torres esbeltas
en cuyos recios adarves
flotó del islám la enseña?
En tus patios no rebotan,

deshechos en blancas perlas,
los surtidores moriscos
entre lirios y azucenas.
En tu recinto glorioso
ya como un tiempo no suenan
los acordes de la guzla,
el estruendo de las fiestas,
ni el trote de los corceles
de las falanges guerreras,
que con gritos de venganza
y con intención aviesa,
sus moradas abandonan
por dejar sangrienta huella,
por sembrar la muerte ruda
en la cristiana frontera.

. . . . . .

Albaicín, de tu pasado
aun solo recuerdos quedan:
tu pasado esplendoroso
se eclipsó como la estrella
cuyos destellos oculta
la nube pesada y negra
que en los espacios se cierne
presagiando la tormenta.
Tus atrevidas murallas,
tus altas torres enhiestas,
se derrumban poco á poco

las cubre flotante yedra,
yedra que cuando los céfiros
en su carrera la besan,
parece el florón de plumas
de una morisca cimera.
Ya solo nos quedan ruinas
de tu pasada grandeza:
en cada ajimez calado
una sentida leyenda;
una tradición, un cuento,
en cada oscura calleja;
un recuerdo en cada muro,
una historia en cada piedra.

FRANCISCO LUIS HIDALGO.

IMPROVISACIÓN.

Un sol espléndido dora
las ruinas y torreones:
al lejos la Alhambra mora
se levanta seductora
con sus ricas tradiciones.
Del torreón inseguro
la rancia leyenda brota,
y el viento liviano y puro
al resbalar sobre el muro

finge una música ignota.
En estos huertos umbríos
de claveles y alhelíes,
gozáron sus amoríos
moros de rostros sombríos
y encantadoras huríes...
Bajo la ruinosa ojiva
que ya el tiempo desfigura,
quizá gimió sensitiva
alguna triste cautiva
de singular hermosura.
El ciprés que se cimbrea
junto á la tapia arruinada,
la brisa que juguetea,
la vacilante azotea
por los siglos respetada;
Todo trae á la memoria
leyendas de otras edades:
todo nos cuenta una historia
de pesadumbre ó de gloria,
de dichas ó de maldades.
Aquí sus versos sin par
Martínez Dúran leyó;
aquí supieron hallar
inspiración singular
genios que el tiempo borró.
Bajo el frondoso emparrado

de la glorieta sombría,
tienen su albergue ignorado
por el ciprés coronado
los genios de la poesía.
¡Cuántas cuitas ignoradas
hay al pié de cada reja!
¡Cuántas leyendas de hadas!
¡Cuántas historias veladas!
¡Cuánta perdida conseja!
. . . . . .
¡Albaicín!, lugar amado
de la estirpe del profeta:
por tu hermosura inspirado
hoy te ofrece entusiasmado
su inspiración el poeta.

A. DEL ARCO.

Llegó al cabo el Sr. Afán de Ribera, acompañado de D. Manuel Eduardo López y D. Antonio Castilla Ocampo, y allí se improvisó una merienda, salpimentada con sabrosísimos chistes y picantes agudezas. Se tomó primero el tradicional ponche, y en tanto que un mensajero subía de la fonda de la *Perla* la indispensable bucólica, el Sr. Afán nos dió lectura de la leyenda *Perros y gatos* que ha de incluirse en el nuevo libro *Del Veleta á Sierra Elvira*, y es donosa é inspirada como todas las suyas.

Perfectamente asistidos por los moradores de la casa, apuramos la sabrosa comida, cuyo *menú* fué como sigue: *Riñones salteados, chuletas de cerdo rebozadas, carne mechada, jamón trufado, queso de bola, dulce de membrillo, pastas y café.*

Eran las ocho de la noche cuando bajábamos las empinadas cuestas en busca de la Carrera de Darro. La vista que ofrecían los millares de luces de la Cruz de la Rauda y cuevas del cerro del Aceituno, era admirable; parecía que se agitaban sobre la falda del gigante cerro, legiones de brillantes luciérnagas. Siendo de extrañar el contraste que ofrecían aquellas tortuosas callejuelas puramente árabes, alumbradas hoy por mecheros de gas, como si la civilización moderna triunfara de aquellos tiempos de barbarie.

Réstame sólo añadir, que estas amistosas reuniones fueron un tiempo ingeniosas lides poéticas, donde prodigaron sus versos los más señalados vates granadinos.

ÁNGEL DEL ARCO.

Granada 1.º de Marzo de 1891.

Á TOQUE DE CUERDA

GOLPE DE BENDICIÓN.

Quiero vivir en Granada
porque me gusta el oir
la campana de la Vela
cuando me voy á dormir.
(Canto popular).

La tía Rafaela me decía así hace algunos años, sentada á la lumbre de la chimenea de mi cortijo del *Moscoso.*

Poco suena esta tarde la campana. Se conoce que el frío desalienta á los enamorados, y no está la Magdalena para tafetanes. Les habrá ocurrido lo mismo que á V., que ha dejado la subida á la Alhambra para venir á estos Llanos de Armilla, para presenciar los antiguos moros y cristianos con que festejaban semejante día los vecinos de los pueblos inmediatos. Pero todas las añejas costumbres van en desuso, y como la llovizna que cae es nieve pura, si se asoma á su reja verá que sólo en la puerta del ventorrillo hay al-

gunos mozos de labor, c[illegible]ejor festejan el aguardiente alpujarreño qu[illegible] las solemnidades de la nación.

Mas para que no pierda el viaje, ya que tan aficionado es á historias, le contaré una, cuyos resultados son la prueba más palpable de la virtud que una cuerda de cáñamo agarrada en ciertas ocasiones produce en el corazón humano.

Fué así:

Usted no conoció á mi sobrina la Matilde. Si no, ya hubiéramos tenido que andar como las grullas, en un pié. Era una chica lo que se llama de primera, morenita, con una gracia y unos andares y una manera de bailar las sevillanas y el fandango, que se llevaba todos los corazones tras de sí. Por eso estaban enamorados de ella todos los mozuelos de las cercanías y algún que otro rico de estos cortijos, por supuesto con buen fin. El más obsequioso era Diego el Aperador, propietario de la *Casilla* y dueño de tres buenas yuntas de mulas y un crecido rebaño de ovejas. Habló con mi hermano y fué reconocido por éste como novio oficial, aunque á la muchacha no le pasaba de los dientes adentro. Ya se ve, estaba Joseito de por medio, un mozalvete como un clavel, diez años más joven que Diego, sin señales de viruelas como éste, y que además rasgueaba la bandurria como los ángeles, siendo el obligado tocador de las fiestas en el pueblo. Cuando se enteró del pretendiente y que mi familia lo desdeñaba por pobre, estaba para darse á los diablos; pero respetando á sus padres, no cumplió la promesa que hizo de moler con un garrote todos los huesos del Aperador. Y cuidado si era

capaz de hacerlo: era el mejor tirador de escopeta, y con unos puños que sujetaba al novillo más bravo.

Sin duda los dos se entenderían á hurtadillas, porque ni mi sobrina se desmejoraba, ni el novio volvió á demostrar su celera. Diego acudía de noche siempre con obsequios de dulces y ropas, que la muchacha dejaba en un rincón, aunque se susurró un domingo en la puerta de la iglesia, al salir de la misa mayor, que á Pepillo se le habían caido, al sacar el pañuelo, unas almendras como nueces, iguales á las regaladas la noche antes á Matilde por el cortijero.

Pero vamos á lo que importa. La víspera de la Toma del año 1860, Diego dispuso obsequiar á la futura y á toda la familia, conduciéndolos á la ciudad en su mejor carro, para subir á tocar *la Vela*. El muy sorna, aunque no era muy avisado, confiaba en la tradición, y quiso ver si ésta le ayudaba á vencer la frialdad de la muchacha.

Á las primeras horas de la tarde, en el carro engalanado con su toldilla, con blandos almohadones en las sillas, y tirado por el mejor par de mulas, Diego y mi familia subían la cuesta de Gomérez. La muchacha algo mohina, pero preciosa con su azulado mantón de abrigo, y un pañuelo de seda color de rosa, por cuyos picos se escapaban los negros rizos de sus cabellos.

Á Joseito no se le vió aquella mañana en el pueblo; pero era notorio que la noche anterior estuvo rondando la casa de mi hermano.

La comitiva se mezcló con el bullicio de la gente en la *placeta de los Aljibes*, donde llamaba la atención la hermosura de la joven y la enorme capa de paño azul

del cortijero. Se dirigieron á la *Torre*, y gratificado generosamente el *Velero,* pues Diego quería mostrarse rumboso con todos, se encaminaron á la plataforma, donde había varias parejas tirando como locos de la cuerda de la campana.

Matilde miraba á todos lados como esperando á alguien; mas Diego se le acercó y oyó decir á su padre:

—Niña, complace á tu prometido.

Lo que el cortijero pretendía era que la niña agarrase la cuerda con su pulida mano, y él con la callosa suya colocarla encima y dar los tirones de ordenanza. No bien iban á consumar su deseo, cuando recibió un terrible empujón que le arrojó al ángulo opuesto, y Joseito y la Matilde pillaron la cuerda á cuatro manos, ejecutando el más sonoro repiqueteo, que casi parecía señal de alarma ó de pronunciamiento.

Todo fué obra de minutos; cuando Diego se incorporó y pudo desliarse de los pliegues de su capa, los chicos habían desaparecido, y luego se supo que ella quedaba en depósito casa de otra parienta nuestra en la calle de San Jacinto.

El disgusto que se movió puede V. imaginárselo; á Pepe no se le vió más en las cercanías, y mi hermano tardó algunos meses en recobrar á su hija, que desde entonces no volvió á salir sino á misa, ó á esperar en el tranco al alguacil, cuando venía de recoger en Granada la correspondencia.

Querrá V. saber el desenlace. Pues bien, principiaba la guerra de África. Á ella marchó como voluntario el mancebo, y tan buen arte se dió y tantos mo-

ros despachara, que volvió con su estrella en la manga y una cruz en el pecho. Hoy es el capitán D. José Santamaría, y mi sobrina la más guapa de las *oficialas* del regimiento. Hasta gasta sombrerillo, y el asistente la dice señorita Matilde, tratamiento que acepta con la mayor formalidad la aludida.

Y vea V. cómo los contactos de manos enamoradas y el roce de la cuerda de la Vela, ocasionaron esta boda, arraigando más y más en nuestros pueblos la certeza de la tradición que de tantos siglos se refiere, de que el enlace es seguro como los novios se dejen el pellejo de las palmas de las manos en el cáñamo del cordel.

—Estoy conforme, – añadí;—siempre la cuerda fué el símbolo del matrimonio, y razón es que los pretendientes la saboreen por los dedos antes de anudársela al pescuezo.

ESTA CASA SE ALQUILA.

I.

Se colocó Paca la morena una *extraña blanca* en el negro y rizado cabello; sujetó con un pasador, figurando un corazón atravesado por una flecha, el encarnado pañuelo de Manila, de los pequeños que ciñen el talle de las jóvenes del pueblo; sacudió la almidonada falda de percal, y agarrando la costura se puso á hacer labor en la reja de la sala baja de su casa, en la calle de Bravo, junto á la parroquial de San José.

Decir que la muchacha era bonita y graciosa, no es cosa particular, siendo de un barrio en donde hace siglos se escoge por el bueno de Mahoma las houríes para su paraíso.

Esto, unido á contar los quince abriles y ser sus padres industriales algo acomodados, pueden figurarse si habría envidias en el vecindario cada vez que se exhibía la mozuela.

—Ya tenemos mona en ventana, – exclamó Sinforosa, la bordadora de enfrente, que por causa de las viruelas quedaba para vestir imágenes.—Jesús y qué colorada se ha puesto; lo menos ha consumido un platillo de arrebol de los más finos que se venden en la Alcaicería.

—¿Pero no reparas,—le respondió la hermana de

la granujienta, que era otra doncella rancia á quien las lombrices tenían como canuto de almecinas,—que se ha puesto la *cédula* en la cabeza?

—Sí, ya lo veo. Por eso cuida tanto la maceta, para tener el reclamo siempre fresco. Mas, á pesar de todo, los pretendientes no se dan mucha prisa á picar el cebo.

—Menos palabras y más haciendas,—les dijo una mujer anciana que hilaba junto á las murmuradoras. —Por ese prurito que tenéis de meteros en las vidas ajenas, sóis malquistas de todos, y nunca haréis carrera ni ante Dios ni ante el mundo.

—Pero, tía,—le replicaron, – si es que la Paca tiene más humos que las calderas de Pedro Botero.

—Eso no es de vuestra incumbencia. Puede tenerlos por su cara y por sus condiciones. Cada cual siga su suerte y ande la aguja, que no hay otro caudal que vuestras manos.

Callaron las feas, al tiempo que otra mozuela que estaba sentada en el escalón de su portal cantaba alegremente:

La niña que tiene novio
y se pone la flor blanca,
es señal que no lo quiere
y busca alquilar la casa.

En efecto, no de antes, sino en nuestros días, es tradición que las *extrañas,* las *mari-saladas* y hasta las *rosas*, en siendo blancas, sirven de anuncio cuando las ostenta una joven, de que aquel corazón se encuentra libre, y que por lo tanto pueden acercarse los galanes, al menos con la esperanza de no estar la plaza con guarnición.

No era esta la causa del adorno de nuestra protagonista. Coqueta por instinto, comprendía que lo blanco resalta muy bien sobre lo negro, y desde Eva es deseo en la mujer realzar, por cuantos medios le sugiere su entendimiento, sus gracias naturales.

En cuanto á estar vacante se habían equivocado de medio á medio las vecinas. Pudiera ser que en el pecho de Paca no se hubiera encendído el fuego del amor; pero que la galanteaba y paseaba su calle Nicolás Benítez, el hijo del portero de Santa Isabel, en esto no cabía la menor duda.

Los padres de la muchacha lo aceptaban, por ser único, aunque algo simplón y mofletudo, y porque *Fray Diego,* el autor de sus días, llamado así por el oficio que ejercía, reunió muy buenos ducados llevando las exquisitas empanadillas monjiles á los señores de la Chancillería y á los más reverendos canónigos de la Santa Iglesia Metropolitana.

Ya se ve, siempre ha sido el dinero el señor más poderoso, y para las madres casamenteras, un tonto con bolsillo repleto vale más que el Preste Juan de las Indias.

¿Ocurre lo mismo á las jóvenes? Antes, menos que ahora. El siglo de las luces ha abierto mucho los ojos á la humanidad, y el *contigo pan y cebolla* se mira casi como un sacrilegio en nuestros días.

II.

Al anochecer de una de las más cálidas de Julio, estaban sentados, en un lado de la puerta, Paca y el

Nicolás, y en el otro la madre de aquélla, haciendo como que rezaba, aunque más bien las reverencias de su cabeza eran señales inequívocas de que la vencía la modorra.

—Pero arrima la silla, Paquita,—le decía el mofletudo;—todas las jóvenes no se desvían de esa manera de su novio; y ya murmuran que tanto despego no es indicio de cosa buena para mí.

—Hablen lo que quieran las gentes; yo tengo mucho calor, y es bueno que ventilen los aires. Además, yo no te he dado el sí; y el permitirte que te coloques á mi lado, es por no disgustar á mis padres; que si no, ya estaríamos uno en Flandes y otro en Aragón.

—Pero, Paquita, todos creen que somos amantes, y se burlan de mí al contemplar la distancia de silla á silla, y que nunca hablemos por la reja, como todos los novios de la ciudad.

—Tienes menos luces que un altar á oscuras; si no soy tu novia ni áun señales de ello, ¿por qué me persigues para que lo que pudiera ser dentro de cien años, no sea nunca?

—¡Cien años!; échale hilo; bien dice la señora Petra, mi comadre, que eso de no ponerte otro adorno en el pelo que flores blancas, tiene mucho que cavilar. ¿No te traigo manojos de claveles rojos y disciplinados de los que se crían mejores en el carmen de San Antonio?

—Vaya, que no me canses, ó entro á acostarme, aunque mis padres pongan el grito en el cielo.

—Sí, sí, te entiendo,—replicó el mancebo ya amostazado.—Aquí hay duende y un San José de por me-

dio, y como dice mi madrina, algo tiene el agua cuando la bendicen. Puede ser que yo me incomode y se acaben todos los Pepes, hasta el de la iglesia, que está ahí cerca.

—No te untes, que estás de huevo,—le contestó con gracioso mohín de burla la muchacha.—Tienes mucha barriga para matón; y quien va por lana suele venir trasquilado.

—Luego es cierto; luego te habla Joseíto Sánchez, el sobrino del Sr. Cura, como me lo están asegurando siempre mis amigos. Vaya, contesta, que la sofocación que tengo me ahoga.

Paca, por toda respuesta, tarareaba la siguiente copla:

Si piensas que yo te quiero
porque te miro á la cara,
es como el que va á la feria
á ver, y no compra nada.

Nicolás se levantó como un energúmeno, y echó á andar la calle arriba diciendo entre dientes:

—Canta, canta, que si llegas á ser mi esposa, por cada copla de ahora, habrá sendos pescozones después.

Al ruido de los pasos del muchacho se despertó la madre y preguntó á la niña:

—¿Han dado las ánimas? Pronto se ha pasado la hora. (Este tiempo era el plazo que por lo regular se concedía á los novios para pelar la pava.)—Y pues se concluyó mi centinela, vamos para adentro, que ya vendrá tu padre á tomar su refrigerio.

—Es temprano, pero á Nicolás le dolía el estóma-

go, y ha ido á la botica de San Gregorio por medicina.

—Ya eres buena, Paquita; me va pareciendo que Nicolás no te pasa de los dientes adentro; y si nosotros lo aceptamos para yerno, es por tu bien. Es un joven honrado, y tiene sobra.....

—De barriga,—le contestó la mozuela, haciéndose rehacia para entrar.

—Calla, bufona: estas jóvenes del día reparan más de lo que es menester,—le replicó la madre.—En mis tiempos no se miraba con detención al futuro hasta después de las bendiciones.

Y entrándose, añadió:

—Recógeme el rosario, que se me cayó al meditar en la muerte y pasión de nuestro Señor Jesucristo.

La niña se entretuvo en reunir las sillas, sin duda para dar tiempo á que un bizarro mancebo que se ocultaba en la esquina se acercase á ella, y dándole un pequeño billete, siguió disimuladamente su camino.

III.

Pepe Sánchez, como le llamaban en todas partes, era el galán á que nos referimos, y causa de los justos celos de Nicolás. De tipo opuesto á éste, alto, delgado, agradable, decidor, conquistaba las simpatías por donde quiera. Su tío, el señor cura, lo destinaba para la iglesia; pero ni aunque le ofrecieran una mitra se hubiera ganado su voluntad. No le entraba la cleresía. No obstante, su aplicación era extremada, y

poseía tan hermosa forma de letra, que era ríjado en las escribanías, y sus copias le producían sendos ducados y esperanzas de llegar en su sazón á desempeñar en propiedad uno de los oficios. Con buen acuerdo de su tío, le dejó hacer, y como en el trabajo de la pluma hay sus horas de holganza, las dedicaba á pasear la calle de Bravo, cerca de su vivienda, y á entenderse con la bella con grande circunspección y secreto.

Pero la niña ya no podía sufrir las pretensiones del Nicolás, ni los sermones de sus padres, y noticiándolo al Pepe, éste tomó sus medidas, y la carta entregada decía así:

«Mi buen tío accede á mis ruegos y convencerá á tu familia; pero antes es preciso escarmentar al moscardón, y de eso yo me encargo, y será muy pronto.»

El hijo del monjero, á pesar de su enojo, soñaba con la chica, y volvió á las tres noches siguientes á pedirla perdón de su despedida á la francesa, y tomando la silla se colocó en el sitio de costumbre, aunque Paca se desvió de él más que otras veces.

Volvieron las recriminaciones y las quejas, y aquélla iba á entrarse en su portal por no oirlo, cuando, sin saber cómo ni por dónde, la silla del pretendiente perdió el equilibrio, y aquél cayó al suelo dando la más terrible voltereta, y quedándose como una rana aplastado contra el empedrado.

Y fué que una mano certera colocó desde el portal contiguo, disimuladamente, un férreo gancho; y cuando más airado se mostraba el Nicolás en sus quejas, un fuerte tirón le puso en la crítica situación en que se encontraba.

Pero miel sobre hojuelas; una docena de chiquillos, avisados de antemano, aparecieron en el momento del porrazo, que con sus gritos y saltos por encima del caído, le impidieron un buen espacio el levantarse. Las carcajadas de la Paca no hay que decir que se unieron á las de todos los vecinos, que salieron á los dinteles al ruido del porrazo, y ¡oh colmo de desventura!, hasta la formalota de la suegra en ciernes soltó su risa, aunque asegurando no haberlo podido remediar, por ser imposible contenerla á pesar de su caridad cristiana, cuando un prójimo se caía.

El batacazo fué eficaz remedio; las nuevas familias se entendieron al comprender era mejor partido el escribano en ciernes, y Nicolás, por consejo de su madrina, que le convenció que su vocación no era la de casado, entró en San Diego, y al año ya le conocían en todo el circuito por el sobrenombre de el lego Barriga.

Menos meses tardaron en oirse en la misa mayor las amonestaciones de los enamorados, y menos días en asomarse á su balcón, radiante de hermosura, la Paca, con un encarnado clavel en el rodete, para que la vecina de las viruelas dijese llena de coraje:

—Gracias al Señor que hubo marchante, y no se pondrá más flores blancas para indicar que *la casa se alquila.*

LA MALAGUEÑA.

I.

- María de los Dolores, rosita de Mayo, encanto de mi vida, tráete la silla á este corredor y templa la guitarra. El sol se va ocultando detrás del cerro de *Monte-vives,* y la luna aparece por los altos del Generalife: que el primer rayo de su luz plateada se refleje en tu garganta, y serán dos blancuras que emularán la nieve de la vecina sierra. Aún queda en este ángulo el ajimez morisco donde hacía sonar su guzla la gentil Celima, la que fué llamada en la corte de Mohamet el rojo la perla de los Zegríes. Si ella semejaba a las houríes del paraíso de los creyentes, tú, doncella cristiana, haz llegar los ecos de tu dulcísima voz hasta los campanarios de estas iglesias del Albaicín, que empiezan á tocar al unísono la oración de la Virgen.

Y María de los Dolores, obediente como una esclava egipcia, se sentó á mi lado con el fino instrumento de madera del granadillo que cría la huerta de Fuente-Peña, y cuyas seis cuerdas derramaban, rasgadas por sus uñas de nácar, torrentes de celestiales armonías. Porque si el amor y la poesía forman juntos un cuadro de deleites, necesitan para legítimo marco un paisaje oculto y seductor, á donde sólo penetren los reflejos de las estrellas, los perfumes de los huer-

tos y los ecos lejanos de los suspiros de las almas que padecen.

Desde que el gas, por un lado, borra las medias tintas de las sombras que resaltan en las estrechas callejuelas moriscas, y el ridículo fuelle que llaman *acordeón* quiere apagar con su monótono chirrido el voluptuoso acorde del instrumento nacional, los antiguos barrios de la Alcazaba Cadima parecen un cromo grotesco del más espiritual cuadro del inmortal Velázquez.

Cuando miro hasta á las *castellanas nuevas* abandonar los faralaes de la saya de percal y echar cola á los vestidos, ponerse ahuecadores en los hombros y espolvorearse la cara con el almidón que les sobra de las camisas de sus varones, entonces sí que exclamo: «Los dioses se van, la *cursilería* nos invade,» y hasta los espinosos nopales de las faldas de la Torre del Aceituno tendrán que emigrar á África, para poder siquiera sazonar en carácter su apetecido fruto.

La guitarra en la mujer andaluza es una parte integrante de su ser, así como una pareja de rojizos claveles en su cabello y un pañolito al talle medio tapando sus hechiceras formas, son la enseña que las distingue, dando á conocer que quien las lleva tiene el nido donde la gracia y el encanto se juntaron para alegrar á la humanidad.

II.

Dolores, después de un breve preludio, deseosa de complacerme, con voz de querubín cantó mirándome:

—No sé qué tuvo aquel agua
que me distes á beber,
que á todo el mundo aborrezco
y á tí no ha podido ser.

—Ojalá fuese el agua de la Cisterna del camino de San Antonio, que por permisión del Santo hace que las jóvenes no olviden sus promesas.

—En eso del olvido hay mucho que hablar,—me respondió.—Aunque soy infinitamente más joven, el sino que me leyó la adivina en el corro que formamos la otra mañana en los escalones de San Gregorio el alto, aseguraba que muy pronto estaría demás en el mundo.

Y tenía tal aire de melancolía su acento, que á poco se me saltan las lágrimas.

—Déjate de agüeros de gitana, —la repuse;—tú eres un capullo que empieza á abrirse, y son infinitas las primaveras que te aguardan.

Porque, efectivamente, Dolores era una flor, ¡qué digo!, la reina de las flores, con sus rasgados ojos negros de larguísimas pestañas, sus labios de coral, sus dientes de perlas, su cintura de palmera, su tez sonrosada, y una gracia y una sencillez que no podía olvidar quien una sola vez la contemplaba.

—Yo no canto,—añadí;—pero recuerdo aquello de

«No he visto luna más clara
ni cielo más estrellado,
ni muchacha más bonita
que la que tengo á mi lado,»

y ahora sí que es verdadera la copla.

—Eso será en este momento, dueño mio;—me respondió;—el sol es y se nubla, y el que mucho ha

gastado el corazón, no puede precipitar más sus latidos.

«Yo conocí quien tenía
un pajarito en la mano,
y por querer pillar otro,
los dos se fueron volando.»

—¿Cómo ha de ocurrir eso si tus palabras encendieron una pasión que nunca se extinguirá? Pero, en fin,

«Si con el mirar te ofendo,
si con el hablar te agravio,
yo me cerraré los ojos,
yo me coseré los labios.»

—Nunca, nunca, añadió, acercandose más á mi lado.

Y después, mirándome con un encanto indefinible, cantó esta copla, que siempre tengo fija en la mente:

«Cuando tú veas llover
y el agua volverse arriba,
entonces puedes decir
que tu Dolores te olvida.»

Y á los preludios siguieron juramentos de constancia eterna, y cantares que parecían bajar del cielo, cuando al tocar las ánimas fijó una mirada hacia las torres de la Alhambra, y palideció súbitamente.

—¿Qué tienes?—añadí.

—No es nada. ¿Ves á lo lejos esas luces que serpentean por el camino de los muertos? ¡Quién sabe la historia de pesares que encerrará la caja que distingo al final de la triste procesión!

En efecto, un pequeño cortejo fúnebre subía lentamente la empinada cuesta del Rey Chico.

Dolores se puso en pié, como presa de una conmoción extraña, y sonando la guitarra cantó con un acento que helaba los huesos:

«Aquel que se crea grande,
que se vaya al Cementerio,
y verá al mundo metido
en un palmo de terreno.»

Aquello no era ya malagueña, ni fandango, sino un gemido dulce y triste, como eterna despedida de un ser querido; un último adiós á la luna que se miraba en su frente. Procuré tranquilizarla, pero sus ojos no se separaban de aquellas llamaradas, que parecían gusanos de luz que iban poco á poco ocultándose en la tierra.

—Dolores, escucha, reanima tu semblante, porque si no,

«Cuando te veo con pena
en mí no cabe alegría,
que como tanto te quiero
siento la tuya y la mía.»

La joven abandonó la guitarra y el corredor; de sus pupilas brotaron lágrimas, y despidiéndome con la mano, se entró en las habitaciones interiores.

III.

Desde aquella noche tan tristemente acabada, Dolores perdió la salud. Los calores del verano eran excesivos, y sin embargo la niña tiritaba á veces, presa de un frío mortal. Ya no gustaba de bajar al huerto, ni de cuidar las flores favoritas, y apenas si se fijaba en el ramo que constantemente yo renovaba en los búcaros de su habitación. Á la cabecera del lecho es-

taba la guitarra, que ya no servía; y el lazo de cintas de colores, ajado y descompuesto, no llamaba siquiera su atención. Nuestros cuidados eran inútiles. La fiebre se apoderaba de aquel ser tan querido, y áun respetando su hermosura, enflaquecía como un tallo que se seca, mientras sus ojos parecían agrandarse lanzando miradas de fuego.

Llegó el otoño. Los campos empezaron á llenarse de amarillas tintas, y cuando Dolores vió caer marchitas las primeras hojas de los parrales, me miró dulcemente, señalándolas como para indicar que eran los anuncios de su próximo fin. Desde entonces no aceptó más cuidados que los que yo le prodigaba. En el vaso de cristal bordado con su nombre tomaba las inútiles medicinas, y sin separar de mí la vista se dejaba arropar como un niño, sin exhalar el más pequeño quejido.

Ya no podía abandonar la cama. Una noche, á los cinco meses justos de la escena ya relatada, pareció experimentar una notable mejoría. Á una seña suya abrí los postigos de cristales de la alcoba, y un rayo de luna llena reflejó en su pálida frente. Entonces, con voz que no olvidaré, me dijo:

—Se cumple la predicción de la gitana; bien claro lo manifestara:

«Cuando la blanca luna
bese tu rostro
en la callada noche
del triste otoño,
tranquila duerme,
que en el eterno sueño
no se padece.»

Eso me dijo, y eso ha de realizarse.

Y se echó desvanecida sobre la almohada.

Le hice beber un calmante, y de pronto se incorporó diciéndome:

—¿No quieres oirme una copla? ¿No celebras ya mis gorjeos? Venga la guitarra; soy la *cantora*.

Y con un movimiento febril alcanzó el instrumento, y mientras yo, helado de espanto, la dejaba hacer, entonó lo siguiente:

«No sé lo que tienen, madre,
los lirios del Campo santo,
que cuando el viento los mueve
parece que están llorando.»

Fué la última nota que salió de su garganta. Á poco abandonó este valle de lágrimas, entre las de todos los concurrentes.

Sus amigas la cubrieron de gasas y flores, y yo

«Con un pañuelo de seda
tapé su divina cara,
que no lastime la tierra
aquel rostro que adoraba.»

IV.

Quien esta historia conoce, es seguro que siempre tendrá presente *la malagueña y su cantora*.

CUANDO SE MUERE UN POBRE...

I.

Peneque el carnicero, entregó su alma al Señor en una mañana de Octubre de 1847.

Su mujer y las cuatro hijas, pues no tenía descendencia masculina, afirmaban que el médico había matado á su padre con una *bebía blanca* que le recetara, y éste, por el contrario, que reventó á fuerza de tanto aguardiente como consumía.

El hecho es, que en la llamada callejuela de los Franceses había un difunto, y que en la sala baja donde se encontraba el duelo no cabía la gente, pues aquél ocupaba el cuarto de arriba, vestido de día de fiesta y rodeado de cuatro candeleros con velas de á libra, que atizaba el hijo de la Curra, aprendiz en el Matadero, y que sin reparar en el sacrilegio le echaba los pábilos en las barbas, cobrándose con esta venganza póstuma los innumerables puntapiés que de *Peneque* recibiera.

Quería la familia que el entierro se verificase en la tarde siguiente, para que hubiese su correspondiente velatorio, con chocolate y tortas y mucho *agraz de parra vieja,* como decía el Sr. Pacorro, el decano del

gremio. Pero el alcohol se había pronunciado en los adentros del *Peneque,* y no daba espera la cosa, aunque en la calleja no se estuviera acostumbrado á oler perfumes de Colonia ni de Alejandría.

Por aquel entonces, las luces del siglo no habían brillado tanto, y aún existían la Carnicería y Pescadería colindantes, y aquella adosada á la antigua muralla de la ciudad, con su larga nave, no muy vistosa, pero sí limpia y sobre todo fresca, con su entrada por la izquierda, antes del *Arco de las Cucharas,* y su salida al otro mercado, conservándose mejor las carnes, que hoy se *cuecen* bajo los templetes de hierro y las persianas de madera de esta arquitectura de fin de siglo.

Existía también en lo alto de la nave una capillita, donde los días festivos oían misa todos los del oficio, qne al menos en ese rato estaban devotamente y no ofendían á Dios con sus acostumbrados hechos y palabras. Pero esas *cosas* estaban llamadas á desaparecer, y todo se derribó para ser sustituído con lo actual, donde cada año se verifica el sainete *de que me salgo y de que me entro.*

Consecuencia de la vecindad eran las relaciones más íntimas entre unos y otros expendedores, y así la concurrencia á la ceremonia más numerosa á cada paso.

Formaban la *cabecera* la viuda, que apellidaban *la Frasquitona,* por su obesidad y estatura, y cuatro hijas de buen palmito, no cortas de genio ni de lengua, que tenían de ayudantes de órdenes á cuatro mozuelos, sus novios por el pronto, y aspirantes á mayores glorias, destacándose por su traje uno de ellos, que

era nada menos que *fator* de una de las mejores tiendas de ropas del Zacatín.

Este había caído en las redes encantadas de la Rosalía, y allí gastaba todos sus gages, y hasta murmuraban si á sus espaldas iría á parar la cuenta de los lutos de la cuadrilla.

Se acercaba la hora, y al ver aparecer el primer *munior* de una cofradía que traía el estandarte debajo del brazo y lo estaba armando en la puerta, la viuda creyó oportuno lanzar unos cuantos gritos en forma de sollozos, contestados por las chicas, exclamando:

—Siete hermandades tenía: con lo que *sobraba* los domingos, pagaba yo los recibos, y así decía el hermano cobrador: «No hay otro dinero más florío que el de la señá Frasquita.» Por allá se lo encontrará el que está arriba. ¡Qué lástima de mi prenda!

Y volvieron las barracadas y los restregamientos de ojos en el bando femenil.

—No hay mejor faena que la de morirse para que celebren á uno,—le decía á media voz el segundo novio á otro víctima.—¿Pues no hace quince días que fuimos de testigos á la Alcaldía por aquella paliza que le arrimó á deshora, y que le puso un hombro más negro que la pañoleta?

—Déjate de eso, Manuel; eran cariños conyugales. ¿Crees tú que cuando me case no he de templar á Dolores para que se acostumbre? Sigue mi ejemplo, que si no dirá tu prójima que eres un esposo muy frío y que no la quieres. Eso lo da el oficio.

—Pues aunque sea de otra parroquia, descuida, que no olvidaré el consejo, y me parece que se puede ejercitar antes de las bendiciones; pues ya estoy car-

gado de estampas con lo que Teresa babea con aquel alférez de infantería.

Y dicho y hecho; con disimulo arrimó á la muchacha un descomunal pellizco, que la hizo exhalar un grito de dolor tan verdadero, que la madre, consolándola, le decía:

—Calla, mi Benjamina, que no te faltará nada en el mundo mientras yo viva; y hasta á semanería te sacaré el mejor mantón de merino que se enseñe en las tiendas.

El militar había visto lo del urgonazo, y juró en sus adentros la venganza.

II.

Llegó la parroquía; la gente se arremolinaba en las esquinas, y al bajar el difunto, fueron de rúbrica los lamentos y hasta un ataque de mal de corazón en la hija más guapa, para que la maldiciente de la Tuerta la Carbonera, añadiese:

—Sí, revuélcate; eso te se quita con que el comerciante te apriete el dedo de enmedio y lo demás que se presente.

El cortejo era numeroso; todos con sus capas y hasta con manta el que no podía costearla, fingiendo pena, sobre todo el Jaleque y Fachenda el pescadero, que tuvieron que visitar la taberna antes de la formación para ahogar las lágrimas en vino.

—Que Dios te haya perdonado,—decia, al pasar, una vieja beata.

—Si llegó á tiempo, tia Sinforiana; por mi parte que se lo lleven diez legiones de diablos. Todavía se me resiente la espalda cuando va á llover, del pesazo que me tiró porque dí parte á la *Romanilla* de que me echaba un cuarterón por media libra.

—Ya me enteré, vecina,—le contestaba otra.—Buenos días estuvo en la carcel, y el escribano comió pierna lo menos diez y ocho meses.

—Mira, mira, Ángeles,—decía una mozuela desenvuelta;—el del estandarte colorado lleva un alpargate y una bota, y los calzones con remiendos.

—¿Quieres que vaya de futraque, diablesa? ¡Si es que esa hermandad está más perdía que la de las benditas Ánimas!

Antes de entrar en la Carrera de Darro, ya se habían perdido dos veces el Jaleque y parte del acompañamiento. Luego era de ver lo sudorosos y colorados que llegaban á las filas.

Al pasar el puente de las Cornetas se retiraron los más, y sólo los íntimos siguieron en la compañía. Pero al frente de la Puerta de Hierro, en la cuesta del Rey Chico, el compadre, que presidía obstentando una capa azul con una esclavina hasta la cintura, sacó de debajo del embozo una tremenda bota, pronunciando estas palabras:

—Alto el concurso; es menester remojarnos la garganta, á *la salud* del que tanto le gustaba en vida, y para que vea lo bien acompañado que le llevamos.

Todos aplaudieron la arenga, y sorbieron de lo lindo; pero el conflicto fué que era preciso dar de beber á *los Balagueses;* ¿y quién se arrimaba después á los labios la pelleja sin reventar de asco?

Jaleque resolvió la duda proponiendo otra rueda (y para dar ejemplo se echó un trago enorme), y que el resto se lo trasegaran los enterradores.

Así se verificó, y apurada la bota, Jaleque la tiró al salve de la huerta de Generalife, y él se quedó en el arroyo sin poder seguir más adelante.

El Fachenda se empeñó en cantar, como él decía, un *gori gori* de circunstancias; pero se lo impidieron los más sensatos, y así llegaron al Cementerio.

Rezadas las preces y retirado el padre capellán, uno de los novios, de oficio sombrerero, se empeñó en que se ahondase más el hoyo; ¡tal miedo tenía de la resurrección del exsuegro!

Estando en esta disputa, apareció como por ensalmo Jaleque, y sin encomendarse á nadie echó en el agujero al aprendiz, que chillando como una rata se agarraba á los bordes, provocando el tumulto y la hilaridad más inoportuna.

El guarda mayor tuvo que ponerlos á todos en la calle y cerrar la puerta, no parando la zahurda en las alamedas, por más que en la fuente del Tomate se abusaron sedientos á calmar los fuegos del alcohol.

—Dentro está quien pide,—decía el Curro;—vamos antes que sea deshora á entregar la llave de la caja á la viuda, en señal de que desde este momento es dueña de hacer su santísima voluntad.

—¿Pues no lo era antes, señor Curro?,—le preguntó un entrometido, menos disimulado que debiera.

—Á callar, y vamos andando, mocoso,—le replicó;—todavía te faltan algunos años de sol para meterte en esas honduras.

Siguió la marcha, y el de la tienda, que no estaba hecho á tanto beber, al llegar ante la novia para consolarla, le devolvió en la falda lo tragado en el camino, y fué menester la ayuda de un cubo y sus accesorios, disolviéndose más pronto la asamblea.

III.

La tabla de vender carne estuvo cerrada los tres días de rúbrica; pero al cuarto apareció blanqueada, y la viuda tan oronda con sus tocas, acompañada del aprendiz, que hacía sus primeras armas, y de la más guapa de las chicas, que la madre afirmaba estaba muy lista en cuentas y en conocer la moneda falsa.

Las guiferas de enfrente no eran de esa opinión, y achacaban la presencia de la mocita á que su palmito llevaría marchantes, y los señores Regidores de abastos serían menos inexorables en la sisa.

Por otra parte, el *fiel pesador*, que tenía sus ribetes de latino, murmurbaa cuando se trataba de la Frasquitona:

—La falta de seis onzas en libra, eso es *pacata menuta*.

SAN ANTONIO EL COLORADO.

LEYENDA.

I

En la placeta *de los Castillas*, frente al famoso *Mentidero* del Albaicín, hoy convertido en un huerto, donde se estiraban, secándose al sol, los rudos paños que servían para los capotes de monte de las gentes de la Sierra, existen dos pequeñas casas, formando un ángulo, descubriéndose en la de la derecha un rosetón en forma de óvalo, donde con pasta se figura una imagen de santo, que para darle color se halla teñido de rojo.

Siempre me ha gustado detenerme ante cualquier cosa extraña de las que tanto abundan en mi predilecto barrio, y no había de escaparse á mi investigación aquella escultura (hablando con el debido respeto), que á manera de escudo de armas adorna el arco de la puerta principal.

¿Había allí un misterio ó una antigua leyenda?

Quien desee averiguarlo, que se ocupe de leer los siguientes renglones.

II.

Concepción Molina, conocida por la *Bonetera*, era una anciana que, aunque contaba cerca de tres duros y medio de años, estaba tan quiquiritiesa como si no llegara á las cincuenta Navidades. Había sabido cuidarse; su oficio, que la acercaba á la gente de iglesia, le producía lo necesario, sin gran trabajo corporal, y además tenía una corta pensión como viuda de uno de los más bravos sargentos de los tercios andaluces. Como en su matrimonio no hubo prole, adoptó á dos niñas de distintas y lejanas parientas, que entre sí eran primas en segundo grado. La ayudaban en sus hechuras de bonetes y hasta en la confección de sotanas, y vivían muy desahogadamente, murmurándose que la Concepción, además de las dos casillas propias, guardaba en el fondo de su arcón de pino, con dobles llaves, un pellejo de gato con varias alhajas ganadas á los protestantes por su difunto, y bastantes doblas de oro de buena ley.

Luisa y Mariana se llamaban las huérfanas, y aunque de una misma edad, sus tipos y cualidades eran por completo diferentes.

La primera la nombraban en el barrio la *buena moza*. Morena, alta, con ojos negros y rasgados, abundante cabellera negra, y de formas bastante pronunciadas, gustaba mucho á los hombres; pero al mismo tiempo tenía un no sé qué de imponente y como de repulsivo. Además, sus labios ostentaban algo más que una sombra de vello, y cuando se encolerizaba, que suce-

día muy á menudo, se hinchaba una vena de su frente y ponía espanto su mirada.

En cambio la Mariana era un ser humilde é inofensivo. De menos estatura, de pelo castaño y ojos pardos, tenía una expresión de bondad y mansedumbre que atraía las voluntades.

Ella evitaba muchos disgustos de Luisa y su madre adoptiva; aceptaba lo peor de las ropas, y era la última en soltar la aguja en el trabajo cuotidiano.

Y sin embargo, tanto en las fiestas de la Cruz de Mayo como en las rifas de Navidad, Mariana era la preferida, mientras su prima, por ignorada causa, quedaba reducida muy á segundo término.

De aquí nacía una malquerencia sorda, que terminaba en voces y disturbios entre la Concepción y la Luisa, y lágrimas abundantes en la Mariana.

Sucedió que un mancebo de la parroquia de San Luís, hijo de uno de los más afamados maestros de tejer cintas de seda para las Américas, único en su casa, y gallardo como un San Cristóbal, cuyo nombre tenía, dió en pasearles la calle y colgar de sus ventanas manojos de flores del tiempo.

Es más, el sacristán mayor, íntimo de la abuela, solicitó y obtuvo permiso para que el Cristóbal visitase la casa de oración á ánimas.

Las comadres de la vecindad ya dieron por apalabrada la boda entre el muchachote y la Luisa, y hasta por gigante la descendencia de una pareja de tanta belleza y robustez. Pero el acaso lo decidió de otra manera. Cristóbal, á las pocas noches, se acercaba á la Mariana, atraído por su dulzura y carácter angelical.

La buena moza bramaba de coraje, no porque el

galán le hubiese dado motivo para creer era la preferida, sino porque su amor propio se sentía humillado, creyendo que todos los homenajes debían serle dirigidos.

No sabiendo qué partido tomar ni hallando la causa de la preferencia obtenida por su prima, decidióse á consultar el caso con una gitana vieja, que tenía fama en el barrio de adivina y de hechicera.

Muchas fueron las idas y venidas á la cueva de la embaucadora, y por fin convinieron en que era preciso, para adoptar la conveniente medicina, que aquella contemplase sin ser vista á la Mariana, al sonar el primer canto del gallo en la madrugada de un martes.

Burlando la vigilancia de todos, Luisa entró á la gitana en su cuarto á la hora convenida, y dieron principio á sus planes.

Aquella noche Mariana estaba más contenta que de costumbre: su novio la había anunciado que el domingo de la misma semana sus padres irían, después de misa mayor, á pedirla con toda solemnidad en matrimonio.

Motivos eran estos suficientes para desvelarse una muchacha, y así es que Mariana no podía conciliar el sueño. Para lograrlo, recurrió al medio que emplean muchas almas piadosas. Cogió su rosario, y de rodillas imploró la protección del cielo. Entre sus devociones, la más predilecta era la de San Antonio. Tenía sobre la cómoda que adornaba su cuarto una preciosa imagen, ante la cual ardía siempre luz en una pequeña mariposa de cristal, y á los lados dos jarros de loza valenciana, diariamente cubiertos de las flores que producía la estación.

Era tal el esmero con que tenía á su San Antonio, y tan grande el primor del trajecito y alhajas del pequeño niño que sostenía en sus brazos, que hasta las monjas Tomasas se lo pedían prestado para la mesa petitoria en la Semana Santa.

Ante ella, pues, se veía arrodillada á la joven en religioso éxtasis, mientras que su prima y la gitana la acechaban, como demonios del infierno, por el agujero de la cerradura.

Concluyó la niña su rezo y se recogió en su cama, mientras las dos enemigas se deslizaban de puntillas hasta la puerta de la calle, donde la gitana dijo:

—Ya está averiguado el hechizo. El San Antonio es el culpante de todo, y luego te diré la manera de evitarlo.

III.

Grande satisfacción hubo en casa de la Concha y en el vecindario la mañana del domingo siguiente. Hízose pública la próxima boda, y Mariana, que por su bondad y dulzura era muy querida de aquél, recibió los más sinceros parabienes. Pero no duró mucho la alegría. Al entrar en su cuarto á recogerse después de despedido el galán, se encontró que faltaba de su sitio la imagen de su adorado San Antonio.

Nadie había entrado en su domicilio, ni podía sospecharse que persona humana cometiera un robo de esta especie. Vertiendo abundantes lágrimas puso lo acaecido en conocimiento de su madre adoptiva, que se hacía un mar de confusiones, mientras Luisa, mos-

trándose indiferente, respondía que era hora de dormir y que ya tendrían medios de enterarse á la mañana siguiente.

No tranquilizaban estas razones á Concepción ni á Mariana, y se pusieron á registrar hasta los últimos rincones de la casa. Trabajo inútil. No parecían rastros del infame sacrilegio.

Solo al reconocer nuevamente el patinillo creyeron escuchar un ruido como de lamentos dentro de la tinaja. ¿Quién podía exhalarlos? Estaba con su fuerte tapadera puesta, y el gato favorito de la anciana reposaba en su camastro; bien es verdad que con los verdes ojos, muy abiertos, ante aquel espectáculo tan inesperado en una vivienda tranquila de siempre.

Llena de temor Mariana se decidió á levantar la tapadera, y, milagro patente, la imagen de San Antonio con el niño en sus brazos, flotaba sobre el agua, sin que el líquido mojara las ropas de la escultura. Es más; al asomarse la joven, presa de la mayor emoción, y alargar el brazo para recogerla, no fué necesario que se esforzara, pues el agua, rebosando como por un impulso sobrenatural hasta el filo de los brocales, puso en manos de aquélla la bendita imagen, que fué recibida de rodillas por las dos mujeres. El lazo que pendía de la cintura y que había servido para sumergirlo sin estrépito, demostró que Luisa fué la autora de tamaña maldad, instigada por la gitana. Al ver la primera que su prima subía á reconvenirla, ciega de cólera la acometió con las tijeras, causándole una pequeña herida en la mano, de donde al salir la sangre en abundancia, tiñó con ella los contornos de la efigie.

IV.

No pudo quedar tan en secreto el acontecimiento como ellas hubieran deseado.

La Inquisición instruyó el oportuno expediente; la bruja fué emplumada y desterrada del barrio, y Luisa á buen componer entró como reclusa en un convento por dos años, previo el rapamiento de su abundante cabellera, que era su más preferido adorno, operación que le produjo unas tercianas de las que estuvo entre la vida y la muerte.

Mariana se casó más pronto que se esperaba, pues su Cristóbal adujo que era necesario vigilase por las mujeres; y cuando ya era dueño de la casa, para perpetuar la memoria de lo sucedido, mandó colocar la informe escultura en el arco que aún existe, teniendo cuidado de embadurnarla de rojo, para que todos tuviesen presente la tragedia que pudo ocurrir sin la divina intercesión.

V.

Muchas generaciones han trascurrido, muchas reformas ha sufrido el casi arruinado edificio; pero aún se distingue el óvalo con su tinte rojizo, y todavía se cuenta por las viejas comadres de la *calle Larga* el famoso milagro de *San Antonio el Colorado.*

CEREZAS. [1]

I

—¿Adónde vas tan de madrugada, muchacho, tú el más dormilón y perezoso de la cuadrilla?

—Calle usted, madre,—le respondió cantando:

«Lucero de la mañana,
apresúrate á salir,
que te está esperando el alba
en el puente de Genil.»

—No está mala la espera, como si yo no supiese que es hoy día de San Juan, y es menester saludar temprano á la Manuela.

Esta escena ocurría en una habitación en bajo en las llamadas *Casillas de Pradas,* en el callejón de Nuestra Señora de Gracia, donde Perico *Remola* (tal era su apodo) vivía, en unión de su abuela, viuda y sin más familia que aquél.

El mozuelo era bondadoso y trabajador, salvo cuando se quedaba dormido más de lo regular; pero entregaba, sin tocarle, el jornal á la anciana, y ni el vino ni el tabaco eran santos de su devoción.

---

(1) Premiado en el certámen del Círculo literario de Almería, en Agosto de 1893.

Además, su cara simpática, sus veintidos años, libertad de quintas y robusto como un roble, le hacían apetitoso para las mozuelas casaderas, y hasta más de una *tercenista* de las de mayores fondos en la plaza de la Verdura le habían solicitado para yerno.

Mas Perico no tenía ojos sino para mirar á su Manuela. Era la hija del tío González, el labrador más acomodado *de la Cruz de los Carniceros*. Preciosa muchacha, tostada del sol y del aire, pero encarnada como la fresa que recogía con sus pulidos dedos; redonda como las manzanas del árbol que daba sombra á su ventana, y alegre como los pájaros que la llamaban á los primeros tintes de la aurora.

Pero una pareja tan adecuada sufría una grande contrariedad: el labrador se oponía al noviazgo, fundándose en que al chico le gustaba más tenderse que encorvarse, y todo porque dos veces consecutivas lo sorprendió roncando detrás de unos matorrales. Pero no sabía que las noches las pasaba en vela, acechando el poder hablar con su hija.

Otras personas achacaban la malquerencia á egoismo; pues como el tío González era viudo sin intenciones de reincidir en el matrimonio, la Manuela, que era muy lista, tenía la huerta como una taza de plata, y al padre tan limpio y bien alimentado, que era una bendición de Dios.

Y, por último, otros aseguraban que el enojo procedía de que una noche en que el labriego empinó el codo más de lo de costumbre, en celebridad de haber enajenado á los verduleros á buen precio unos marjales de coles de *asa de cántaro,* y se quedó tendido á la entrada de su portón, lo recogió con gran cuidado el

Perico, llevándolo al lecho para ganar albricias, aunque le salió la moza respondona. Ello es que el padre negó á la niña el permiso para tales relaciones amorosas, y anunció al galán que había cortado una vara de alméz de las más derechas y cimbradoras, para sacudirle el polvo si lo descubría en los alrededores de su heredad.

¡Pero vayan á ponerse puertas al campo! Los enamorados estaban cada vez más firmes, y aprovechaban las ocasiones que era un portento.

La sirvienta de la huerta y acompañante de la doncella, cosía capa con ésta por afecto y provecho, y así andaba el mundo en aquella hermosa mañana del alegre día del Bautista.

Perico á las primeras luces dejó su casa, y dirigiéndose á otra huerta del Jaragüit, cortó con permiso del dueño una enorme rama de cerezas gordales, de las que tan saludables se crían en las orillas de la Acequia Gorda. En seguida, y saltando con grande tiento el vallado de la hacienda de su amada, la colgó en su reja, uniendo al atadero un capullo de olor de un legítimo rosal de Alejandría. Después se ocultó tras el salve, esperando ver el resultado de su ofrenda.

Las hortelanas son madrugadoras, y no hubo que aguardar largo tiempo. No asomaba aún el sol por la Sierra, cuando Manuela abrió la ventana, encontrando el agasajo de rúbrica de los finos amantes en este señalado día. Agarró la rama introduciéndola por entre los hierros, y antes de ponerse el capullo en el pecho, estampó un sonoro beso entre sus hojas. Mas el taimado de Perico que la observaba, tosió malicio-

samente haciéndose notar, ocasionando que la joven se ruborizase, diciendo:

—Vete; ya suena mi padre en la cocina. Esta noche, después de ánimas, te espero para darte las gracias por el regalo. Habrá ocasión, por ser noche de junta de regadío.

Y cerró los postigos, no sin que el novio le hubiese enviado, mientras hablaba, un recadito de los que, soplando en la palma de la mano y plegando antes los labios, se mandan los jóvenes sin necesidad de haber estudiado telegrafía.

II.

Las campanas del convento de Gracia dan el toque de ánimas. Perico se introduce por un hueco oculto en el salve de sahucos que cierra los terrenos de la huerta, mientras la acequia, por el lado opuesto, le sirve de lindero. Aunque el portón de entrada está cerrado, el joven no necesita del carril, y dando la vuelta á la casa que confina con la corriente del agua, se coloca en el ángulo de la ventana.

Se abre un postigo sin cristales y asoma Manuela, linda como una azucena entreabierta. Un rayo de luna, atravesando las verdes ramas de un peral cercano, da en su frente, y sus rasgados ojos despiden rayos de alegría.

El aroma de las plantas silvestres perfuma el aire, y, al leve impulso de éste, las ramas de los árboles se agitan en cadencioso rumor.

El mancebo se aproxima, é igual expresión de dicha denota su semblante.

—No sabes, Perico,—dijo ella,—qué gran cuidado tuve al amanecer, pues me figuraba que estarías en lo alto de los cerezos para traerme la rama que más descollara. Así que te descubrí á lo lejos, ya sosegó mi corazón.

—No á el árbol, sino al picacho del Veleta subiera yo por agradarte. Te quiero tanto, que no pienso en otra cosa. Dicen que me duermo, y es que estoy soñando en tu cara de cielo. ¡Quién pudiera ablandar á tu padre para no tener que andar á salto de mata como un malhechor!

—Ten paciencia, hombre, que Dios hará ese milagro. Todos los domingos se lo pido á Nuestra Señora de la Esperanza, y aguardo muy pronto que se me logre.

—El Señor te escuche, Manuela mía. Creo se me irá el juicio si yo oigo algún día en la misa mayor al señor Cura: «Perico Remola pretende contraer matrimonio con Manuela González, y es última amonestación.» Esto de última es lo que me tiene más pensativo.

—No me digas esas cosas, que me avergüenzo; todo se andará, que yo estoy firme como una roca.

—Pues yo, bien sabes que en vez de tumbarme, echo horas sobre el jornal, y ya tengo la capa en corte, y mi madre un arcón con ropa blanca, y los dos te esperamos como al santo advenimiento.

—Eso no, Perico; yo nunca tendré otro novio más que tú; pero dejar á mi padre solo como se encuentra, de ninguna manera.

—Que se case.

—¿Quisieras tú padrastro en tu casa?

—Ni me lo nombres. Pero eso que dices es porque no me quieres.

—¿Y tú?

—Con alma y vida. ¿No oyes al *pitirrojo* que en el manzano está diciendo *te querré, te querré?*

—Sí, pero la *totovía* en el rastrojo grita: *no te fíes, no te fíes.*

—Que yo la sienta, y de un terronazo la descoyunto.

—Tonto,—le replicó la Manuela;—si te lo he dicho en broma.

—Es que yo quisiera ser como el ruiseñor de ese zarzal vecino, que á todas horas está cantando á su hembra.

—Tiempo llegará; y para que tengas paciencia, á cambio de tu ramo de la madrugada, toma este escapulario que me dieron las madres Agustinas, y no te lo quites nunca de tu pecho.

Pedro, cómo si fuese un confesonario, se arrodilló delante de la ventana, y los ojos de ambos amantes se llenaron de lágrimas, y las estrellas aumentaron su divino fulgor para alumbrar una escena de tanta inocencia como sentimiento.

III.

Han pasado cuatro meses, y el Sr. Comisario del partido, que era muy respetado de los hortelanos, tra-

taba, aunque con poco éxito, de vencer la repugnancia del tío González.

—Que se haga un hombre,—le contestaba;—si se llama *Remola* y basta.

Y otras veces, cuando no estaba para diálogos, volvía la espalda cantando:

«Está mi mujer contenta
con el marido que ha dado,
que de noche está tendido
y de día está acostado.»

Una noche de Octubre, más fresca que debiera y más húmeda que de ordinario, el tío González, algo caliente con dos cuartillos de vino de la tierra que se había bebido, regresaba á su huerta reflexionando:

—¡Y pensar que no tiene cura esto del noviazgo de mi hija! Y lo que es que á ella no quiero ponerle las manos encima, ni lo haré por todo el oro del mundo; pero á ese Perico sí quisiera probase, no la fruta, sino las varas del membrillo de junto al pozo. Aunque si vamos á cuentas, mi chica merece que la adoren como á una imagen; y el muchacho, cuidado con los colores y los puños que tiene. El otro día, sin que él lo notara, lo ví uncir los novillos del *Repicao*, y los sujetaba como si fueran dos carneros merinos. El Comisario me jura que voy para viejo (y lo que es ahora me tiemblan las piernas como si tuvieran azogue); y que ese mozo levantaría en peso la huerta, y que tendría nietos para hacerles pitos del verde cebada y remontarles cometas; ¡qué cosas se le ocurren á ese hombre! Pues lo que es esta noche como lo distinga en mi terreno, no le tiro el garrote. Verdad que lo necesito para tenerme.

El labriego llegó á su heredad, empujó el portón, y como estuviese premioso, y sus fuerzas, enervadas con la bebida, no le ayudaran, quiso buscar otra entrada y empezó á dar vueltas.

De pronto se oyó un golpe tremendo en la acequia, y el salpique de las aguas llegó hasta á los amantes.

Dentro del cauce sonaban gritos pidiendo socorro.

—¿Si será mi padre?,—exclamó Manuela toda temblorosa.

—Pues aunque me aborrezca más, yo no le dejo que se ahogue,—contestó Perico.

Y se tiró al cauce.

La corriente era crecida; mas el muchacho tenía las fuerzas de Sansón, y cuando Manuela y la criada se acercaban al borde con una linterna, ya Perico salía á la orilla chorreando como un perro de lánas, pero llevando en sus brazos, como en un azafate, al hortelano casi insultado del chapuzón.

Cuando lo tendieron en la cama y abrió los ojos, al contemplar á Perico tiritando y mojado, le tendió los brazos, diciendo:

—Desde ahora en adelante somos amigos, y te permito la entrada en mi casa. Líate en mi capote y no te vayas hasta que te enjugues, para que tu abuela no se sofoque cuando te vea.

Perico le besó la mano; sollozaron de alegría las dos mújeres, y quedaron firmadas las paces.

IV.

El baño impensado alteró la salud del padre de Manuela. Padeció unas tercianas malignas, y sin el cuidado del futuro yerno y hasta de la abuela de éste, que de contínuo lo visitaba, mal lo hubiera pasado su persona y la sementera. Así es que cuando el Comisario veía á la Remola dando sustanciosa taza de caldo al enfermo, decía:

—Viudo con viuda, yo me encargaré de la cencerrada.

V.

Han trascurrido dos años. Los primeros reflejos del sol doraban los montes granadinos en la mañana de San Juan, cuando en la huerta de González se descubre en la plazoleta un grupo conmovedor. Lo forman el labriego, la abuela de Perico que la han llevado de asiento después de la boda de su nieto, y Manuela que, tan guapa como siempre, sostiene en la falda un robusto niño, que como un gilguero volantón, aletea mirando hacia arriba.

¿Y Remola?

En la ansiedad con que su esposa contempla un corpulento cerezo, se conoce que allí se encuentra.

—No te apures,—le dice su padre.—Perico nació para caer siempre de pié; y si no que miren en tí lo que ha logrado.

—Tal para cual, tío González,—añadió la consuegra;—que si bueno es Mayo, es porque lo llueve Abril.

—Corriente, nada de quimera, señora Polonia, y vaya un pitillo, que es de picadura de contrabando.

La anciana hizo un gesto señalándole á la nuera, cuando se presentó Perico con una enorme vara de maduras cerezas, que abrían el apetito con solo mirarlas.

—Pero si ya no somos novios, hombre, ¿á qué vienes con eso?

—Somos otra cosa mejor, y no quiero se pierda la costumbre, hasta que mi hijo me releve de este servicio.

Y cogiendo al chicuelo como á una pluma, le puso de zarcillos un par de ramas en las orejas.

—¡Ay, que parece un serafín con el adorno!,—exclamó la madre llena de ventura.

Y mientras el matrimonio se deleitaba con su pequeñuelo, el tío González alargó disimuladamente un cigarro á la abuela de Perico, diciéndola:

—Á chupar á la sombra, que esta es la mejor medicina para el flato.

HASTA EL FÍN NADIE ES DICHOSO.

TRADICIÓN GRANADINA.

I

Por los años de 1713 atravesaba nuestra buena ciudad de Granada una terrible crisis para las clases trabajadoras. Se terminaba la guerra de sucesión, y las brillantes dotes de gobierno del ya rey Felipe V, no habían podido aún cicatrizar las hondas heridas que produjo en la nación española una guerra tan tenaz y fratricida.

En una casa de mezquino aspecto de la calle de Quijada, en la parroquial de San José, cuyo mueblaje denotaba la escasez de sus moradores, y á las primeras horas de una noche de Octubre, la familia que la ocupaba debatía con gran interés y reserva. Era morada de Juan Luis el tejedor de cintas, de su esposa Cayetana y de su encantadora hija Marujilla.

Ésta y la abuela, madre del cabeza de familia, merecen descripción aparte.

La muchacha tenía quince años, morena, con ca-

bello negro que le caía en ondas sobre los hombros, el rostro ovalado, y una cintura y un andar que eran la envidia del barrio. Sus ojos garzos tenían tal expresión de dulzura al par que de tristeza, que interesaban vivamente á cuantos la contemplaban.

En cambio la vieja hubiera podido tomarla un pintor para un retrato exacto del tipo de las antiguas sibilas. Tan alta como delgada, el pelo blanco, la dentadura intacta contrastando con las profundas arrugas que le surcaban todo el rostro, la mirada fija, penetrante, y la nariz encorvada, ponía espanto cuando alzaba los brazos, que semejaban sarmientos retorcidos, para apoyar más su dicho con sus fatídicos ademanes.

—El tesoro, buscar el tesoro; no queda otro recurso para salir de la miseria.

—¿Pero no véis, madre, que puede perecer vuestra nieta?,—dijo el tejedor.

—Es preciso aventurar algo; sólo ella reune las condiciones que señalaba la adivina de San Cristóbal. Sesenta años hace que escuché sus palabras, y contínuamente resuenan en mi oido. Mañana cumple María los quince años, y si pasa un día el conjuro queda ineficaz, y todos pereceremos de hambre.

—¿Pero no pudiera yo ir en su lugar?,—añadió la esposa;—me sacrificaría con gusto por todos.

—Es inútil; sólo ella puede alcanzar la victoria. Oid las cualidades que ha de juntar la que intente la empresa. Llamarse María, quince años al sonar la hora del misterio, y virgen hasta de pensamiento. Si perdéis la ocasión, vuestra será la culpa; mis labios no se abrirán jamás.

Y tapándose el rostro con los girones del manto, la abuela quedó como petrificada.

Una lágrima brotó de los ojos de la niña, y con voz resuelta añadió:

—Iré sin vacilar; el escapulario de mi Virgen del Carmen me salvará de todos los peligros.

—¿Pero tendrás valor para aguantar las pruebas que hay que sufrir? ¿No ves que, según madre, un minuto de desfallecimiento, un grito escapado de terror, inutiliza el sacrificio? ¡Pobre consuelo mío!,—murmuraba la madre, abrazando á la muchacha.

—No hablemos más,—respondió ésta bizarramente;—conciliemos el sueño, y todo sea con la ayuda de Dios.

II.

Antes de que sonaran las doce en el reloj de la Chancillería, un grupo de tres personas estaban al pié de la cruz de piedra de la cuesta empedrada que da acceso al pilar de Carlos V. Eran Juan Luis, su mujer y su hija. Los nublos ocultaban la claridad de las estrellas; un viento frío agitaba las ramas, que iban perdiendo las hojas ya secas, y ni alma viviente, ni el más leve rumor, turbaba el medroso silencio de aquellos contornos. Los pobres padres tiritaban de espanto.

—La suerte está echada,—exclamó María;—vuestra bendición y esperadme al pié de este santo emblema.

Sonó la campana de la Vela indicando la media noche, y María con paso seguro subió la cuesta, deteniéndose ante el histórico pilar.

Á la última campanada, arrimándose á un pequeño postigo que aún se conserva todavía, dió tres golpes con la mano derecha y se retiró, sentándose en el poyo que daba enfrente.

Como respondiendo á la llamada, una voz dulcísima cantó:

—María la bella,
la libre de amor,
tuya es la victoria
si tienes valor.

En seguida, abriéndose la pequeña puerta, dió paso á un precioso novillo, cuya piel relucía como la plata, teniendo los cuernecillos de oro. No se podía figurar artífice alguno un objeto más primoroso. Empezó á dar vueltas alrededor de la joven, con ademán de embestirla; pero ella lo espantaba con el pañuelo, y al cabo de algunos minutos el torillo desapareció, trasformándose en un pavo real hermosísimo. Las plumas de la cola estaban salpicadas de brillantes; los ojos eran de esmeralda, y en el cuello llevaba collares de perlas y záfiros. Todo lo que tenía de deslumbrador su figura era de espantoso su graznido, aunque salía de un pico de ámbar. Pero María lo oyó sin conmoverse. El ave, viendo la inmovilidad de la joven, la dejó en ambas manos dos sortijas magníficas, y desapareció como el anterior, cediendo el puesto á un arrogante gallo que llevaba colgada al pecho una cajita de cristal de roca, que quedó depositada en la falda de la niña.

—Este ha de ser el tesoro,—dijo ella:—va saliendo todo lo predicho por mi abuela.

El gallo le picó en los piés antes de entregarla, pero la niña no se conmovió siquiera, y entonces aquél se desvaneció en los aires, y la voz resonó de nuevo diciendo:

—No pierdas el valor; aún queda la decisiva.

El misterioso postigo arrojó de sí otro ser animado. Era un espantoso negro de colosal estatura, ataviado á la usanza oriental, y cuyos ojos despedían miradas siniestras. Llevaba en la mano derecha un alfanje desenvainado, y acercándose á María y amenazándola, dijo con voz espantosa:

—Devuélveme esa caja de que soy dueño, ó por Allah te juro que he de beber tu sangre.

Pero ella, recordando las instrucciones de su abuela, sin inmutarse ni pronunciar una palabra, pues de guardar silencio dependía la conservación del encanto, se contentó con hacer la señal de la cruz.

La visión desapareció como las anteriores.

La voz misteriosa volvió á sonar:

—Has vencido, animosa joven; tuyo es el tesoro, pero la recompensa será mayor. Espera.

Tranquilizada con estas agradables palabras, se dispuso á seguir el consejo, soñando también si lo prometido sería un hermoso príncipe como salían siempre á plaza en todas las leyendas que le referían cuando niña.

Pasaron algunos minutos, y á la extremada oscuridad sucedió una dulce claridad que iluminaba tenuemente, pero sólo el pilar y el sitio donde ella se encontraba.

Tenía la caja en el regazo, y la curiosidad mujeril no le dejaba reposo.

Pues que el tesoro era suyo, ¿qué inconveniente habría en enterarse de su contenido?; ¿qué más lógico que recrear la vista, después de tan ruda batalla, en aquellos collares y piedras preciosas que sin duda contendría el mueble?

La claridad iba siendo mayor, y una delicada música poco perceptible se escuchaba tras de los mármoles del pilar.

Pero María, fija en su pensamiento, cogió el cajoncito y lo abrió instantáneamente.

En vez de las alhajas que esperaba, halló un parduzco ratoncillo, que se le colgó de la barba. La que no había temblado ante los monstruos que se le presentaron anteriormente, no fué dueña de sí misma, y dió un agudo chillido.

Desgracia inmensa. El encanto quedaba sin desencantar. Cesó la música y la claridad; el postigo se cerró con violencia, y sólo la voz lamentándose decía:

—Te has perdido y me has perdido. Ya sé que he de sufrir mi mala suerte hasta la consumación de los siglos.

Cuando trascurrida una hora vieron los padres que no parecía su hija, subieron con premura la cuesta y la encontraron desmayada en el empedrado. Al levantarla Cayetana divisó el ratón que brincaba por el cuerpo de la mozuela, y no fué dueña de sí, arrojando otro terrible grito.

Como si las nubes, cada vez más densas, esperasen esta señal, lanzaron tan copioso aguacero, que la cascada y las cunetas de la cuesta parecían ríos des-

bordados. Con profundo pesar en el alma y enfermos de cuerpo llegaron los tres á su miserable habitación, encontrándose á la abuela rígida y cadáver, como si profuudas emociones recibidas hubieran aniquilado de pronto su existencia.

III.

De la certeza del hecho y de la existencia del tesoro responden las antiguas crónicas.

El blasonado pilar existe; el postigo continúa cerrado desde hace siglos; ¿no habrá, pues, en esta época, tan sedienta de dinero, ninguna otra María, que reuniendo las condiciones marcadas se atreva á intentar la aventura?

Creemos que sí, aunque no puede responderse del satisfactorio éxito, al recordar aquella copla que se cantaba antiguamente por el vulgo:

Las mozuelas de mi barrio
que se asustan de un ratón,
no tienen miedo del novio
siendo persona mayor.

LA BODA DE MARI-HUYE.

I

En el camino del Sacro-Monte, allá por los primeros años de este siglo de las luces, moraban en una cueva de las del barranco de *Puente-Quebrada,* varias familias de castellanos nuevos que el vulgo denominaba gitanos, que como los hongos habían aparecido inesperadamente en aquellos parajes, desde que los Reyes Católicos verificaran la reconquista.

En semejantes madrigueras, revueltos con animales de todas especies, dando tormento á los sentidos, y en especial al del olfato, vivía y aún vive una población desconocida para muchos, y cuyos usos y costumbres son siempre objeto de preferente atención para los aficionados á cuadros de costumbres.

La familia que hoy nos ocupa era la del *Jorobado el Esquilador,* tipo muy conocido en la ciudad por su facha y sus maneras.

Este gitanico procuraba atraerse con mil mañas el afecto de sus parroquianos que escogía entre la aristocracia, desdeñándose, según afirmaba, de unirse á sus compañeros para mendigar rapamientos y esquiladuras en las posadas y ventorrillos.

Llevaba en la memoria lista exacta de los perros de aguas y falderos *del señorío,* así como de los troncos de caballos y mulas, en los que no había otro que él (según aseguraba por María Santísima de las Angustias), que hiciera con más primor los cuellos y cuartillas del ganado. No pedía limosna, pero su especialidad era la cuenta que formaba de sus trabajos, que algunas parecían á las del Gran Capitán. No bien acababa de atusar las lanas y formar las más vistosas borlitas al perrillo favorito de la dueña de la casa, cuando á los días siguientes iba pidiendo dinero á cuenta del esquilado futuro. Se reían de sus dichos, pero lograba su objeto, además de obtener regalos de ropa, con los que se cobijaba, y le sentaban malísimamente. Así es que se le veía con un gabán hasta los talones, que sujetaba con la faja en vez de abrocharlo; y hasta un día se atrevió á subir las cuestas con una *chistera* en la cabeza, que le fué abollada de un soberbio pelotazo disparado por sus congéneres desde las primeras pencas de higos chumbos.

Sus padres eran ya ancianos, y apenas si podían engañar á algún palurdo con un borrico sin dientes ó con una mula respingona.

Temeroso nuestro jorobeta de la soledad, y no queriendo ser *huérfago* (huérfano quería decir), y sobre todo llevado de sus vehementes pasiones, porque sabido es que la ruín res todo lo echa en cuernos, decidió tomar estado, esto es, casarse según manda la Santa Madre Iglesia, cuya novedad, santiguándose, participó á su clientela.

Habia escogido su media naranja en otra gitanica de color de hollín, con los ojos mirando uno á Norte

y otro á Poniente, de poca edad, menos ropa, é hija de *la Choriza,* cuyo esposo hacía de baldado en la puerta del Salvador.

Entre sus padrinos, como él los llamaba, tenía un señor Francisco, tabernero de fondos y gran fiestero, pero que Dios lo tenía señalado para aviso, pues era tuerto. Á este señor acudió en su nueva empresa, y tanto le instó y lloró pintándole sus apuros, que el agraciado le dijo que abonaría los gastos, incluso el del compadrazgo. Corrió la voz en *el Egipto,* envidiando todos la suerte del Quasimodo, pero juraron no faltar á la *juerga,* sabiendo que la *bebía* estaba de resto, y hasta por docenas los azafates de almendras y merengues.

El tuerto, que tenía las de Caín, invitó también á sus comensales, que no eran pocos, tratando de divertirse de lo lindo, y de hacer de camino alguna travesura con los amantes; y lo que idearon fué objeto de más de un sorbo en la sala reservada de la taberna.

No quiso ni quisieron los compinches mezclar lo religioso con lo profano, y así decidieron que por la mañana se casaran en la parroquia, que asistiera la menos posible gitanería, y que la tarde la dedicaran al aseo del sitio y á los preparativos de la función.

II.

Una hermosa noche de Mayo fué la señalada para la ceremonia. Como había de ser al aire libre, aguar-

daron á que estuviese la luna llena, y á falta de faroles de gas sus blancos rayos iluminaban dulcemente la *Era empedrada* de la *Vereda de enmedio* en *Montes claros*, á cuyo sitio caía el agujero que llamaban puerta de la cueva de la desposada. Y no choque eso de llamar *era* al sitio más llano y apacible de aquellos riscos; pues si bien el terreno no producía otra cosecha que punzadores *nopales,* el trigo se sembraba en otra parte, pero allí venía en *rama,* gracias á las manos nada blancas de las bohemias, que en el tiempo de la *espiga* rebuscaban lo caído y por caer, obteniendo, por supuesto sin permiso de su dueño, más de la décima de la cosecha de algunas hazas de la vega, cuyos propietarios dormían con más descuido del necesario en tiempos de recolección.

Y aparte del personal y de los perfumes del piso, el paisaje no podía ser más encantador. Desde la plazoleta, iluminada espléndidamente por *el sol de la noche*, se descubría en primer término el fertilísimo y ameno *Valle de la Salud,* que sirve de caja al río de las arenas de oro, y en segundo la cuesta que guía á la poética *Fuente del Avellano,* coronada por la dehesa de la Alhambra, y las ruinas del palacio de la Silla del Moro. Á la derecha de los cerros que encauzan el barranco, un enorme claro dejaba entrever la mayor parte de la hermosa ciudad, la vega, la Sierra Nevada, y en lontananza las temblorosas montañas alhameñas. Por la espalda, se divisaban las iglesias de los *Santos del Albaicín,* y como guardián principal *San Miguel el Alto,* que con la espada en la mano, en el pórtico de su ermita, desafía á los diablos que andan y andarán sueltos por los siglos de los siglos, en este

mundo de miserias y quebrantos. Á la izquierda se alzaba el magnífico colegio del *Sacro-Monte,* tan oculto como agradable para el bien del alma y del cuerpo, y más de un respetable canónigo, que ginete en su pacífica burra atravesaba el camino, se detenía á contemplar el bullicio y algazara que en las alturas se descubría.

Dieron las Ánimas en el reloj de la célebre colegiata, y D. Francisco, que arrellanado en una silla sin respaldo guardaba los *bebestibles* y comestibles que encerraban dos enormes capachos, dió la señal de que se comenzaba la fiesta, repartiendo para hacer boca unas botellas de anisete con bastantes grados, que en enormes bandejas sostenían el *Pepe-fiestas* y el *Tremendo,* principales amigos del tabernero. Sonaron dos guitarras, que tocaban el *Curiana* y el *Gato,* ciegos desde que pasaron las viruelas, y gitanos de pura raza, y el coro de Vénus de betún se puso en jarras repiqueteando las castañuelas con un desenfado muy parecido al de las Almeas orientales.

Mari-huye, que era la reina de la fiesta, estaba más fatal que de costumbre, pues al traje encarnado y á los faralaes verdes de las enaguas, había añadido unos pajizones cogidos en las avellaneras para adorno de su rodete, lo que formaba un conjunto para pegarle un escopetazo.

Á nuestro jorobado lo habían vestido de Judas. Un levi-sac cubría sus espaldas; unos calzones que pudiera caber todo entero en un pernil adornaban sus piernas, y para mayor dolor le habían puesto al cuello una corbata celeste bastante usada, prenda que veían de muy malos ojos los de su clase, por creerlo burla

mayor, y menos el *Catite,* herrero de clavos y más Salomón de la cuadrilla, que desde el primer momento no cesaba de espiar las acciones del Tuerto y de sus amigotes.

—Compañera de mis peazos, que estás que paeces una carga de cisco de picón,—decía el jorobadillo á su hembra;—vamos á bailar la primera contradanza en honor de sus excelencias y de mi compare don Frasquito, el mozo más echao pa alante y el más jacarandoso de esta tierra, que tantos caballeros cría.

Mari-huye no se hizo de rogar, y saludando al padrino se puso en facha y se dió principio al jaleo.

Los tocadores cantaron:

«Por el cubo de la Alhambra
se paseaba una hormiga,
y un ciego la está mirando
desde la puerta de Elvira».

El más sentimental entonó:

«De llorar me quedé ciego
desde que supe tu muerte;
¿para qué quiero la vida
si no he de volver á verte?»

Se cansaron los cónyuges. Tocó el turno á bailar el *robao,* y aparecieron algunas chicuelas, que en verdad eran muy pasaderas, con ojos como aceitunas, cabello negro y rizado, y la cintura más flexible que una caña. Los colores chillones de sus pañuelos y enaguas eran otro llamativo para los de la ciudad, y empezaron á requebrarlas y ellas á dejarse querer y á pedir las pesetas columnarias.

—Vengan coplas y copas,—decía Jorobeta.—Canta, Galguillo, como cuando estás en la reja de la Mar-

quesa,—le dijo á un chicuelo desarrapado, cuyos tufos le tapaban la vista.

Tenía pretensiones de novia, y así cantó dirigiéndose á una chicuela de su edad:

«Cuando cierras la ventana,
al golpe de la madera,
se queda mi corazón
como el panal de la cera.»

—¿Y para el novio, no hay ninguna?,—le preguntó el padrino al granuja.

—Sí, señor, y de rechupete.

«La noche que me casé,
vergüenza me da decirlo,
me pusieron de cenar
caracoles pequeñillos.»

—No metas la pata, esgalichao,—le replicó *Catite* al niño,—que esta noche no está la Malena para tafetanes.

Don Frasquito guiñó al *Tremendo*, y éste exclamó:

—Cierren los ojos y abran las bocas, que ahora viene la rueda del famoso vino *apagao del Chaparral*, que es más dulce que las mismas mieles. Lo tengo apartado para los novios y los convidados que se regalen con su aroma.

Y en efecto, cogió unas botellas de un cesto separado, y con una sonrisa truhanesca fué dando el líquido á los gitanos, que lo sorbieron á las mil maravillas. Solo el *Catite* no quiso, pues notó que uno de los castellanos viejos iba á probarlo, y el tabernero se lo quitó tirando su contenido á las chumberas.

También Mari-huye cantó su copla, cayéndosele la baba de mirar á su jorobado:

«Un suspiro me ha venido,
yo no sé de quién será;
si es de Pepe no lo quiero,
si es de Antonio venga acá.»

El esposo se puso de rodillas, revolcándose de gusto, mientras el famoso néctar daba la segunda rueda.

La más joven del concurso quiso también echar su copla, cantando con voz de rana:

«Dicen que muere de espanto
aquel que visiones ve;
yo he visto una lagartija,
madre, si me moriré.»

De otro cesto distinto repartió el tuerto vino á sus amigos, y la bulla y la algazara redobló, haciéndose ya imposible el entenderse.

De pronto se acercó el Jorobado al Catite, y le llamó aparte diciéndole:

—Si preguntan por mí, responde que ya vuelvo: tengo como una docena de ratas peleándose dentro de mi barriga, y me voy al barranquillo.

No había acabado de decir esto, cuando se acercó la esposa:

—Tengo *maeros* y me *agomito* toda.

El herrero se amoscó, creyéndolo efecto de alguna chuscada del compadre, y se fué á su cueva, volviendo en seguida con un papel oculto en la mano.

En tan cortos momentos el baile se había suspendido, y los gitanicos iban de aquí para allá haciendo pucheros, y otros perdiéndose entre los matorrales.

Los de la ciudad reían á carcajadas sueltas, refocilándose con unos pasteles que les trajo el mozo del establecimiento.

Extrañóles ver tan formal al *Catite;* pero éste les expresó que no probaba el *agráz de parra vieja* desde sus males de *estógamo,* pero que en cambio servía de humilde escanciador á los señoricos.

Y así lo hizo, agarrando las botellas del seco de la costa y vertiendo en su contenido, con la agilidad de un escamoteador, los polvos que llevaba ocultos.

Los gitanos no volvían, antes bien se oían desde lejos sollozos y votos, lo que aumentaba el jolgorio en los de abajo, que como enterados del motivo que lo producía, redoblaban sus tragos y chanzonetas.

Pero antes de una hora el Tuerto y Pepefiestas se pusieron amarillos, y llevándose las manos al vientre salieron dando chillidos por las veredas. En pocos minutos después la plazoleta quedó desierta. Aquello era una desolación. Los instrumentos músicos rodaban por el suelo, y los tocadores, que ya habían sido víctimas otras veces de fechorías semejantes, decían á la cuadrilla:

—Esto que nos han dado no es vino; es un purgante. *Monsiu la ruá* en presona.

—Malos mengues le jaluyen al tío Frasquito. Premita Dios que se le pase la nube al otro ojirri,—decía el Corcoba sollozando, mientras su cara mitad daba hasta velas en la cueva, en fuerza de los retortijones.

Pero el tabernero no estaba para contestar, pues él y sus amigos se daban de cachetes, aumentando sus dolores, en la creencia de que habían sido también burlados por el anfitrión.

Y no era así, sino que el *Catite,* olfateando la trama, volvió por los fueros gitanescos, vertiendo en el licor que repartía á los de la ciudad un paquete de

sal de la higuera que conservaba para medicinar una yegua matalona, y tomando así cruel venganza de los enemigos.

Dos días duraron en ambos bandos los mareos y angustias mortales que sufrían, y la charla en la población cuando se enteraron de lo sucedido, duró poco menos que hasta Pascua.

Y aun añaden las crónicas que tuvo que subir la Junta de Sanidad y quemar bastante porción de pólvora y azufre, que fueron las luminarias y postres de los festejos del malaventurado casamiento.

EN LA GLORIETA.

I.

—Antes que la luna se esconda, que el poseedor de este huerto de las *Tres Estrellas,* que es un almacén de duendes y fantasmas ocultos entre los medrosos agujeros de sus derruidas paredes, prometa otra cena como la presente, con palabra formal de asistencia de todos los congregados, y entonces oiremos la historia que quiere referirnos.

Tal petición hizo Baltasar el poeta á los cinco comensales que, en unión del que suscribe, ocupábamos el centro de una pequeña glorieta cercada de rosales, y que tenía por techo un emparrado rústico.

—Juro convidaros,—dije,—y afirmo la promesa bebiendo un trago de este agua de la cisterna del exconvento de San Diego, sacada á la última campanada de las doce de la noche en el día de su santo, por una doncella sin amante ni deseo de tenerlo.

—¿Y qué privilegio posee ese líquido?,—preguntó el teniente Cistué, uno de los más asiduos concurrentes de aquel paraje.

—El de refrescar la memoria,—le contesté. Por eso guardo tan cuidadosamente este barril de hechura

de esfinge, y solo concedo algunas gotas á las niñas desventuradas que vienen de la ciudad á obtenerlas, para darlas como medicina á sus olvidadizos amantes.

—Vamos, así se explica el jubileo de caras bonitas que diariamente pisan los umbrales del carmen,—añadió el tercero de los socios.—Otra cosa creían los maldicientes.

—Pues se equivocan, amigo mío: aquí todo es inocencia de mi parte, salvo lo que dispongan sin mi permiso los espíritus extraordinarios que tienen este huerto encantado.

—¿Pero es que no hay otro remedio que creerlo?, —repuso Borromeo.—Yo por mí noto, que, á pesar de la distancia, siempre estoy anhelando venir á tomar café morisco en este último escalón de la Torre del Aceituno.

—Si me dejáis oir la historia prometida, os convenceréis de que en este siglo de las luces hay encantamientos y trasgos, que dan quince y falta á los de los tiempos del oscurantismo.

—Venga, pues, la narración, que todo somos oidos,—añadieron en coro los concurrentes.

—Allá va, y de su certeza os respondo.

II.

Era una noche de las primeras del otoño de hace veinte y cinco años. Nos encontrábamos en este mismo sitio sentados, apurando un ponche de ginebra,

un irlandes, militar al servicio de España en un batallón de cazadores, y vuestro servidor. Mi afición á hablar su idioma, y sus bellas prendas, nos había hecho amigos, y para obsequiarlo compre un tarro de su bebida favorita en el establecimiento que en Peñapartida puso por aquel tiempo el *Americano,* que tan desgraciado fin tuvo después en Granada.

Mac-Dougal era ferviente católico; pero su imaginación, al acalorarse, recordaba sucesos extraordinarios y hazañas de los lagos y de las montañas de su patria.

Hacía un rato que las Ánimas sonaran en la iglesia del Salvador. La oscuridad era densa por las nubes que iban cubriendo el cielo, y una ráfaga de viento apagó la vela que no quiso que de nuevo se encendiera.

—Hace un rato,—me dijo,—que siento un ruido extraño en ese agujero de la tapia que tengo enfrente, y me parece que del pilón de la esquina sale de vez en cuando una cabeza negra, que al mirarla se esconde con premura. Guarda silencio y observa como yo.

Traté de seguirle la manía, y sellé mis labios por espacio de algunos minutos. Casi iba á quedarme adormecido, cuando me toco ligeramente con el pié. En efecto, por detrás de un copudo rosal de Bengala, florido todo el año, y que guarnece las pilas de barro donde nadan mil peces de colores, vimos surgir una especie de bola negra, sin cabeza ni extremidades, y que se alzaba y encogia en fantásticos y caprichosos giros.

El inglés era un valiente á toda prueba, y se levantó

enarbolando el roten, mientras que yo quise seguirlo. Pero su impetuosidad era inútil. Los rápidos bastonazos que aplicaba, no alcanzaban al impalpable objeto, que en vueltas rápidas, ya se remontaba encima del emparrado, como, disminuyendo de tamaño, culebreaba entre el arriate de plantas de azucenas que arraigaban al pié de la tapia divisoria.

Mi amigo sudaba de cansancio y de terror. Yo, inmóvil, esperaba el resultado de tan inesperada cacería. Repentinamente el fantasma tomó colosales proporciones, y como un torbellino que arrastra una débil paja, nos sacó sin lesión alguna por la puerta entreabierta hasta la placeta, donde pudimos recobrar nuestras facultades.

El fantasma, cambiando su forma en la de una bola de balcón, se paraba en lo alto de un ciprés del predio vecino, con la particularidad de descubrirse en su centro como un pequeño gusano de luz que antes no habíamos notado.

—Es preciso apoderarnos de ese enemigo,—me añadió intrépidamente mi compañero.—San Patricio, mi patrono, no permitirá seamos juguetes de un endriago.

No hubo tiempo de responder. El bulto negro rodó al suelo de un salto, y bajando *las Cuestecillas,* con nosotros detrás, se detuvo al pié del *Cuadrico,* para segnir su ruta de descenso por el *Chapiz*. Atravesó *el Puente de las Cornetas* agrandando sus formas, y subió á pasos lentos la cuesta del Rey Chico, hasta el dintel de la puerta de hierro. Allí volvió á recobrar su forma esférica, y allí mi amigo se abalanzó á cogerla, y sin conseguirlo del todo se introdujo en el

barranquillo que existe delante de los muros de la *Torre de los Picos* y baja desde *Fuente Peña*.

Con asombro nuestro la aparición tomó la figura de un perro de Terranova, de crecidas lanas negras, pero con la particularidad de tener un solo ojo, que brillaba con azufrada claridad.

—Ahora no te escaparás,—exclamó el irlandés, enarbolando su arma, que en sus fornidos puños lo era y terrible.

Pero al descargar el golpe, sin ruido, sin movimiento, sin señal de donde pudiera colegirse, el perro desapareció como si se lo hubiera tragado la tierra. Antes bien, al dar el golpe en vago, cayó mi compañero en el arroyo, y trabajo me costó el levantarlo, y más aún el reponernos del susto y del viaje, con un vaso de té en la fonda de los *Siete Suelos*.

A la siguiente mañana subimos al huerto. Un sol espléndido iluminaba estas ruinas, y el agujero de donde vimos salir tan extraordinario objeto, apenas era un estrecho nido de salamanquesas. No obstante, se empeñó, al aproximar su rostro á la ruina, en que aquella desquebrajadura olía á azufre, y yo confieso francamente que fuí de su opinión.

Nada ha vuelto á notarse desde hace tantos años. Mi amigo, al ascender, se fué á la corte; pero yo, por sí ó por no, habréis advertido que siempre me coloco á espaldas de aquel ángulo.

—Esa es una historia de perros que no creemos,—me dijeron entonces mis comensales.—El licor de la Jamaica forjó tales visiones en vuestros espíritus, y lo mismo tomásteis por perro lo que pudo ser gato ú otra alimaña semejante.

—¿Conque os burláis del uno? Pues en castigo habéis de oir la de otro que me refirió un dia con todo secreto la sibila que hasta hace poco era la guardiana de esta caverna.

—Te refieres á la *Forniela,* aquella vieja hechicera de quien Baltasar escribió:

«En su mano parece la ancha copa
reloj de arena que las horas marca.»

—La misma; el tipo más perfecto de los descendientes de los moros de Baeza en este viejo Albaicín.

—Entonces es seguro el sucedido,—añadió Ricardo el pintor;—copié su rostro para un cuadro de brujas, y á mí mismo me asustaba el contemplarlo.

Renováronse los vasos, y empecé mi nueva narración:

III.

Cuando subí una mañana á ver si abría un clavel, cuya planta cuidaba yo con singular esmero, por ser de los llamados de *bandera española,* hoy perdidos para los aficionados, noté que la Forniela, sin hacerme el saludo de costumbre, me conducía detrás de la arábiga y tradicional puerta en cuyo arco se ostentan las *tres estrellas* que dan nombre á la finca y al callejón.

Tiene este sitio la particularidad de encontrarse junto al quicio un agujero profundísimo que ahora veréis, y que sirve de entrada ó boca principal de uno de esos famosísimos subterráneos que existían

en los palacios de los jefes moros, y que se comunicaban con otros barrios y fortalezas de la población. Al adquirir esta ruinosa casa lo encontre relleno de cascajo, y no volví á ocuparme de él; pero en la mañana á que me refiero me lo encontré tapado por la Forniela con un peñón enorme.

—¿Qué ha ocurrido,—la pregunté,—para esta novedad? ¿Quieres guardar ese tesoro de escombros para venderlo á algún visitante extranjero?

—Silencio, señorito,—me respondió;—sabéis que no soy miedosa; pero lo que anoche vieron mis ojos, me hace querer echar sobre ese horrible agujero, no esa piedra, sino todo el peso de la Sierra de Elvira.

—Pues cuenta, que estoy absorto con tu conducta.

—Anoche, después que quedó acostado el tío Forniel, salí al patio á recoger unos trapos que tenía al oreo, cuando me sorprendió en la faena un ruido que salía de esos rincones. Como en esta casa dicen que hay un tesoro, no me causó espanto, antes bien, me acerqué al escalón, para decir al alma en pena aquello de, *de parte de Dios te pido...,* pero me salió la moza respondona, y el miedo se apoderó de todo mi ser, quedando pegada á este rincón sin movimiento.

De la espantosa mina salió primero un gatazo maltés, cuyos ojos brillaban como ascuas, y con unos bigotes negros erizados, que podían servir de lanzas de caballería. Después, hasta el número de trece, de diferentes tamaños y colores, que saltando, culebreando y sin mover ruido, cercaron el pié de esta higuera, á cuya cruz subió el primero, colocándose como en acecho de alguna cosa.

No tardaron muchos minutos, cuando se repitió el

estruendo, y la endiablada mina arrojó otro grupo de gatos, compuesto de dos negros de gran tamaño, que traían, tirándole del cuello con una cuerda, á otro animalucho de los que llamamos *moriscos,* espeluznado y renqueando.

Al llegar al pié del árbol, uno de aquellos alargó la cuerda al de lo alto, quien haciendo el papel de verdugo, la ató de una rama, diciendo con voz humana:

—«Así perezcan los traidores que entregan su patria al enemigo.»

El minino quedó bonitamente ahorcado, yo muerta de espanlo, y los verdugos, después de repetir las vueltas al tronco de la higuera, se volvieron por donde habían salido, al graznar de una lechuza que se paró en lo alto de la torre del Blanqueo.

No puedo decirle el tiempo que yo quedé como aletargada; pero cuando desperté á los primeros rayos del sol, sin enterar á mi esposo lo conduje al sitio á medio vestir, para que descolgase el cadáver del ajusticiado. Me hacía la ilusión de que tal vez en sus intestinos guardara algunos restos del tesoro que siempre estoy esperando.

En lugar del gato muerto, colgaban de las ramas los calzones de mi marido, que solo por arte de encantamiento pudieron salir de nuestro dormitorio, quien al verlos de espanta-pájaros, me dió un pescozón por el espectáculo.

Pero yo me vengaré de los duendes. Por el pronto, trabajo les mando si levantan esta tapadera, y en lo sucesivo yo buscaré un conjuro que les quite la gana de burlarse de una pobre vieja.

Esto me dijo y esto les refiero, para que compren-

dáis que en este huerto hay sucedidos para todos los gustos.

—Nada, nada, cuéntale esas historias á las jóvenes que te visitan, que yo de esta glorieta me atengo tan solo á los suculentos manjares y exquisitos licores con que nos obsequias.

No había acabado de pronunciar estas palabras el pintor, copa en mano, cuando debajo de la mesa resonó un terrible maullido, bamboleándose á seguida y cayendo á tierra con platos y botellas.

El que más cerca fué á reportarse de mis incrédulos compañeros, era Nicanor, que lo encontré turulato en la placeta de San Miguel el bajo, de rodillas aute su enorme crucifijo de piedra; mientras el militar me aseguraba á poco, que no volvería más sino de uniforme y hasta con lanza á aquel endemoniado sitio, donde los espíritus foletos se disfrazan para amargar la digestión, en individuos de la raza felina.

UNA ESCENA

Á MEDIADOS DEL SIGLO.

I.

Compadre,—decía Crispín el zapatero de la esquina de la calle del Horno del Oro, al guarda del paseo de la Carrera de Darro, en la noche del 4 de Febrero de 1840.—¿Hay pronunciamiento, ó es que Granada quiere derribar una vez más la lápida de la Constitución?

—Pero ¿no sabes, lengua maldecida, que la tienes tan puntiaguda como tus leznas, que ese tragín que notas es que hay bodorrio en casa de la Sinforiana, pues ya se formaliza la boda de su Maruja, con Pelaez el sargento de provinciales?

—¿Y para eso tantos aspavientos?

—Pues el lance no es para menos. El futuro, aunque le dobla la edad, es una proporción para la muchacha.

—¡Cuánta pamplina! Pues cuando entraba en casa de su madre con el pretexto del lavado de ropa, Curro Lainez, el contrabandista, de noche, y más bien

tarde que temprano, entonces no encendía tantas luminarias.

—Cállate, maldiciente, por eso te aborrece el barrio, y un día te van á echar con tu banquillo al río.

—Bueno, como usted quiera, tio Juanero; mas nadie creíamos ya que esa moneda falsa pasase. Verdad es, que los militares tienen la maldición de San Pedro.

—Y ¿cuál es esta, escorpión?

—Nada, cargar en todos los pueblos con los géneros averiados.

—¡Si te oyera el de los bigotes!

—¡Y á mí qué! Si él gasta sable, yo cuchilla siempre amolada, y es público que soy algo torero, y entiendo de capear las reses.

—¡Cuando te digo que vas á morir con los zapatos puestos! La Mariquilla es honrada, y si algo se murmuró de que guardaba las corachas de tabaco del Currillo era con buen fin. No hay otro oficio como el de contrabandista para ser decente.

—Ya resuella usted por la herida y se acuerda de sus buenos tiempos, y cómo colaba los fardos por las veredas de la acequia Real.

—Y si esta cojera de cuando me derribó el caballo en la línea de Gibraltar, no me hubiese retirado á este destino de inválidos, todavía diera ruido á los carabineros.

—Bueno está lo bueno, y sobre todo que encontrará la protección del señor Regidor.

—Dios se lo pague, y siga fumándose la mejor picadura que entre en la plaza. Pero me voy á la ceremonia, que soy uno de los convidados.

—Y yo también me cuelo, que habrá por lo menos

almendras. Voy á cerrar el portal, y seré uno de tantos.

Estas frases pusieron término al diálogo, yéndose cada cual á cumplir su cometido.

II.

En el comedio de la calle del Candil, subiendo, á mano derecha, existía por aquella época una casa de ancho portal con arco arábigo, corral y patio á la vez. Al traspasar los umbrales, y en medio, se veía una alberquilla rodeada de preciosas losetas de mármol, y una piedra más elevada con restos de signos cúficos, destruida al colocarle un prosáico caño de metal que servía de surtidor. Anchos cenadores rodeaban al patio, y destrozaban los calados de algunas esbeltas columnas, sogas entrelazadas que servían de tendedero de las ropas. Á la derecha una escalera de dos descansos y nuevo corredor sobre la galería baja; solo que allí las columnas eran ya de madera, y los techos, en que aún se descubrían incrustaciones de nácar, estaban casi destruidos por las goteras. Á esta galería daban las puertas de la cocina y demás habitaciones, siendo de notar las dos hojas de la sala que aún giraban sobre zapatas de caoba talladas, único resto aún visible del esplendor musulmán de los antiguos moradores del edificio.

Pues bien; aquel era el palacio señorial habitado por la tía Sinforiana, lavandera de fama, y cuya parroquia la formaban prebendados y mayorazgos. Nunca quiso admitir vecinos, aunque le sobraba espacio, y

lo ocupaba la inmensa torre con un bien surtido gallinero, y otras salas algo ocultas y con disimuladas puertas, en guarecer géneros perseguidos por el resguardo, lo que motivaba el que el murmurador vecindario llamara á el caserón, Gibraltar el Chico.

Aquella noche, la sala principal, que podía muy bien ser salón de sesiones de algún Ayuntamiento cabeza de partido, estaba radiante de luz y de colgaduras abigarradas de distintos colores y variados flecos, cubriendo el desconchado de las paredes y dándole el aspecto de una cruz de Mayo.

Para comodidad de la concurrencia, que era numerosa, se había traido las bancas de ánimas de la parroquia, y formado un altar con todos los accesorios para la sagrada ceremonia. La Sinforiana, que de sus ahorros y trajines contrabandescos poseía algunas peluconas de las de Cárlos III, quiso darles el aire y se permitió el lujo de que la boda fuese en su domicilio, y que el señor cura acudiese con todo el séquito necesario á bendecir la unión de la única hija de la lavandera, que era un primor, según la frase vulgar, en el plancheo de un camisón con chorreras y el rizado de albas y sobrepellices de la Metropolitana. El monaguillo Pepete, hijo de una ayudanta de enjabonado, acababa de encender la araña de cuatro brazos de cristal que pendía de una viga que en otros tiempos sostuvo un pebetero arábigo.

Ya estaba todo dispuesto cuando llegó el señor Cura y demás gente de la Iglesia, al mismo tiempo que otros convidados, y nuestro zapatero, que se colocó de manera de no ser muy visto, pero sí cerca de

la entrada de la cocina, donde había olido que se custodiaba el agasajo.

Verificó también su entrada triunfal la novia, que estaba hecha lo que se llama un ascua de oro. ¡Qué gitanillas en las orejas, qué gargantilla con broche de coral en la garganta! El pañuelo de Manila bordado con flores rojas de á cuarta, y una basquiña negra del mejor alepín que se cortaba en la Alcaicería, completaban su equipo, á más de una mantilla de encaje indicando ya el futuro cambio de estado. Junto á ella iba el novio con los bigotes más erizados que de costumbre, y las grandes charreteras insignias de su grado, sin dejar el tahalí y el enorme sable de vaina de correa, que le azotaba las pantorrillas. La madre y madrina llevaba en el traje todo el almidón que debía haber empleado en la semana, y parecía, según dicho de una envidiosa, á la campana gorda de la Catedral.

Crispín, así que divisó al sargento con el charrasco colgado, le dijo á su colega el guarda:

—Bien podía el Sr. Peláez haberse dejado el *sinable* en el dormitorio, pues si hay baile es muy posible que haga la vela; lo que sería de mucha risa para nosotros.

—Lo que no veo por aquí es ninguno de los del gremio de caballistas que acompañan al Curro en las costas. Eso es un desaire para la Sinforiana, que más de una vez ha ayudado á sacarlos de la cárcel con sus relaciones.

—Ello dirá, tío Pacorro,—le respondió aquél;—los contrabandos bien sabe que se meten de sorpresa. Pero reparad en la novia, que no tiene cara de encontrarse muy á gusto.

En efecto, Maruja respondía con un mohín de displicencia á las enhorabuenas que le daban sus compañeras.

Ya iba el señor Cura á tomar su libro, cuando se armó en la cocina un estrépito horrible, que puso en conmoción á la concurrencia. Mozuela hubo que se refugió debajo del lecho nupcial, y otras que por correr se dieron un baño en la alberquilla.

—Aquí del sable,—dijo el zapatero;—pero el novio, que también andaba escamado, se contentó con estar guardando á la muchacha, mientras la Sinforiana, más animosa, se entró en el guisandero y pudo cerciorarse del tumulto. Dos gatos habían querido probar antes que nadie las natillas, y á causa de su golosina derribaron tres carros de loza de Valencia y la enorme fuente, en cuyo condimento se habian consumido por docenas los huevos y los cuartillos de leche.

Se sosegaron los ánimos, la madre recogió los pedernales rotos y Crispín se entretuvo en comerse las sobras para testificar, decía, el buen sabor de la confitura.

Colocados por fin los novios en la forma que el ritual ordena, se guardó un poco de silencio, mirando todos á la cara á los contrayentes para ver cómo respondía la chica á la pregunta sacramental. Peláez había dicho un *sí* que hizo retemblar la araña, y al tocarle la respuesta á la Maruja, antes que sus labios se abrieran, un *no* redondo sonó por los ámbitos de la sala, sin que se pudiese averiguar de qué boca se había pronunciado.

Crispín guiñó el ojo al guarda, señalando una puer-

tecilla oculta que daba á la escalera falsa, mientras el sargento montando en cólera desenvainó, jurando que iba á cortar la lengua á todos los varones que había en el concurso.

Éstos se amoscaron, y ya iba á moverse la sarracina, cuando el señor Cura los sosegó, deseoso de terminar la ceremonia, antes que la congoja que simulaba afligir á la novia tomase mayor incremento.

Pero todo inútil; al terminar de nuevo la lectura de la epístola de San Pablo, y al ir á bendecir á los contrayentes, volvió á sonar una terrible detonación; la araña cayó al suelo, las luces se apagaron, y los convidados, empujándose por las escaleras, fueron muy pocos los que escaparon sin contusiones. El sexo bello fué más fuerte; conducidas por la novia, que sin duda estaba en el secreto, se refugiaron en la alcoba, y los menos asustadizos, con Crispín al frente, se entraron en la cocina, pues no era cosa de perdonar el festín cuando el gasto estaba ya hecho.

Á la Sinforiana le dió mal de corazón, y la parroquia, que fué respetada por los apagadores de las luces, se marchó asegurando que no volvería á celebrar bodas en casas particulares.

El sargento Peláez fué el más perjudicado. Con las correas de su uniforme y algunas más de sujetar mantas en los aparejos caballares lo ataron perfectamente, y así lo dejaron en el arroyo hasta que la ronda lo condujo á su casa, á meditar terribles proyectos de venganza. Pero todo se acrecentaba en su daño. Al salir á la calle al día siguiente, encontró colgado de sus rejas, el más enorme par de cuernos que lucieron bueyes en los cortijos de la vega granadina. Y lo peor

es, que todas las madrugadoras comadres habían examinado el adorno, y formado un gran corro cuando el sargento puso los pies en sus dinteles.

Echó, y con justicia, la culpa del obsequio al zapatero; fué á buscarlo, y á puntapiés rodó éste y el banquillo. Pero repuesto Crispín del imprevisto ataque, maniobró con su cuchilla é hizo un enorme siete en el venerable uniforme, que no encarnó, por haberse resbalado en los botones del peto.

Tuvo por más acertado pedir traslado al provincial de Málaga, y no se pasaron cuatro meses, cuando el Curro y la Maruja recibían tranquilamente del ya desenojado presbítero la bendición nupcial, mientras la Sinforiana, que no tragaba muy á gusto el *oficio* del novio, decía entre dientes:

—De todo me hubiera excusado echando los cerrojos en la puerta del sótano de los matutes.

No todo ha de venir favorable en el mundo. Si la trampa disimulada en la bodega de la casa servía para desorientar los carabineros, también dió cómodo acceso al Laínez y sus contrabandistas para que aguaran aquella boda y burlaran las decisiones de una suegra de las de más tomo y lomo de la parroquia del señor San Pedro.

EL AGUA SE VUELVE FUEGO.

I.

Madrugadas del mes de Agosto: ¡qué poco os dura el frescor de la brisa de la noche, y cómo á los primeros tintes de la aurora la atmósfera se entibia y no se necesita que asomen los rayos del sol para sentir el influjo del irresistible verano!

El camino de *la Fuente,* escondido entre el cerro de la dehesa de la Alhambra y los salves de los cármenes que lindan al río Darro, requiere, para brillar con todo el esplendor de su poesía, que la primavera lo adorne con sus galas; que las flores exhalen los perfumes de Mayo; y que los árboles, en vez de tintes amarillos, muestren los brotes con que la savia, fecundada por las lluvias de Abril, las engalana, para que el pájaro del amor entone alegre en sus copas el más melodioso de sus trinos.

II.

Pero la gente del bronce no entiende de esos perfiles, y como el calor la arroja de sus mal acondiciona-

das viviendas, las citas en el paseo de los Tristes menudean que es un contento, siendo lo pretextado el beber agua de la que de la acequia real se filtra á través de las raíces de las avellaneras, y que clara como los cristales alegra la vista y el paladar.

Y con tan plausible motivo, ya baja por la cuesta del Chapiz un pelotón de gente de ambos sexos con tres guitarras y dos bandurrias, á quien capitanea la *Corroncó,* una viuda de la placeta de los Ortegas, con cintura de tinaja, sus hoyos de viruelas en la cara, y más pelos de los que convienen al bello sexo en la misma.

Tiene un modo de terciarse la mantilla de franela, que no lleva en la cabeza, sino al talle, que indica pretensiones á valiente, y hasta afirmar lo que decía en sus momentos plácidos: que ella no se ataba las enaguas, sino los calzones.

Poseía casas propias; daba dineros á semanería, guardando en el cofre un gran lío de cañas rayadas, que se cotejaban sin cesar, y se burlaba de las disgustadas de sus cuentas de *partida doble,* que la motejaban de mixta de gitana y de morisca.

Su único defecto, que ella reconocía, era profesar gran cariño á las mozuelas, por no haber tenido sucesión de su infortunado matrimonio; por lo que las llevaba de paseo haciendo de madre y de rival de aquel famoso *D. Aniceto* que en la ciudad presidía *la llamada* de los chicos de las familias acomodadas.

El grupo, que se componía de nueve muchachas, además de los *tocaores,* atravesó el puente y empezó á subir la cuesta, hoy ya no vistosa, sino hundida, y

quitada la gracia especial que le prestaban sus revueltas.

—Niñas, que suban delante los varones, que ya conozco sus mañas; tiran al suelo el yesquero, y es para darse una ración de vista en lo que debe estar cubierto. Y si al menos todas estuviérais tan firmes como yo, que tengo dos piernas como las columnas del palacio de Cárlos V, pase; pero como algunas estáis montadas sobre alambres como los chamarices, esos son misterios que no deben salir al aire. Conque jorrio, y á la retaguardia.

Hubo de obedecerse á la presidenta, y terminada la ascensión, llegaron á la entrada de una cueva casi arruinada al presente.

—Hijas mías,—añadió la *Corroncó;*—aquí tenéis un espejo de lo que son las grandezas de este mundo. Tan miserable albergue cobijaba al negro *Denis,* que comía pescado crudo que le arrojaban por las calles, y le cargaban de esteras el día de *aserrar la vieja.* Pues de ahí lo sacaron unos ingleses, que ingleses habían de ser, para sentarlo en un trono africano que le venía de mayorazgo, y donde lo vistieron de sedas y de brillantes.

—Pero comadre,—replicó la Josefilla, pues era obligación denominar así á la marimacho;—¿ese negro es de quien contaba mi tía que lo llevaban á sus casas algunas señoras principales para examinar un rabo muy largo que tenía, porque era hijo del Diablo, como todos los de su color?

—El mismo, muchacha,—le contestó con sorna la preguntada,—y guárdate tú de apetecer rabos como ese, que morirías de espanto.

—¡Dios nos libre!,—exclamaron al unísono las chiquillas, santiguándose.

Acabóse de subir la cuesta, y entraron en las angostas veredas que dan acceso á las fincas de las lindes. Acá el carmen del tío Pepete, con una Era más grande que la propiedad, y donde, según los maldicientes, se trillaba más trigo que en Jesús del Valle; pues por virtud sobrenatural venían las gavillas á colocarse en la parva á las altas horas de la noche. Acullá, la huerta llamada entonces de las Cerezas, paraíso de los contrabandistas y matuteros, que desde la acequia se descolgaban al río Darro, verificando sus alijos en la ribera de los Curtidores. Y luego el molino del Jorobado, donde se conservaba el hielo de un año para otro; y muchas más heredades, hoy completamente distintas en condiciones y propietarios.

Y á todo esto filtraciones de agua formando charcos en el piso, para que las mozuelas dieran saltos luciendo las abrochadas botinas de tafilete, y los mancebos corearan con «olés y Dios bendiga lo que se tapa» en cada maniobra de aquéllas.

Llegóse, por fin, á la placeta de la fuente. Por oportuna casualidad estaba desierta. Sólo la guardiana del pequeño caño, vendedora eterna de arropía y azucarillos, se encontraba en su diminuta mesa con dos vasos de trasparente cristal, convidando á los aficionados.

Sentáronse en las carcomidas piedras que forman la cerca del encantador paraje, y los tocadores empezaron á templar los instrumentos. Aún los rayos del sol no penetraban por impedírselo la frondosa arboleda del monte vecino.

—No bebas agua todavía, Julia, que vienes sudando,—dijo la presidenta á una rubilla que tenía la cara como un madroño.

—Déjela usted que se refresque,—contestó otra,—que bastante calor le ha venido prestando el *Pistolica* por el camino.

—¿Y á tí el *Zurito,* so mala lengua,—le contestó el aludido,—no te ha quitado una chinche del cogote?

—Pocas bromas, ó se acaba la función antes de empezarse,—exclamó la Comadre, alzando unos brazos como dos parejuelos.—Aquí hemos venido á divertirnos, y no á echarse faltas á la cara; conque una rueda de agnardiente y su barreta de cañamones por barba; que yo pago.

Y sacando medio duro de un bolsillo con honores de alforja, lo entregó á la dulcera, quien con grande júbilo colocó la cesta en medio del corro.

Servido el alpiste y la meloja, comenzaron sus acordes las guitarras.

El *Fino,* que era un tejedor más danzarín que su lanzadera, inició las seguidillas, baile favorito de la jamona, cantándole su compinche el *Pelao* esta copla á la prima de su amigote:

«Del balcón de tus ojos
dí una caída;
no puedo levantarme
si no me miras.»

—¿Pero eso de la mirada es pulla?,—añadió la Vicenta.—Es que si mi sobrina es algo vizca, vale, no obstante, más que toda tu recondenada estirpe.

—Silencio, ó no vuelvo más con vosotras,—añadió

la jefa.—Estáis con la canícula más enrabiadas que las abispas.

—Corriente, anden los palillos, y siga la ópera.

Y entonó el *Fino:*

«¿Cómo quieres que vaya
de noche á verte,
si le temo á tu madre
más que á la muerte?»

—Y con sobrada razón, arrastrao,—respondió la haladora Vicenta;—como que tiene sentenciado echarte encima todos los tiestos de albahaca que hay en el balcón en cuanto te divise.

—Ya vendrá el tío Paco con la rebaja, que dicen que el Gobierno va á sacar una leva de viejas y nos vamos á quedar tranquilos.

—Ó bailar ó callarse, que yo lo dispongo, y cámbiese el toque, que hay quien se desatina por el fandango.

Los bandurristas obedecieron á la jefa, cuando al empezar los acordes aparecieron como por ensalmo y por el extremo opuesto, varios jóvenes de ambos sexos y dos ancianas guardadoras de las de menor edad, lo que hizo exclamar á la de la fuente:

—Son las guiferas de la calle Nueva, que traen las hijas á curarse en la *Fuente de Agrilla*.

Efectivamente, entre las recién venidas había dos muchachas pálidas y ojerosas, que parecían dos bacaladas de Holanda.

No gustó mucho á la comadre la aparición, y más cuando los barrios del Salvador y de la Virgen eran rivales incontrastables.

Pero la finura de la *Corroncó* se sobrepuso á ello; y después de brindarles con dulces y asientos, estrecharon las faldas, y entremezcladas se colocaron las hembras, aunque mirándose de reojo.

Resonaron los instrumentos, y se llenó la plazoleta con ocho parejas.

Las que permanecieron sentadas empezaron á cuchichear.

—¡Qué contento se pondría mi gato con tanto revoltillo!,—decía una albaicinera á sus vecinas, señalando á las recien llegadas.

Éstas, en el extremo opuesto, exclamaban:

—¡Cómo huele á aceite rancio!; estas laneras hay que agarrarlas con tenazas.

Á la Comadre un color se le iba y otro se le venía, pues sus acompañadas no hacían caso de sus señales.

—Coplas es lo que yo quiero, que después se remojará el tragadero,—añadió, excitando á los guitarristas.

La rubita entonó la siguiente:

«Yo quiero ser siempreviva,
y lirio en el campo no;
porque el lirio se marchita,
y la siempreviva no.»

—Eso es lo firme y lo de azúcar de canela,—exclamaron los de las alturas;—¡viva lo dorao!, y los aviones se queden para hacer el betún de los limpiabotas.

No sentó bien el elogio á los del Matadero, pues por acaso las opiladas eran del color de la morcilla que expendían; y encarándose uno de ellos con el que hablara, cantó:

«Lo moreno lo hizo Dios
y lo rubio fué un platero;
quédese lo rubio atrás,
viva sólo lo moreno».

Más imprudente fué todavía Inesilla la de la Charca, pues antes que acabara la última sílaba el matarife, saltó riyendo:

—Usted, la de la fuente, espante esas moscas,—señalando á las morenas;—que se van á comer los merengues.

Y sin que aquéllas respondieran, una prima de la Inés remachó el clavo diciendo:

—El agua de Agrilla quita la opilación; pero lo de feas, que si quieres.

Era ya mucho el escarceo, y sin que la matrona pudiese estorbarlo, uno de los de la Virgen arrimó un puntapié á la la cesta de los dulces, y otro acogotó con su misma guitarra á Pericuelo el tocador.

Los gritos de las hembras, que se avanzaron unas contra otras rodando por el empedrado, y los saltos y quites de los contendientes masculinos, que se tiraban sendos viajes con sus navajas de muelles, hubieran tenido mal fin, si un guarda de la *Dehesa,* hombre de armas tomar, y que había cumplido su campaña en Ceuta, no se presentase en el tumulto, y repartiendo culatazos á diestro y siniestro, no hubiese separado á los contendientes, que, aparte de algunos rasguños y desmejoramiento en las ropas, el daño no fué cosa mayor.

Marcháronse primero los del barrio bajo, afirmando su próxima venganza la noche de los altares, y quedó el campo por la Comadre, que obsequió con

un amplio trago al paladín, pues la bota tuvo la precaución de ponerla á salvo detrás de su humanidad.

Ya no hubo más ganas de jolgorio; y cómo el calor se dejaba sentir, descendieron las cuestas citándose para determinar sobre lo ocurrido, á la noche en la famosa *placeta del Mentidero,* donde la *Carrancó* afirmaba por todos los santos del Almanaque, que allí estarían libres de una nueva invasión de los bárbaros del Genil.

LA FLOR QUE HABLA.

LEYENDA.

I.

Me vence tu ruego,—y escribo, Dolores,—la dulce leyenda—que oí en una noche—del cálido Agosto—en medio de un bosque,—contar á una hada—oculta en un roble.—El eco esparcía,—en giros veloces,—los breves sonidos—que ignoran los hombres;—que tales acentos—son habla de dioses.

Conserva en memoria,—por más que te asombre,—de tiempos antiguos—relatos de amores.—Si acaso una lágrima—la miro que corre—por esas mejillas—capullos en brote, no temas, la acepto,—cual premio el más noble.—Será nueva perla—de un mar de ilusiones,—que preste á mi trova—brillantes colores.

II.

La oración de la tarde la anuncia el Muezzin desde la mezquita principal del barrio de la Alcazaba.

Bañada por la acequia de Ainadamar se alza la casa

de recreo de *las Cuatro Torres,* que dan nombre al edificio, casi oculto entre la frondosa arboleda del *Collado de los Almendros.*

Por la senda trazada por filas de cinamomos y adelfas, cruza un ginete moro, de arrogante apostura, cuya juventud atrae las simpatías del que lo mira.

Su blanco alquicel contrasta con lo negro de su caballo del desierto, que piafa arrojando espuma al ser contenido por su ginete.

El caballero marcha con cautela, como deseando no ser visto, y aprovechando las primeras sombras de la noche, se dirige á una de las ventanas del edificio que mira al Poniente, y arroja un ramo de flores sujeto con un lazo verde. Después se retira por otro sendero aún más oculto, que conduce al *Panderón de las Brujas,* perdiéndose en las colinas que le rodean.

Se llama Rednán El Moforí, de la tribu de los Gazules, y una de las mejores lanzas de la corte de Mohamad II.

III.

Doralice es una doncella abencerraje, que según los poetas de su tiempo, con solo mirarla introduce en el corazón raudales de deleite.

Tipo perfecto de las houríes del paraíso de Mahoma, tiene ojos negros como la noche, cintura de palmera, y boca como granada entreabierta, que guardase perlas en su centro.

Pero la felicidad no anida en su corazón.

Azarque, el adusto batallador, el famoso alcaide de Colomera, no es el padre cariñoso que necesita una paloma sin hiel.

Sin consultar siquiera su voluntad, ha prometido al rey que será esposa de su favorito Andalla, el capitán rondeño, tan zafio y duro como las sierras de su país.

Pero la joven entregó su fe á Rednán, y en la renombrada zambra en que la sala de Comares fué el búcaro en que se reunieron las más hermosas doncellas granadinas, ella aceptó del galán un *clavel de color de rosa,* emblema del más puro amor, respondiéndole con una sencilla *margarita.*

Loco de alegría el mancebo al recibirla, entendió que *lo pensaré* que aquella simboliza, era mucho adelantar en su pretensión; y en efecto, al rondar una noche el palacio de su amada, cayó á sus piés, arrojada por invisible mano, *una blanquísima lila,* signo seguro de la primera emoción de un pecho que ama.

De aquí nacieron tiernas entrevistas en los jardines del inmenso palacio, protegidas por una esclava nubia, que diera su vida por la dicha de su joven señora; cambiando, por último, el ramo de *eliotropo*, que como amor frenético le entregara Rednán, por una *guirnalda de flores*, cadena amorosa que recibiera de manos de Doralice.

IV.

Apenas el primer rayo de la nueva luna se introdujo por las celosías del aposento de la mora, la es-

clava le entregó el ramo que había recogido de la galería cercana.

—Véis,—la dijo,—son *rosas blancas;* recomienda el sigilo de que tanto necesitamos.

—Sí, pero vienen dentro estos *jacintos,*—contestó Doralice, separándolos.—¿Qué nuevos dolores nos anuncia?

—¿Quién sabe? La voluntad de Allah es grande, y no puede dejarnos en este desamparo.

De pronto un ruido de pasos las hizo esconder precipitadamente las flores.

Azarque entró sin ceremonia, y dijo á la joven con la mayor frialdad:

—La próxima semana se celebrará tu boda, y después marcharemos todos á pasar la estación de los calores en tu nuevo castillo de Ronda.

Y sin aguardar respuesta se ausentó rápidamente, mientras la doncella caía desmayada en los brazos de la nubia.

V.

Hallábase el monarca agareno conversando con sus servidores en las suntuosas galerías del palacio, cuando un paje le anunció que un caballero gazul le suplicaba le escuchase.

Accedió al punto Mohamed, y presentándose galanamente ataviado Rednán, hincando la rodilla, dijo:

—Señor, un guerrero zegrí, por más que sea amado de vos, falta á las leyes de la nobleza, queriendo

desposar, sin ser correspondido, á la elegida de mi alma. Yo le acuso de traidor y mal caballero, y pido á vuestra alteza campo neutral donde combatirle y sostener mi dicho.

Quedó sorprendido el rey, y exclamó:

—Yo debo mantener siempre en mi corte las leyes de la hidalguía. ¿Á quién acusáis?

—Á Andalla el alcaide. Trata de robarme el bien que me pertenece; pero será pasando por encima de mi cadáver.

Frunció el ceño el monarca; pero reponiéndose, exclamó:

—Os doy mi real palabra, aunque me apenan estos disturbios entre mis mejores guerreros.

Y volviéndose á su Visir, le dijo:

—Nombraréis seis jueces del campo, y mañana, al salir el sol, en el palenque cerrado de Bibarrambla cuidaréis que se termine por las armas esta discordia, con arreglo á las leyes de la caballería.

VI.

Gran sorpresa recibió el feroz capitán rondeño al recibir la noticia del próximo combate. Pero al conocer la causa, su rabia no tuvo límites. Creía que la voluntad de Azarque debía ser ciegamente obedecida, según la costumbre de las mujeres árabes; y él, ocupado siempre en guerrear con los cristianos, se desdeñaba de conquistar corazones femeniles, habiendo fortalezas que asaltar en las fronteras de Castilla.

Azarque nada dijo á su hija. Obediente al soberano, tenía ciega confianza en la fuerza y valor de su campeón.

VII.

Un sol espléndido iluminaba la anchurosa plaza, donde, al par de torneos y cañas, se celebraban en ocasiones sangrientos combates.

Un gentío inmenso llenaba las gradas, y muchas doncellas moras hacían fervientes votos por el triunfo del caballero gazul.

Al primer sonido de las trompetas se presentaron, por opuestos lados, los combatientes.

El zegrí ostentaba negra armadura; montaba un poderoso caballo andaluz, y el emblema de su escudo denotaba, al pintar en él un *jazmín amarillo,* los celos que le atormentaban.

Rednán, en cambio, ginete en un ligero corcel arábigo con finísima armadura turquesca, mostraba en su adarga un frondoso *espino blanco,* señal de la más consoladora esperanza.

Aunque el joven amante obtuvo todas las simpatías, los temores de su derrota se aumentaban al ver la fuerza y energía de su contrario.

Dada la señal de combatir, partieron á toda carrera el uno contra el otro, la lanza en ristre.

¡Cómo el joven Rednán había de poder resistir el terrible empuje del rondeño!

Así lo comprendió, y con una hábil maniobra de

su ligerísimo corcel, esquivó el bote de su adversario.

Éste, al herir en el vacío, llevado de su impetuoso coraje, no pudo contenerse, y caballo y caballero rodaron en la arena.

Un clamor de alegría se elevó en los aires. La victoria quedaba por el enamorado musulmán.

VIII.

Á los dos meses, y bajo los auspicios del bondadoso Mohamad, apellidado el Magnánimo por sus vasallos, se celebraron las bodas de los fieles amantes, yendo á saciar su rabia el zegri en contínuas correrías contra el enemigo.

El rey concedió su favor á Rednán al enterarse de la justicia de su demanda, y le dió para timbre de sus armas el *oloroso tilo,* dulce símbolo del amor conyugal.

EL CANCÓN. [1]

LEYENDA.

I.

Aún produce miedo el pasar por el sitio que voy á describir. Los que se precian de valerosos, que acudan en las altas horas de las noches de invierno; atraviesen la calle de la Cárcel Alta; se detengan un poco ante su cerrada puerta, de donde parece que se escuchan los lamentos de los criminales, y se viene á la memoria la fúnebre comitiva de los reos que marchaban al patíbulo; sigan la sólida muralla que resguarda los calabozos del Dragón y de la torre de Santa Bárbara; pasen la esquina de la sombría callejuela del Aire, y andando para la de San Juan de los Reyes, á pocos pasos á la derecha encontrarán un espacio, hoy cerrado, y que sin embargo semeja un sitio de lobreguez y de tristeza. Entonces, en el silencio y en la oscuridad, creerán ver fantasmas cerniéndose en aquellas sucias paredes, y oir gritos desarticulados de terrible desesperación.

(1) Palabra con que se asustaba y se asusta á los niños desde el siglo anterior.

Y el despreocupado apretará el paso, no sin que le tiemblen las articulaciones, y mucha será su suerte si no rueda por los empinados escalones de la cuesta de los Aceituneros.

Eso es al presente; pero á principios del siglo diez y ocho no existía la tapia á que nos referimos, y sí una honda rinconada, á la que caían ventanas, rejas y postigos de los edificios de las otras calles.

Sobre todo llamaban la atención unos arcos con fortísimos hierros á flor de tierra, semejando acueductos, que pertenecían á los sótanos de la anchurosa cuanto umbría casa que se conoce por la de los Migueletes.

Y sobre estas raras construcciones se alzaba una enorme reja con pinchos al exterior y una rara coronación del mismo metal, que figuraba un águila con las alas extendidas.

Era el despacho de un famoso alcalde del crimen de la cercana Chancillería, cuyo nombre, según las crónicas, era Pedro Vascón, soltero, y al parecer de austeras costumbres. Huyendo del bullicio tenía su despacho en aquel apartado local, donde maduraba los procesos y escribía las sentencias, siempre tan severas como su fisonomía.

Por casualidad daba enfrente la ventana de una casa de mediana apariencia, en que vivía un honrado menestral, de apellido Vidarte, de los mejores artífices armeros de la ciudad.

Viudo y con una sola hija, consuelo de sus aflicciones y alegría de sus canas, al cuidado de una parienta de su difunta esposa, compartía su tiempo entre los trabajos de su oficio y los deberes de su casa.

La joven, de nombre Rosalía, era un conjunto de virtudes y hermosura. Contaba veinte años y un rostro capaz de seducir al más indiferente.

Desde su escondite hubo de contemplarla el curial vecino, y le inspiró la más terrible de las pasiones. Para conquistarse el afecto del padre, le hacía repetidas visitas en su tienda de *los Cuchilleros,* donde adquiría y pagaba á buen precio armas que de seguro no necesitaba. Una vez hizo la compra de un magnífico cuchillo de caza, al que el maestro habia grabado su nombre en la hoja, por conservarlo para sí, por ser una maravilla de fabricación; pero que tuvo que acceder á los ruegos del vecino y á los sendos doblones que depositara en el mostrador.

Miéntras, la joven estaba ajena á tan inoportuno rondador; y una vez que por acaso estaba en su ventana regando un tiesto de claveles, al ver el repugnante rostro del golilla que le expresaba con ademanes su pasión, cerró asustada los postigos, llevando el más enorme ventanazo que dieron doncellas á infortunados pretendientes.

Así las cosas, fué Rosalía al Zacatín á presenciar la procesión del Corpus casa de un comerciante en sedas, amigo íntimo de su padre, y acertó á mirar la compañía de arcabuceros de los tercios reales, á cuyo frente iba el capitán Álvaro de Rosende, mozo sevillano tan joven como rico y valeroso. Se cruzaron sus miradas, y desde aquel momento se fundieron en una sus almas. Álvaro averiguó la morada de ella; la declaró su amor, obteniendo la más favorable respuesta, bajo la promesa de que el galán favorecido obtuviese en su tiempo la venia paternal.

Y he aquí por qué una noche de Junio, y cerca de la madrugada, el alcalde del crimen, que no vivía sino pegado á la enorme reja, vió, loco de celos y de furor, hablando con Rosalía por la ventana de los claveles á un gallardo capitán que, retorciéndose el mostacho, juraba constancia eterna, apoyando su diestra en la cruz de su no pequeña espada.

Lo que en aquel pecho condenado se ocurriera, es indecible. Los sufrimientos del alcalde del crimen eran los de un condenado. Su habitación era un infierno, mientras enfrente disfrutaban de un paraíso.

El capitán era ducho en la materia, y la Rosalía, que le entregaba su primer amor, no tenía ya voluntad propia. La parienta, su guardiana, también estaba seducida por las prendas de aquél; y cuando el artesano respondió al capitán que no toleraría más entrevistas mientras sus padres no viniesen á pedir en toda regla la mano de su hija, el mayor desconsuelo reinó en aquella tan feliz morada.

¡Cómo iba D. Álvaro de Rosende, primogénito de un mayorazgo de los más ilustres, á obtener del autor de sus días que, en solemne forma, llegara al petitorio de una menestrala!

Pero como ambos amantes no cejaran en su empresa, ideó éste, que, atropellando por todo, salieran una madrugada con él la parienta y la Rosalía, y tomando el camino de Sevilla, presentarse repentinamente en la casa solariega, y al mirar el ángel que se entraba por sus puertas, todos los obstáculos serían superados.

No quiso afiliarse al complot la anciana; pero como el sueño todo lo vence, no habiendo amoroso pensa-

miento que lo desvele, aprovecharon la ocasión; y mientras en la plaza cercana esperaba un escudero con caballos aderezados para el viaje, el postigo se franqueó, y la hermosa apareció en él dando la mano al capitán.

No habían andado algunos pasos, cuando por ignorado resorte se abrió una de las férreas arcadas, saliendo con recatados pasos un bulto negro con un antifaz en el rostro y armado de un enorme puñal.

Antes que los amantes hubiesen franqueado la callejuela, dió un salto de tigre, y por la espalda clavó su arma homicida en ambos.

No lanzaron ni un grito, ni necesitaron otro golpe para caer al suelo cadáveres. El matador huyó por donde saliera, y los vecinos á los primeros rayos del día fueron testigos del horrible espectáculo.

Tocó instruir la causa á D. Pedro, y la primera providencia fué encarcelar al padre, fundado en que el cuchillo que atravesara el corazón del capitán llevaba su nombre, y que el impulso de vengar su honra le obligaría á ser el autor de tan tremendo crimen.

Aumentaba más el indicio lo abierto del postigo, por lo que Vidarte fué sometido al tormento, muriendo, á los dos días de sufrirlo, sin confesar nada de lo que se le exigía.

Para colmo del trágico suceso, á le semana siguiente apareció ahorcado de la inmensa reja de su habitación el terrible Juez.

El horror que antes, más que ahora, inspiraban los suicidas, hizo mirar el sitio como antesala del infierno, y á las oraciones nadie pasaba por allí sino á buen paso y santiguándose.

La Autoridad mandó tapiar reja y agujeros; pero el vulgo afirmaba á pesar de ello, que al dar la Vela la campanada de la una, un descomunal buho se posaba en el relieve de aquella, dando pavorosos graznidos.

Y corrieron los años, y la leyenda se refería de unos en otros; y las madres, cansadas de los lloriqueos de sus hijos, les amenazaban con llevarlos al fatídico recinto, para que fueran devorados por el *Cancón,* que en tal denominativo vino á quedar el nombre del golilla.

EL PATIO DE LOS SOLES.

I

Años hace que he visto florecer de nuevo los almendros del bosque de la Alhambra, desde que me ocurrió lo que voy á decir.

Bajaba de una de mis excursiones á las alturas. Concluía Abril, y el sol calentaba más de lo que podía esperarse de la entrada de la estación. Así es que, al llegar á la placeta de la Victoria, tuve que detenerme fatigado. En la cuesta del mismo nombre, que recorría despacio, apareció en su puerta, arrojando unos recortes de trapos, una antigua vecina mía, llamada Josefa, modista de costura en blanco y excelente bordadora.

—¡Cómo suda usted, señorito,—me dijo;—éntre y descanse un rato, y tenga presente que no hago á todos este ofrecimiento. Guardo ahí dentro un nido de golondrinas con faldas, y ni admito visitas ni tertulias. Cuando se van al oscurecer con sus familias, allá se las entiendan; pero en mis terrenos, quietud, como en las Niñas Nobles.

Picó mi curiosidad el preámbulo, y detrás de aquélla atravesé los dinteles del entreabierto portón.

Lo que presencié bien merece describirse.

La casa era antigua, y las grietas de sus muros atestiguaban las luchas con la intemperie.

Pero una extremada limpieza reinaba en el bajo donde se me conducía. Era un patio extenso, y el cenador de la entrada lo formaba un largo corredor que sostenían gruesas columnas de material. Á la izquierda y antes de la subida de la escalera, en un redondel de pleita que cubría la mitad del terreno, estaban cinco preciosas jóvenes, dos bordando en el mismo bastidor, y tres cosiendo telas que cada una conservaba en anchas cestas de mimbre.

Sus trajes de percal eran tan elegantes como sencillos; y el pañolito al talle y el gracioso peinado con sus flores por adorno, les daba un aspecto encantador.

En el extremo opuesto, y ya á la intemperie, el brocal de un pozo con una pulida tapadera de cobre, reflejaba los rayos de la luz.

Á la derecha, un arco árabe no muy sólido, daba acceso á un corralón, jardín cultivado en mejores tiempos, y depósito de cascajo de la cerca que estaba en ruinas, que defendían algunas punzantes higueras chumbas. Sí, se ostentaba en medio un laurel de tronco carcomido, cuyas hojas sirvieron en anteriores siglos para adornar los arcos de triunfo de los monarcas nazaritas.

Pero sobre todo, lo que me chocaba extraordinariamente era ver en el patio primero, y cubriendo toda la pared de enfrente, un enorme rosal, cuyas ramas parecían mezcladas de la clase de los de bengala

y de cien hojas. Á pesar de la ancianidad estaba frondoso en demasía, y sus varios tallos, saliendo de la tierra, se elevaban entrelazados hasta el alero.

—¿Os gusta mi rosal?,—me dijo la Josefa.—Cuando puede contemplarse es en el próximo Mayo. Parece una colcha encarnada de Damasco, tendida en la pared.

—Lo que me extraña,—la respondí,—es lo exuberante de su vejetación.

—Porque tiene encanto. Hace unos meses que nos lo explicó un caballero sabio, muy calvo y con gafas, que vino escudriñando antigüedades. Por cierto que se llevó dos pedazos de loseta que buscó en el cascajo, y que lió en el pañuelo con más cuidado que si fueran bizcochos.

—¿Y qué dijo?

—Que esta casa fué antaño de un rico y valeroso capitán moro llamado Azarque, á quien mataron los cristianos en las fronteras de Jaén; y que su esposa favorita sintió tanto su pérdida, que lo estuvo llorando al pié de este rosal hasta que murió de tristeza; y que afirman papeles añejos que por eso las rosas, que eran blancas, se han cambiado en encarnadas como las amapolas.

—Pues entonces quiero un capullo, á ver si me comunica el hechizo.

—¿Cree V. en esas cosas, caballero?,—me preguntó Carmen, una de las bordadoras.

Era una morena, bastante oscura, pero con unos ojos negros, un cabello rizado y unas formas, que daban escalofríos al contemplarla.

—¿Que si creo? ¡No he de creerlo! Pues si estoy

mirando ese hoyo que tienes en la barba, y quisiera, áun á costa de mi sosiego, ser inquilino de tan preciosa habitación.

—Pocos á pocos,—exclamó la Josefa. - Déjese de retruécanos, que V. ya tiene unas bendiciones encima, y en mi taller todo ha de ser tan limpio como los lienzos que se aderezan.

—Déjelo, maestra, que hable. Ya sabe que no tengo oídos más que para mi trabajo.

—¿Pues y novio?

—Buenos nos los dé Dios. Sepa V. que los de caballería se pasan y los de infantería no llegan. Y eso de que á la madrecita de mi alma le diga suegra ó le tenga un mal modo un pelele de esos que se estilan, no reza conmigo. Dicen que soy una buena oficiala, y con eso me basta para ganar mi sustento.

—No te iguala en ello la Dolores, que muy pronto habrá tortas y pan pintado,—salió á decir maliciosamente la más jovencilla de las costureras.

No se puede imaginar rostro más picaresco y agradable que el de la chiquilla. Gruesa, bajita, encarnada y la nariz de respingo, era un tipo singular de gracia y picardía. Sus compañeras la pusieron *La Perinola,* y se conformaba con el apodo.

La aludida se ruborizó, y yo añadí:

—Nunca mejor tiempo que el presente. Ya sabéis, niñas, que

Ocultos en el bosque
cantan los pájaros,
«no hay un mes para amores
como el de Mayo...»

—Eso es,—continuó la *Perinola.*—Que para enton-

ces tendremos boda y baile. Señorito, sepa V. que su novio es cajista de una imprenta, y también la manda sus coplas muy chuscas. Yo recuerdo la última, que decía:

«Á la flor de la violeta
y al perfume del jazmín,
me están oliendo tus labios
cuando te acercas á mí.»

—¿Esas tenemos?; pues el cantar me sabe á petición de un beso ó cosa parecida.

—Pues se equivoca de medio á medio,—añadió furiosa la mocita.—Yo hablo con mi novio por una rejilla alta, y que además tiene alambre.

—Sí; pero yo tenía un amigo que, en iguales circunstancias, compró unos alicates, y yo me sé lo que allí pasaba.

—Eso será entre los de levita,—me replicó;—pero los artesanos tenemos una miajita más de crianza.

Callé, porque pudiera tener razón la Dolores.

—¿Y esa niña rubia, tan bonita como melancólica, qué la ocurre?,—pregunté á Josefa.

Antes que ésta hablase, me informó el diablillo suelto de la menorzuela:

—Tiene el amante sirviendo al rey; y, aunque no hay guerra, á lo mejor caen sobre las puntadas unas lagrimitas que dan el óleo.

—Pues á servirla me ofrezco,—añadí;—tengo una letra tan clara, que no necesitará para entenderla acudir al furriel del Regimiento. ¿Quieres, rubita, que sea tu amanuense?

—Muchas gracias,—dijo la aludida;—pero por dos

cuartos lo hace muy bien *Poco-veo,* el escribiente del Pié de la Torre.

—¿Y en esa retribución entra el papel?

—Bueno fuera,—exclamó la *Perinola.*—El papel lo compra Felisa en la Alcaicería, y tiene el pliego sus ribetes y dos angelotes abrazándose.

—Calla, habladora, así no te queremos,—murmuró la rubia.

—Porque digo las verdades. Y él te manda otras con un corazón pintado chorreando pimiento molido.

Tuvo que intervenir la maestra; pero era difícil restablecer el silencio.

—¿Y á tí quién te ronda?,—dije,—porque tus hechos me indican que has de ser tempranilla como las primeras cerezas.

—Pues también hay su quién,—me contestó la Josefa.—Es un cornetilla de los que vienen á ensayar á *las Angosturas.* Poco hace que dió en la puerta un pitorrazo como señal, huyendo en seguida. Pero le tengo sentenciado, si vuelve, tirarle un ladrillazo de ese cascajar, aunque me quede sin un *menumento histérico,* como decía el sabio que he referido.

Tocó el turno de amostazarse á la *Perinola;* pero viendo que yo no quitaba la vista de la quinta mozuela, exclamó:

—Ya que lo sabe V. todo, entérese también de lo de la Matilde.

Ésta era otra joven hermosa, de pelo castaño, alta, robusta, y con unas manos privilegiadas.

—Le habla á un labrador de las caserías, no le faltará pan ni vino cuando les aprieten el lazo; pero á bruto, ni la yunta de bueyes con que se acuesta.

Preciso era que la aludida defendiese á su galán, é iba á entablarse nueva discusión, cuando al mirar la puesta de los rayos luminosos, me levanté, y cortando un capullo del rosal encantado, me despedí de la Josefa y sus oficialas.

—Gracias miles,—las dije;—no sólo he descansado en este paraíso, sino que llevo los gérmenes de un artículo que he de escribir.

—¿Y cómo se titulará?,—me preguntó la morena, mirándome intencionadamente.

—Pues muy sencillo, hermosa mía; al recordar este primoroso recinto y vuestras divinas caras, no puede llamarse en justicia otra cosa que *el patio de los soles.*

MAMÁ Y NIÑAS.

HISTORIA ANTIGUA.

I.

Poco antes del cólera del 35, vino á residir en Granada, desde uno de los pueblecillos de la Alpujarra, una madre anciana con tres hijas solteras, viuda de un teniente de carabineros retirado, que se murió de viejo y de rabioso.

Tenía algunos posibles, y deseosa de colocar á sus vástagos, cosa difícil en el lugarejo, idesó, como decía, buscar un charco grande donde pudiera conseguir su objeto.

Tomó una casa oculta y poco espaciosa en la placeta de San Andrés, amueblándola de un modo sui géneris.

La sala era un baratillo. En el testero principal, un retrato feroz del esposo, en que todo eran bigotes, y á un lado la espada, y al otro las charreteras. Á un costado la estampa del general Espartero, y enfrente un cuadro con un escudo de nobleza, en que no faltaban las calderas y las raposas.

Doña Semproniana, que así se llamaba la vieja, tenía la locura de la aristocracia. Su abuelo fué mayo-

razgo, sus antepasados estuvieron en la Conquista, y tenían derecho á ser enterrados debajo de un ciruelo claudio que en el patio del cementerio plantó un sacristán que murió en olor de santidad.

Pero sus costumbres eran bien prosáicas, y ella cuidaba sus guisos, y las niñas las demás menudencias del hogar.

La mayor respondía al nombre de Victoria, en recuerdo de una acción en que el padre conquistó á los contrabandistas un borriquejo cargado de tabaco filipino. En ideas igualaba á su madre; por ser marquesa hubiera dado su alma al diablo, si este ángel caído se hubiera atrevido á aceptarla. Era muy seca, de las llamadas de dos espaldas, verde de color y cara de pocos amigos.

Á la segunda la bautizaron el día de San Patricio. Más fea que la otra, gruesa y alta en demasía, con andares masculinos, la daba, no obstante, de romántica, y bebía vinagre, aunque inútilmente, para borrar el color de sangre de toro de sus mofletes.

La última aparecía más horrible que las anteriores, y eso que pedir más fuera avaricia. Desmentía el adagio de que no hay quince años feos, y en el pueblo la llamaban *Dibujo,* pues su rostro era un empedrado de viruelas. Ésta su especialidad consistía en los novios. De buen grado concedería el dulce sí á un regimiento si se lo solicitara.

La madre, firme en la idea de la colocación de las hijas, decidió recibir tertulia, pero de hombres tan sólo, pues temía la competencia de las de su sexo; por lo que afirmaba que, para faldas, bastantes había con las suyas.

Pueden figurarse en qué consistiría la concurrencia. De militares, alférez el que más, y estudiantes de los de pupilo de á peseta.

Las escenas que allí ocurrieron son dignas de pasar á la posteridad. Todas las noches menudeaban las presentaciones, y la pobre señora no podía contar ni conocer quiénes eran los contertulios.

Éstos tomaron la casa por asalto. A las pocas *soirees* ya no había silla sana, y eso que eran todo lo vastas y firmes que entonces se usaban. Una vez se comieron la ensalada; otra se perdieron unos embutidos que vinieron del lugar, y no pudo nunca descubrirse á los autores. El acetre amanecía siempre colgado en la aldaba, menos cuando clavaron la puerta y tuvieron que subir por el balcón los operarios.

Á la aristócrata le presentaron como vizconde á un practicante de Medicina, que todo lo gastaba en vestirse, y en seguida fué aceptado como novio y hasta amo de la casa. Le cosían la ropa, y dejó sin pañuelos del bolsillo á la familia. Éste ocupaba el sillón de respeto, y hasta estaba facultado para echar firmas en el brasero, lo que D.ª Semproniana no permitía á los demás, llegando su rigidez á no soltar la paleta de la mano.

La Patricia la daba de notabilidad para el canto, y se acompañaba con la guitarra. Una vez cantó la *Atala,* y los tertulianos figuraron tal emoción, que se dejaron caer de espaldas y derribaron los dos velones de Lucena que alumbraban la fiesta. En otra, evitando el sentimentalismo por la catástrofe anterior, se entonó por lo flamenco con la *Jaca de terciopelo,* y después con *las Caleseras.* Al llegar al recitado del ma-

yoral á las mulas, fué tal el coro de los *soooó* y de los *arres* dados por los estudiantes, que acudió el alcalde de barrio y los serenos.

Así acababan las fiestas la mayor parte de las noches.

Á esta tiple de diez arrobas le convino enamorarse de un legista muy flaco y amarillo, pero más tunante que buen mozo. Llegó á tanto el romanticismo, que figurando el galán que sus padres se oponían al enlace, convinieron en tomar veneno una noche al primer canto del gallo. En efecto, el chico llevó un frasco, que Patricia apuró sin vacilar; pero en vez de morirse, tuvo una semana de laxitud que perdió parte de su volumen. El tósigo fué, en vez de cicuta, de la mejor sal de la higuera que se recetaba en el hospital.

Á la Victoria, estando hablando de madrugada con su vizconde, pues siempre escogían los taimados horas intempestivas, se llegó un grupo fingiéndose secuestradores para exigir un gran rescate del título, y dispararon un tiro de sal, que recogió la hembra, teniendo para rascarse dos meses.

Pero la mayor hazaña fué ejecutada con la *Dibujo*. Un cadetillo se encargó de enamorarla, haciéndose el celoso en extremo. En una de *las pavas* le exigió que con las manos cruzadas jurase su eterna pasión. Así lo hizo la simple, sacando los brazos por la reja, y acto contínuo dos compinches que estaban en el acecho, la ataron á los hierros con un fuerte cordel, armando después tal ruido, que todo el vecindario se asomó á las ventanas, mofándose de aquella víctima de Cupido.

Tuvo que escarmentar D.ª Semproniana, aunque

se entiende que los novios no volvieron más, y sólo admitía los qne creía de más edad y formales. Pero uno de éstos, á quien creía un tonto porque era de pocas palabras, pero de malos hechos, cuando estaban más contentos departiendo de los anteriores abusos, de pronto vació sobre el brasero una vejiga que llevaba llena de agua; y mientras la confusión de la humareda y de extenderse la ceniza por rostros y vestidos, incendió con fósforos los afelpados, y á poco más el sainete concluye en tragedia.

Aconsejó la Autoridad á la viuda que se dejase de saraos, y á poco la epidemia, con una valentía sin ejemplo, hizo presa en las dos hijas mayores, llevándoselas á descansar eternamente.

Con *Dibujo* no pudo. Se volvieron á su lugar, y las noticias que llegaban eran que ésta padecía de terribles insomnios. Pero una criada socarrona explicaba el caso diciendo, que en la habitación quedaba encendida una candileja, y al verse en la sombra de la pared se asustaba y con justicia. Aconsejó que se apagase la luz, y volvió el sosiego; pues era evidente, añadía, que *Dibujo* no podía dormir de fea.

DAU ESSEBAJ.

(LUZ DE LA AURORA.)

LEYENDA.

I.

Reinaba Jusef III, décimo tercer soberano de la dinastía de los Nazaritas.

Número fatídico, según las predicciones de los astrólogos.

Y que lo fué para Granada, bien lo consigna la historia.

Triste año el de 1410.

El infante de Castilla D. Fernando, que durante la minoría de D. Juan II tantos laureles ofreció á su patria, salió en el mes de Abril de la ciudad de Córdoba al frente de un formidable ejército cristiano.

Al atravesar las llanuras de Écija, se les incorporó el caudillo de la legión sevillana, el adelantado de Andalucía Perafán de Ribera, que conducía como segura prenda de victoria la espada del Rey Santo.

Tiernísima y edificante fué la entrega del venerado trofeo.

El infante salió á larga distancia á recibir á los soldados de la fe, é hincando una rodilla en tierra, besó con gran veneración la reliquia.

«Perafán de Ribera la empuñó entonces, y cercado de cruces y banderas y entusiasmado con el sonido marcial de mil clarines, cuyos ecos atronaban los vecinos campos, dejóla pendiente del arnés del esforzado príncipe.» (1)

Con tan poderoso refuerzo, atravesó cauteloso la frontera, llegando sin obstáculos á divisar la plaza enemiga, que deseaba conquistar, y que después de ganada le sirvió de glorioso sobrenombre.

Antequera, la populosa y renombrada ciudad árabe, cuya vega en riqueza y fertilidad sólo podía compararse con la granadina. Los moros la habían edificado en una altura, utilizando para una sólida fortaleza los restos de otra romana.

El río Guadalhorce fertilizaba sus tierras, y la rodeaban los torrentes del Alcázar y de las Adelfas.

El infante acertadamente dispuso sus huestes, y principió el asedio.

En vano Jusef reforzó la guarnición y encomendó la defensa al bizarro Alkarmen, uno de sus mejores adalides.

Inútil el socorro que llevaron los príncipes Aly y Ahmed. Nada pudieron lograr con su esfuerzo.

Á los cinco meses de una resistencia heróica, don Fernando enarboló su estandarte en la Alcazaba, ben-

(1) Anales de Sevilla, libro 10.

diciendo el Arzobispo de Santiago la pagana mezquita y convirtiéndose en púlpito el alminar desde donde el Almuedin había llamado á los musulmanes á practicar los ritos del Corán. (1)

Y los desgraciados habitantes de la fértil comarca que aún conservaban la vida, tuvieron que abandonar sus hogares, y amparándose en la capital del reino, les fueron concedidos valiosos terrenos en las faldas del palacio arábigo, y como para nueva custodia de los tesoros de la Alhambra, formaron muy en breve el barrio de la *Antequeruela*.

II.

Dos poderosos señores castellanos, D. Íñigo de Stúñiga y D. Juan Rodríguez de Castañeda, tuvieron una fuerte desavenencia. Concertaron un desafío; pero no pudiendo llevarlo á cabo en su país por la prohibición de la reina gobernadora, acudieron en demanda de campo neutral al monarca granadino. (2)

Jusef lo concedió, buscando manera de avenirlos, como lo obtuvo antes de derramarse sangre, y en la zambra verificada en su real palacio, los guerreros se abrazaron en testimonio de sincera amistad, obteniendo la conducta del caballeresco rey moro las simpatías de toda España.

---

(1) Lafuente Alcántara.—Tomo III.
(2) Conde, cap. 28.

III.

Acompañando á D. Íñigo vino un gallardo paje de apenas veinte años, y de una fisonomía seductora.

Gastón de Rosales era de una ilustre familia de León, de ascendientes muy valerosos, y así no se extrañaba su decidida afición á las lides. Pero además de sus prendas personales, tocaba diestramente el laud, y se distinguía en las danzas y recreos moriscos que le enseñara un renegado en el castillo de sus padres. Por la misma causa hablaba muy bien el árabe, y así es que fijó la atención de las damas granadinas.

En el último sarao que para despedida de los hidalgos castellanos dispuso el monarca, Gastón tuvo por pareja á Zelima, hija de Zaide, jefe de la caballería musulmana.

En ser la hermosura de aquella de las más privilegiadas de su raza, están contestes las crónicas de su tiempo. Era zegrí, con toda la arrogancia de los suyos, y con todo el encanto y la inocencia de las quince primaveras que contaba.

Por ella, sin duda, decía el romance:

«Galanes los de la corte
del rey moro de Granada,
quien dama zegrí no sirve,
no diga que sirve dama.»

Pareja más igual en donosura y gallardía no hubo en el sarao del magnífico salón de Embajadores.

Todas las miradas se fijaban en ellos. El rey regaló al paje una lujosa banda, y muchos capitanes infieles que conversaban con él, le donaron primorosas armas.

La mañana en que los guerreros cristianos, al despuntar la aurora, salían con su acompañamiento por la puerta de Elvira, echaron de menos á Gastón.

Pero D. Íñigo atribuyó esta falta á que se detendría saludando á tantos amigos como en la ciudad dejaba el lindo paje; y picando espuelas, determinaron aguardarlo en el primer descanso que hicieran en el camino. Mas todo fué inútil; el mancebo no se divisaba, y llegaron á la frontera sin que se les incorporase.

Allí despacharon correos á la ciudad, pero sin obtener noticias de aquél.

La cadena que lo sujetaba no era de hierro, sino de flores, y los eslabones de ésta son más imposibles de romperse.

IV.

Como siempre ocurre, el amor había hecho de las suyas.

Gastón se quedó oculto en casa de un hermano de Ahmet, su servidor en su país, y vistiendo el traje morisco, buscó ocasión de hablar con Zaida en los jardines de su palacio.

¡Qué noches tan felices las pasadas al pié de un ajiméz del palacio de la hermosa!

Apenas el centinela de la puerta de Bib-Monaita la franqueaba para el paso de los vecinos del populoso barrio, Gastón se dirigía á su oculta vivienda, pasando el día en componer frases en loor de la joven sarracena.

Iban á colmarse sus deseos, y en el mayor misterio se disponía el regreso á la patria para desposarse con Zaida ante los altares de la Virgen, cuando ocurrió un suceso que llenó de asombro á la corte musulmana.

¡Ay!; las pasiones de las mujeres árabes son tan terribles, como ardiente el sol africano que las inspira.

Existía en Granada una bellísima mora de la noble estirpe aldoradina, que pocos meses antes había llegado de Fez, en unión de su hermano Rednán, famoso guerrero entre los suyos, con una misiva secreta de su soberano para Jusef. Éste le hizo la más benévola acogida, y le dió á habitar uno de los cármenes del Dauro. Ella se llamaba *Dau Essebaj,* en castellano Luz de la Aurora. Y bien merecía este nombre. De alta estatura, morena, con ojos y cabellos negros, de cintura como las palmeras de su país natal, y de labios rojos como los claveles de los adarves, fué el blanco de las pretensiones de todos los galanes de la corte.

Pero su corazón era insensible. Y eso que pasaba de veinte primaveras. Pero ver á Gastón y sentir una pasión inmensa, fue obra de pocos minutos.

Sin embargo, el paje no reparó siquiera en la dama.

Ella, celosa como los tigres del desierto, valiéndose de un esclavo, supo enterarse de los amores del paje,

y luchando con su tormento y la nobleza de su alma, resolvió morir de pena al sentir el desaire del hombre que por primera vez había hecho latir su corazón.

Rednán, que la amaba en extremo, viéndola consumirse como rosa que se marchita, interrogó á sus servidores, y supo la causa de su desgracia.

Su coraje no tuvo límites.

Un vil cristiano despreciar á la hermosura más ponderada, por cuyas venas corría sangre de reyes, no era ofensa que pudiera quedar sin castigo.

Valiéndose del astuto esclavo, acechó una noche á Gastón, y lanzándole su reto, le obligó á tirar de la espada. Éste, desprevenido, ignorando la causa de aquella feroz acometida, se defendió mal, y el alfanje del africano hendió su cuello, yendo á caer exánime á las puertas de Zaida.

Cuando el rey tuvo noticia del hecho y se identificó la persona del paje, hizo embalsamar su cadáver, enviándolo con lucido séquito á Castilla.

No pudo descubrirse el matador. Pocos días después murieron Zaida y Luz de la Aurora, sin que los más famosos médicos determinaran su enfermedad. Sólo un anciano alquimista, que vivía retirado del mundo en una cueva de Sierra Nevada, al ser llamado á examinar los cadáveres, afirmó que la muerte de amor era la que se retrataba en sus inmóviles facciones.

Jusef mandó construirles juntos los mausoleos que encerraran sus restos, los que las jóvenes granadinas cubrían contínuamente de flores.

V.

Algunos siglos después, al descubrirse la *Rauda* ó panteón árabe que existió frente al costado de la iglesia de Santa María de la Alhambra, se vieron dos magníficas tumbas, en las que aún podían leerse los nombres de las doncellas que *murieron de amor,* según la crónica.

Se entiende, que... muchos años hace.

LA MANCEBÍA DEL CHAPIZ.

LEYENDA.

I

Existía por los años de 1572, en la muy famosa ciudad de Granada, un edificio tan destartalado como inmenso, que se componía de dos pisos y una torre, situado en la acera izquierda subiendo la cuesta del Chapiz, dando frente á los jardines del palacio del *Contraste de la seda;* y lindando por detrás con las murallas del antiguo recinto musulmán.

Contenía un patio con unos anchos cenadores, y un portalón oscuro con un poyo de material, que tanto servía de descanso como de escabel para montar en las caballerías.

Su dueño, Maese Francolino, tenía algo de genovés, poco de español y mucho de tunante. En el bajo figuraba como hostelero y tahur, y en el alto tenía más honorífico destino: era *el padre de la mancebía.*

Ayudábale en ambas tareas un marimacho, de apodo *la Gorriona,* que había tenido sus cuitas y vivido cuatro años en galeras.

Formaban una pareja oportuna. Pero gozaban de la protección de los señores de la Chancillería; pagaban bien sus alcabalas, y obedecían puntualmente las pracmáticas.

Así es, que aquella casa de reglamentados vicios era de lo más concurrida por todas las clases sociales, en hombres, se entiende, pues las mozas de partido, que no escaseaban, eran de lo peor de la sociedad, excepto sus rostros que, con raras exeepciones, presentaban una hermosura notable.

La noche en que principiaron los sucesos que vamos á referir, era de las más frías y tristes del mes de Noviembre.

Huyendo de la menuda lluvia que empezaba á caer, numerosa concurrencia se agolpaba en dos salones, tan largos como angostos, y los que no cabían en ellos se acomodaban en los cenadores, resguardados de la intemperie con unos lienzos tupidos, muestrario de toda clase de manchas y de remiendos. Sólo un ángulo en la izquierda estaba velado por un tapiz no menos mugriento que los encerados, que se comunicaba con el mostrador, y desde donde arrancaba una escalera que servía de subida al piso principal.

También daba al patio el notable rincón por un agujero que cubría una llamada puerta, y por donde en momentos dados podían escurrirse á la calle, por un postigo abierto en el muro colindante al hoy callejón de la Victoria.

Todo el piso bajo estaba cubierto de mesas tan feas como firmes, y de unos banquillos de nogal de reconocida dureza, que tanto servían de asiento como de armas ofensivas y aun arrojadizas.

El alumbrado era de lo más primitivo que puede figurarse. Candilejas de aceite clavadas en la pared, y con un mechero que atufaba las narices, menos cuando derramaba su untoso líquido sobre los concurrentes.

Sólo el mostrador colocado detrás de la puerta de enmedio, ostentaba un farol de reverbero, cuyos rayos se multiplicaban reflejándose en el arsenal de botellas, unidas á fuentes con manjares fiambres, que ostentaban los armarios.

Un sillón de baqueta hacía de trono para el monarca de tales dominios, quien en vez de cetro, usaba, pues al lado se descubría, una enorme tizona sin vaina, para estar más pronto en evitar una quimera ó cobrar un aposentamiento.

El público gritaba pidiendo cada cual sus menesteres, y el pobre galopín que les servía no se daba punto de reposo. El hostelero presentaba desde su sitio un rostro de grande satisfacción, en vista del extraordinario consumo.

—*Cucaracha* (que este era el nombre del adolescente),—le decía el dueño avivándole;—mueve esas piernas, hijo, que el alférez Gamboa se impacienta, y á otro puñetazo que dé, es capaz de derribar el tabique.

—Voy, señor; si bebe más vino que agua la tierra por Agosto. Pero no es de eso de lo que ahora se trata, sino de preguntar por la venida del bachiller Lainez y de otro cofrade.

—Yo no puedo separarme de aquí, que estoy al cuidado del postigo y del burdel. Redobla tu celo, picarón, que te ofrezco aumentarte la soldada.

Los llamamientos y gritos continuaban en aumento. Los jarros de espumoso vino llenaban las mesas, y en algunas empezaban á sonar los dados.

En la que ocupaba el alférez se descubrían tres hombres más. Gamboa era el mayor de ellos, aunque el más alegre y amigo de los festines. Con su largo bigote encrespado, su desmesurada tizona, sus enormes botas y su sombrero y capa que querían ser negros, á primera vista parecía tragarse los niños crudos; pero luego su natural bondadoso resaltaba desde los primeros instantes.

Otro de los comensales, también alférez, Segura, contrastaba notablemente con el primero. Joven, mejor equipado y airoso en su porte, carecía sin embargo de un rostro franco y simpático. Contaban que en la guerra de los Monfíes había ejercido terribles venganzas y asesinado á un sobrino de un caudillo principal, después de haber obtenido de su familia un crecido rescate. Ello es que un tinte sombrío se dibujaba en su frenre, y su mirada recelosa desconfiaba de cuanto se hallaba á su alrededor.

El tercero era un hombrecillo de traje raído y oscuro, entrado en años, de grande movilidad, y que respondía al nombre de Maese Luís el cirujano. Una señal característica podia distinguirle entre muchos. La punta de su nariz, convertida siempre en un encarnado pimiento; seña inequívoca de que la bebida era su verdadera pasión.

El otro que negligentemente ocupaba un ángulo de la tabla, se denominaba también bachiller Peralta. No tenía pelo de barba, y su aspecto místico, pues lo dedicaban á la iglesia, sentaba mal en aquel *pande-*

monium de malas cabezas. Aguardaba también á su íntimo Lainez, que se tardaba más de lo que tuviera por costumbre.

En las restantes mesas, los grupos eran distintos y heterogéneos.

No faltaban soldados y trabajadores y mozalvetes calaveras que se acompañaban con mozuelas de mal vivir, que bebían más que ellos con el cinismo mayor del mundo, en medio de ruidosas carcajadas y bromas de todo género.

—Galopín, insecto de camaranchón,—decía el alférez Gamboa al joven sirviente;—te rompo una costilla si no me respondes al momento dónde se encuentra el miembro más importante de esta mesa, el ilustre conquistador de los soles con faldellín de estos cármenes de Mahoma.

—Lo ignoro, señor soldado,—respondía el aludido; —pero la Loreto, que baja de las alturas, podrá satisfaceros mejor que vuestro humilde súbdito.

—Venga la Loreto, pillete, que ya la tengo preparado asiento en el revés de mi manteo.

—Miren el aspirante á órdenes cómo se trueca los hábitos,—replicó con sorna Maese Luís.

—El amor no conoce estados, y yo, Gamboa, el terror de los moros y de los cristianos, deliro por una muñeca á quien en hora oportuna iré á adorar de hinojos, si este vendabal cesa en su diluvio.

—Bien dicho está eso, Sr. Gamboa. Conque quedamos en que si el tiempo lo permite rondaréis las esquinas de la Pelirroja, cuyo padre ha ofrecido arrojaros toda la colada y hasta la caldera sobre el chambergo, cuando os coja en proporción.

—Bachiller y basta,—le replicó enfadado el alférez. —¿Quién os mete en dibujos ni en averiguar el color del pelo de la que amo? Si el padre quiere bautizarme de nuevo, cuenta será esa de arreglarla con sus costillas; pero vos, don Parlante, ved cuándo renováis el vestido á esa muchacha, que de todo quiere ser con vos menos Eva á la castellana.

—Bien hablado, bigotes de chibo,—interrumpió la Loreto, acercándose al grupo y sorbiendo de un jarro. —Estos estudiantes todo lo quieren gobernar con sentencias; y yo te digo, Peralta de mis entretelas, que, ó tiras los hábitos y ciñes espada en los tercios, ó busca otra que te zurza los agujeros de las dos únicas camisas que posees.

Grandes carcajadas acogieron el dicho de la muchacha.

—Ignorante, te perdono el vilipendio que haces á las letras, y siéntate á mi lado, para que cuando llegue mi alter ego, el Bachiller Lainez, á quien acudiré en mi pleito, te deje confusa, y cariacontecido á este tragabalas con sus razonamientos y conclusiones. No sabes, ingrata, lo que vale un tricornio, ni el porvenir que te espera agregándote á uno de los miembros de la insigne congregación estudiantil.

—¿Pero con todos esos merecimientos se llena la bolsa, ó se vacía?—contestó la mozuela. —Yo quiero unas arracadas de esmeraldas, y si no me las proporcionas, sabe que de tí no me acuerdo; que tanto valen mis orejas como las de la *Renegada,* y todos los días la festeja el señor alférez Segura con una joya.

—Que sea la última vez que te prevenga que no te ocupes de mis actos,—le dijo aquél con áspero

acento;—si no, harás conocimiento con la correa de mi talabarte.

Á la muchacha se le saltaron las lágrimas de coraje. Y era guapa y joven, de cuerpo esbelto y de formas incitantes, que hacía honor á su procedencia del barrio del Hageriz. Pero el quedarse huérfana la condujo en brazos del vicio, y le era fuerza soportar todo género de humillaciones.

—Distingo, Alférez, - replicó Peralta nada suave; —que la muchacha haya hecho mal, lo concedo; pero que pongáis en ella vuestras manos, lo niego. Y somos amigos; pero guardad vuestro mal humor para otras guerras, que aquí estamos de paz y de jolgorio.

—¿Esas tenemos?, -exclamó Maese Luís para evitar la querella.—Que pague un azumbre de vino el que se incomode. Pero este mancebo, este Lainez tan apetecido, ¿dónde se encuentra?

—Los amores nuevos. Se dice que una tapada lo trae frenético,—añadió Gamboa.—¿Quién había de hacerme creer que me abandonaría en una noche como esta?

Un rumor se escuchó de improviso entre el concurso al abrirse la puerta de la calle.

Un joven moreno, de rasgados ojos, de arrogante porte, como de veinte y cuatro años de edad, apareció vestido con el traje de los estudiantes de la época, con el aditamento de una espada de Toledo y una daga con guardamanos pendiente de la cintura. Saludó cortésmente á todos, sacudió el manteo y el mojado sombrero de picos, y fué á sentarse en la mesa con los demás comensales, á quienes estrechó alegremente la mano.

—Ya lo decía yo; era imposible faltaras á beber un sorbo con tu buen amigo.

—Imposible, mi querido Gamboa, antes bien, para indemnizaros de mi tardanza, costearé algunas botellas de lo rancio; y á tí, Loreto, te compraré el crespón más encarnado que semeje á tus labios, en recompensa de verte al lado de mi amigo Peralta, que se muere por tí, sin merecerlo.

—Con él me encuentras, porque tú no me has querido,—le respondió con el mayor cinismo la moza.

—Esa es la canción de todas,—añadió Maese Luís; este Apolo hace mal tercio á los galanes del universo. Mas que traigan el vino, y propongo un brindis en tu honor.

—Aceptado,—exclamaron en coro.

—*Cucaracha,* vino de mayor edad,—pidió Gamboa.

—Y corra el precioso líquido para humedeer las gargantas aquí presentes, que esta noche soy dichoso y poseo una bolsa llena de escudos de oro que mi buen padre me envió en recompensa de que en quince días no ha recibido noticias de motín estudiantil, ni reyerta de alguaciles en que se hallara complicado su primogénito.

—¡Viva el Bachiller Lainez!,—exclamó con voz formidable Francolino, dominando el tumulto.—Que viva el generoso estudiante, y bebamos á su salud y á su ventura.

Sosegada la bulla, Gamboa interpeló á su amigo.

—Mucho celebro tu dicha, Lainez, y pocas veces he visto tu rostro más radiante de alegría. Pero fal-

tarías á la mejor cualidad de nuestro compañerismo, si no revelas al momento el nombre, las señas y hasta el domicilio de esa hembra que así trastorna la mollera y logra retardar dos horas mortales la bienvenida del más insigne estudiante, á quien mejor que esos hábitos cuadraría la banda de capitán de un tercio de arcabuceros.

- Gracias mil, bravo Gamboa; pero esta aventura que me desvela no ha sido aún llevada á cabo, y se me ha exigido guardar el secreto, bajo solemne juramento sobre la cruz de mi espada.

—Doble motivo para conocerla,—exclamó Peralta.—Cuando una mujer se encubre, ó es fea, ó vieja, ó tiene sobre sí una historia non sancta. Cuéntanos el cómo y el porqué de semejante hallazgo, que tus comensales darán consejo, y Maese Luís conjurará con sus recetas cualquiera malevolencia de la tapada.

—Á tus órdenes siempre, Bachiller, exclamó el cirujano, empinándose una botella;—pero por la antigüedad de este vino te afirmo, que sé de un aforismo en la medicina que dice: «Lo que se tapa, se destapa.»

—Vaya, hijo,—añadió la Loreto,—tú eres el Perogrullo de la reunión; pero hay cosas como tu nariz, que si la cubrieras yo no la descubriría.

Volvieron á llenar los vasos para celebrar la ocurrencia, cuando una mujer cubierta con un manto fué á sentarse al lado del alférez Segura, que continuaba taciturno como de costumbre.

Éste se levantó con enojo, y la dijo:

—¿Cómo te permites abandonar nuestra morada para venir á buscarmé? ¿Qué ocurre, desgraciada?

La recién venida le contestó acercándosele:

—Me ha conducido la esclava, y he entrado por el portalón excusado. No puedo sosegar de espanto, bien lo sabes, en las noches en que los elementos se desencadenan. Vente conmigo.

—Eso nunca,—se apresuró á añadir el bachiller Peralta.—Permitid, buen alférez, que Jarifa, ó Dolores, si queréis mejor llamarla así, disfrute de nuestra compañía honrada, y oiga, y deseche á la par el susto, escuchando la nunca vista y ponderada historia que mi cofrade Lainez nos ha de relatar.

Éste se incorporó en seguida, y con la mayor cortesía acercó un taburete á la dama.

Segura pareció sosegarse, y tomando á su vez asiento, alargó un vaso á la joven.

Ésta se descubrió por completo, y pareció serenarse ante la animación que allí reinaba.

En verdad era hermosa la amante del huraño alférez. Tipo fiel de las monfies alpujarreñas, al unirse al soldado adoptó su religión, y era conocida por el nombre de la *Renegada,* que ya había sacado á colación la Loreto.

Pero en su rostro se notaba algo de lúgubre, y sus sonrisas parecían forzadas, haciendo parejas con su dueño en lo de silencioso y distraído.

—Venga la historia,—dijo Luís, cuando ya estuvieron colocados,—ó como beba otro vaso, no serán mis orejas las que la escuchen, aunque sea mejor que la de los doce pares de Francia.

—Sí, sí, la historia,—clamaron todos los de la mesa.

Lainez usó de la palabra.

—No será muy larga mi narración, pues yo ape

nas puedo darme cuenta de lo que me ocurre. Hace seis noches, cuando me retiré de vuestra compañía dejando á mi buen Gamboa en la calle donde está averiguando si los cabellos de una prójima son rubios ó rojos, seguí adelante hasta internarme en la de San Juan de los Reyes, descubriéndome ante la imagen de una Dolorosa, cuyo farol ardía en la esquina de la cuesta. Entonces se me acercó una mujer anciana y me dijo:

—Vengo siguiendo vuestros pasos, y he de hablaros si sois el que llaman Bachiller Lainez.

—El mismo, buena mujer,—la respondí.

—Dice el vulgo que sois alegre y pendenciero en demasía. Pero que vuestro corazón es tan noble como vuestro rostro, y amigo de ayudar á quien sufre, y de socorrer la desventura.

—Tomad un escudo, y gracias por esos elogios.

Pero la vieja, en vez de alargar la mano, añadió:

—No se trata de dinero; mucho pudiera daros si lo queréis.

—Pues entonces, ¿cuál es vuestra peticion?

—Si no tenéis miedo á dejaros vendar los ojos y á cogeros de mi brazo, de otra persona y no de mí sabréis lo que se necesita.

—Alguna dama desauciada de su galán y que no quería pasar la noche en claro,—murmuró la Loreto.

—Yo te creía más experto, Lainez; pero está visto que á los hombres para atraerlos es menester jugar con ellos á la gallina ciega.

—Detén la lengua, habladora,—le objetó Peralta, no sin propinarle un pellizco.—Tú no entiendes de cosas sublimes, sino de escudos y de alhajas.

—Claro, como que mi primer amor fué un platero; pero de tu mano, estudiantón, ni unos ni otras caerán muchos en libra, —le replicó descaradamente la moza.

—Silencio,—exclamó Maese Luís,—pues si interrumpimos al disertante, se va á distraer como estas figuras de mi derecha,— señalando á la mora y al alférez,—y entonces, adiós el cuento.

—No lo es, maese, y oidme ya que lo habéis solicitado,—contestó Lainez.—Os consta que no soy cobarde, y creí pudieran llamarme así si no aceptaba la aventura. Me dejé cegar, y agarrado de la vieja, dando vueltas y revueltas nos detuvimos ante un postigo, que se abrió sigilosamente, yendo á descansar del viaje en un aposento severamente amueblado, y con una sola lámpara para iluminarlo. No estuve solo sino pocos minutos. La vieja desapareció por una puerta oculta en los tapices, y por la misma penetró una dama vistiendo un rico traje de luto, á la usanza de las jóvenes de la nobleza, y cuyo porte y distinción cautivaba desde el principio.

—¿Pero el rostro cómo era?,—preguntó la incorregible Loreto.—¿Tenía arrugas disfrazadas, ó el colorete tapaba algunos hoyos de viruelas?

—No puedo responderte, mujer. La dama se cubría con un tupido antifaz negro, y sólo miré que sus manos eran blanquísimas, y dos largas trenzas de negros cabellos caían á su espalda, saliendo de su también negro tocado.

—Fea y refea; me afirmo en mi dicho. Para ese viaje no necesitabas las alforjas de la bruja y del tapa-

miento,—insinuó la moza de partido, que no perdonaba los desaires del bachiller.

—Te equivocas,—añadió éste. Su voz era tan melodiosa y sus frases tan conmovedoras, que sólo un ángel pudiera pronunciarlas. «Hidalgo, me dijo: soy una huérfana desvalida y sóla, pues mi familia fué víctima de un infame asesino. Sólo aliento para la venganza. Tengo oro para comprar sobradamente puñales que hieran; pero no es así como quiero satisfacer mi justo encono. Es preciso desenmascarar al traidor, y que en su frente se marque el sello del oprobio. No espero en la justicia de los hombres, y sí en la de Dios. Mas pudiera el pesar que me devora hacerme morir antes de conocerla, y para evitarlo acudo á vos, tenido como perfecto caballero entre los de vuestra raza.»

La frente del alférez Segura y la de Jarifa se iban arrugando ante las palabras del joven. Sus ojos despedían miradas siniestras.

—Y bien, ¿qué os confió?,—preguntó aquél, rompiendo su habitual silencio.

—Aún nada sé, alférez. La dije: ¿No sois de nuestra raza? Y la dama me hizo un signo negativo. Picada más y más mi curiosidad, le ofrecí mi espada y mi ayuda siempre que fuera en buena lid y por causa justa. Conocí su emoción, y su respuesta fué asegurármelo. «Os acepto por mi campeón, añadió con voz más firme. Retiraos en la misma forma que habéis venido, y ya recibiréis noticia detallada de lo que anhelo.» ¿Y cómo he de obtenerla? «Dentro de cinco días, aguardad en el mismo sitio y á la hora en que recibísteis mi mensaje.» ¿Y cuál será mi recompensa?

«¿Qué deseáis?» Veros el rostro antes de combatir por vuestra causa. «Será, hidalgo, y si tenéis hermanas y familia, os bendecirán á mis ruegos, al obtener la reparación que solicito.» Me despidió con una señal. Me atreví á coger su mano, y estampé en ella un respetuoso beso. Estaba helada como un mármol. Esta noche, después de larga espera, la anciana se apareció dándome este billete.

—¿Qué dice?,—preguntaron todos.

—«Mañana sabréis mi historia, lo que de vos espero, y os mostraré mi rostro.» Y por ello mi alegría es inmensa; y ya tenéis explicado el motivo de mi tardanza y de mi obsequio,—concluyó el bachiller Lainez.

—Pues si necesitáis la ayuda de un amigo, Gamboa tiene su tizona presta á desenvainarse en vuestro obsequio.

Los demás añadieron igual oferta, menos Segura, que, levantándose sombrío, le dijo:

—Muy interesante es tu historia, pero tiene visos de ensueño; y como ya la tormenta ha cesado, dejamos vuestra amable compañía antes que el alba anuncie sus resplandores.

Y salió, llevándose por delante á la *Renegada.*

—No sé por qué me parece le ha disgustado al que se aleja tu relato,—le dijo á Lainez su compañero Peralta.

—Conciencia intranquila, rostro sañudo, —murmuró maese Luís, cayendo sobre la mesa completamente ebrio.

Ya amanecía cuando los jóvenes dejaron la taberna, citándose, como de costumbre, para la noche siguiente.

—Vamos, dómine,—dijo la Loreto á su amante;—para que te admita en mi compañía, es menester digas un latinajo á Gamboa, que vengue á mi compañera la Maruja del abandono en que la tiene; ella que tuvo el mal gusto de enamorarse de los bigotes de jabalí del señor Alférez.

—Deslenguada,—replicó éste;—Maruja se encariñó sólo con mis doblones, y únicamente estaba contenta los días de paga. Conque á mudar de bisiesto, ó ya sabes andará la marimorena.

—*Rubicundus erat Judas,* soldadote,—le espetó Peralta incómodo.

—¿Y qué traducción tiene ese romance?

—Nada, Gamboa; que el pelo de tu adorada es como el de un mal apóstol, y tú puedes servir también de Longinos siguiendo estas comparaciones bíblicas.

Á punto estuvo de incomodarse el aludido, cuando lo contuvo Lainez, yéndose á sus respectivos alojamientos á pensar cada uno en las dichas venideras.

II.

La queda acababa de sonar en la noche siguiente, cuando en una reja de la primera de las *siete calles* que desembocan en la Carrera de Darro, se abrió el postigo más alto y apareció una joven que, al acercarse nuestro conocido el alférez Gamboa, le dijo:

—Por complaceros acudo á vuestra cita. Pero mi señor padre dice que, ó venís con el cura acompaña-

do, ó me entrará monja y á vos os ocasionará un disgusto.

—En cuanto á lo primero, si vuestra voluntad es negativa, inútiles serán todos los sermones y artificios sotanescos; y á lo segundo, prefiero callarme por respeto al autor de la mejor hembra que me está haciendo cosquillas en lo íntimo del corazón. Pero como esto no puede continuar así, hermosa Lucía, descorred los cerrojos de ese postigo carcelero, y vámonos á mi domicilio, que os juro que para arrancaros de él son pocos todos los padres que reza en latín el almanaque de la Metropolitana.

—Bien dicen, que sois un atrevido,—le contestó la Pelirroja;—yo no saldré de mi casa sino con todos los rezos y bendiciones que manda la Santa Iglesia; y si otro es vuestro propósito, idos, señor alférez á embaucar inocentes, que aquí ya estáis como el que sobra.

—Vengan todos los curas del contorno, y hasta el Pontífice si es preciso; que ya puesto en el reebaladero me casaré con vos, y así me estén echando bendiciones hasta el día del Corpus como no abandono esta calle de Gumiel sin ser dueño del semblante más divino que crió el Señor para consuelo de los mortales.

La chica se sonrió, segura del triunfo, cuando de lo alto de la calle empezaron á disparar unas carretillas de fuego, sonando á la vez enormes cencerros y caracolas.

La abandonada Maruja, de acuerdo con la Loreto, quiso tomar venganza del soldado, y con ayuda de los compañeros de Peralta, que siempre quieren sos-

tener aquello de *arme cedant togue,* idearon el espectáculo.

Tiró Gamboa de la espada, pero una cuerda con disimulo colocada en la calle le hizo caer de bruces, mientras el padre de la Pelirroja y los vecinos acudieron con hachas embreadas á enterarse de lo acontecido, sin encontrar ni rastro, y sí al alférez magullado en el pavimento, y jurando de una manera que puso espanto en la concurrencia, que lo abandonó, en la seguridad de que era un alma condenada con disfraz de soldado de Su Majestad.

III.

Tranquilos, al parecer, se habían retirado de la Mancebía Segura y la *Renegada.* Pero al encerrarse en su habitación, y antes de conciliar el sueño, sostuvieron una larga conversación en arábigo, temerosos de ser entendidos por sus criados.

El relato del bachiller les había llenado de terror, y así decidieron vigilar sus pasos, y con la mayor energía evitar lo que les anunciaba su intranquila conciencia. Por eso á la noche siguiente, y cuando Lainez, fiel cumplidor de su promesa y con el corazón henchido de esperanza, entraba en el domicilio de la dama del antifaz, dos bultos que le habían seguido desde su posada se deslizaron á lo largo de la pared, tomando inmediatamente las señas de la casa, y retirándose con el mismo misterio con que se acercaron.

IV.

Y así habló la incógnita doncella:

—Sabed, caballero, que pertenezco á una de las más nobles familias moriscas. Cuando estalló la rebelión, mi padre Aben-Xenis y mi hermano Muley me hicieron marchar con el resto de la servidumbre al fortísimo castillo de Jubiles, donde creían dejarme á salvo de tantos desmanes como se han cometido en esta sangrienta guerra. Pero el autor de mis días murió en la batalla del puente de Tablate, sin poder celebrar la victoria de los suyos; y mi hermano, después de otros encuentros menos satisfactorios, tuvo que replegarse á la fortaleza donde me encontraba. Inútil fué el heróico valor de los de mi raza. El Marqués de Mondéjar ganó el pueblo y el castillo; y, á pesar de sus terminantes órdenes, la soldadesca entró á sangre y fuego hasta en la nueva Mezquita. Yo me encontraba oculta con los míos en una cueva en lo más intrincado de la sierra, cuando tres días después notamos la ausencia de una mujer joven, que más que servidora la considerábamos como de la familia. Llamábase Jarifa, y aunque de carácter violento, siempre nos había demostrado gran cariño, especialmente á mi hermano, á quien tal vez amaba en secreto. Éste, jamás reparó en aquélla; y, sin duda por vengarse, fué á denunciarnos á los castellanos. Así es que, al amanecer del siguiente día, un pelotón de soldados mandados por ese á quien llamáis alférez Segura, nos intimaron la rendición. No había medio

de resistir, y capitulamos. Muley trató con el alférez nuestro rescate y la obligación de guiarnos por sendas ocultas á Granada, para figurar que no habíamos abandonado nuestro domicilio; pero después de entregarle cuanto allí poseíamos, la escolta que nos condujo asesinó por su orden á mi hermano, casi al divisar las torres de la Alcazaba. Moribunda me condujeron á esta morada, donde un sacerdote cristiano menos fanático que el Inquisidor ha salvado mi vida y parte de mi hacienda. Terminada la guerra, pude averiguar que el odio de Jarifa, á quien aquí conocen por la *Renegada,* incitó al malvado guerrero á que cometiese tan horrendo crimen. Acudir en queja á las Autoridades enemigas, hubiera sido denunciarme; pero mi vida se consume sin ver el castigo del asesino de mi único hermano. Yo tengo noticias de que no todos los castellanos son lo mismo; que la hidalguía reina en la inmensa mayoría de sus corazones; y necesitando un campeón que en el juicio de Dios, á usanza de los de mi país, vuelva por mi derecho, os he escogido á vos, de quien la fama hizo llegar á mis oídos las cualidades que apetezco. Si me he equivocado, dispensadme; pero si no, si combatís para castigar al culpable, yo pediré de rodillas os bendiga esa Virgen sin mancha, que llamáis María inmaculada, y á quien el bondadoso sacerdote me ha enseñado á implorar.

Tan conmovido se encontraba el arrogante Lainez, que apenas pudo contestarla.

Pero reponiéndose, dijo:

—Os juro por lo más santo, noble dama, que acepto vuestra causa, y con la ayuda del Señor y en buena

lid, tomaré venganza de la sangre tan villanamente derramada.

Entonces Zoraida, que este era el nombre de la mora, se quitó el antifaz, y quedó descubierta su fisonomía.

El bachiller al mirarla parecía como acometido de un vértigo.

Era hermosísima. Sus ojos, de una expresión tan triste como afectuosa, penetraban en el alma, y sus frases hacían vibrar los más recónditos sentimientos.

No necesitaba de más Lainez. Con el mayor respeto dobló una rodilla, y al besar para despedirse la mano de Zoraida, bien puede asegurarse que quedó cautivo de sus encantos.

V.

—Te ofrecí mi espada, mi hidalgo bachiller, y ya que no admitiste la oferta, he hecho cumplidamente tu cometido.—Esto decía el alférez Gamboa sentado en una mesa de la hostería, al principio de la noche siguiente al de la entrevista. —Por señas que, á no ser un motivo tan poderoso, nunca fuera padrino de un duelo á muerte entre un compañero de armas y mi mejor amigo. Pero lo que ha de suceder, sucede, y jamás fuí partidario de ese alférez tan sombrío como receloso. Cuando suenen las ánimas, iremos á un rincón de las murallas y veremos el modo de terminar esta querella. Por cierto que Peralta juraba y perjuraba que era mucha honra la que dispensabas al contrario, y que él hubiese terminado

el asunto de menos caballeresca manera, por aquello de que «traición con traición se paga.»

—Es muy leal Peralta,— contestó Lainez;—pero abrigo la esperanza de triunfar, vista la razón que me acompaña. Quiero vivir, Gamboa; un sol de ventura ha iluminado mi camino, y á sus destellos descubro un porvenir de eterna felicidad.

—Así sea, bachiller; el amor en niños y en viejos es la más sabia medicina, y á tí te favorece Cupido como á su más leal servidor. Lo digo, porque si hubieras escuchado á la Loreto, tal vez te arrepentirías de los desprecios que la haces. Estoy seguro de que moriría si te ocurriera una desgracia. Y qué suerte que tienes, buen mozo; sé de esa y de otras que enloquecen por tus manteos.

—Cállate, Gamboa; ya no tengo más afán que Zoraida. Esa es la esperanza de mi vida.

—Conforme; ¿pero no sabes por qué Loreto aguanta á tu cofrade Peralta? Pues por ser tu íntimo, y se figura que eres el estudiante que se encuentra á su lado. Aún sobran horas,—añadió levantándose;—voy á conversar un rato con la que me trastorna la mollera, y en cuyo próximo bodorrio has de ser mi *to autem*, y volveré dispuesto á servirte. Bebe, en tanto, una botella de lo añejo, que el vino, si es bueno, es útil para el cuerpo y para el alma.

Cuando se marchó el alférez Gamboa, Lainez quedó meditabundo, con los codos apoyados sobre la mesa.

No había gran concurrencia aún en la sala. Empezaban á encenderse las luces; mas de repente el Cucaracha se le acercó, tocándole en el hombro,

—¿Qué me quieres, muchacho?—le dijo.

Oídas las palabras del galopín, Lainez salió á la puerta de la hostería. Las tinieblas se habían apoderado del contorno. Apenas se descubrían los bultos de dos personas, que cuando el bachiller procuraba indagar de dónde lo llamaban, uno de ellos, en traje de mujer, se le acercó por la espalda y le dió una terrible puñalada.

Lainez cayó al suelo como herido de un rayo.

El otro bulto, que se cubría con una negra capa, se le acercó con la espada en la mano y con intención de atravesarlo; mas antes de lograr su intento, otra mujer, que era nuestra conocida la Loreto, y que desde minutos antes venía observando sus movimientos, se lanzó sobre él, y con una daga le atravesó el pecho exclamando:

—Muere, vil asesino, ya que no eres capaz de ponerte delante de un caballero.

El alférez Segura, que era el encubierto, no dió ni un grito. Cayó herido de muerte, sin articular una sola palabra.

Momentos después Peralta y la Loreto conducían á Lainez á la mejor habitación de la Mancebía, mientras el alférez Gamboa, con ayuda de la ronda, levantaban el cadáver de Segura.

No pudo descubrirse el paradero de la *Renegada*.

VI.

Más de dos meses estuvo luchando Lainez entre la vida y la muerte, asistido de sus leales amigos y de

sus desconsolados padres, á los que acompañaba Zoraida.

El milagro tuvo efecto. El joven recuperó la salud, y la mora, convertida en María de la Esperanza, fué su esposa. El sacerdote que bendijo su unión verificó la de Gamboa con la Pelirroja, no sin que éste aguantara las pullas de la Loreto, á quien regalaron espléndidamente los padres de Lainez. Éste cambió sus hábitos por los arreos militares, llegando á ser uno de los mejores capitanes que en aquella gloriosa época tantos laureles conquistaron para España.

Maese Francolino, que tuvo mucho que ver con la justicia en este proceso, al que era por demás extraño, se contentó con poner una cruz en el muro adosado á su establecimiento, que, al decir de los antiguos, aún se conservaba á mediados de este ssglo.

VII.

Cuando los extranjeros que visitan á Granada admirando sus monumentos y escudriñando sus tradiciones y leyendas, suben á la famosa abadía del Sacro-Monte, de seguro que al llegar al primer tercio de la empinada cuesta, que parte del paredón del río, no repararán siquiera en una cerca ruinosa y grieteada, que denota su antigüedad á primera vista, y que deja al descubierto un trozo de la muralla que concluía en la ermita de *los Conversos*.

De fijo que ignorarán los dramas amorosos y sangrientos allí realizados hace cuatro siglos, y no evo-

carán en su fantasía las imágenes que se presentan al conocedor del paraje, y que toscamente hemos procurado describir.

Hoy, un solar abandonado, con una alberca destruída en medio, y una enfermiza higuera que la cubre, y que todo ello sirve de refugio á los guardas de consumos, es cuanto queda visible de aquella *Mancebía del Chapiz*, á que nuestros previsores gobernantes dieron tan sabias ordenanzas.

FÍN DE LA OBRA.

ÍNDICE

DE LO CONTENIDO EN ESTE TOMO.

	Páginas.
Introducción	VII
Una tarde en el Albaicín	XXV
Á toque de cuerda golpe de bendición	1
Esta casa se alquila	6
La Malagueña	14
Cuando se muere un pobre	21
San Antonio el Colorado	28
Cerezas	35
Hasta el fin nadie es dichoso	45
La boda de Mari-huye	52
En la Glorieta	62
Una escena á mediados del siglo	71
El agua se vuelve fuego	79
La flor que habla	88
El Cancón	95
El patio de los soles	101
Mamá y niñas	108
Luz de la Aurora	113
La Mancebía del Chapiz	121

ERRATAS.

Página	*Linea*	Dice	Debe decir
XIV	22	D. Juan de la Cruz.	D. Ramón de la Cruz.
XV	26	para	por
XVII	14	secándolo	sacándolo
XVIII	24	1855	1885
XXI	1	*coit motive*	*leit motive*
XXII	27	cantor	autor
XXIII	17	plácemes	placeres

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

Momentos de ocio, colección de poesías; un tomo.
A orillas del Dauro, novelas, artículos y leyendas; dos tomos.
Auras del Genil, colección de poesías serias y humorísticas; dos tomos.
Las noches del Albaicín, leyendas, tradiciones y cuentos granadinos; dos tomos.
Fiestas populares de Granada, colección de artículos de costumbres; un tomo.
Los días del Albaicín, leyendas granadinas, en verso y prosa; un tomo.
Tradiciones y leyendas, un tomo.
Cosas de Granada, leyendas y cuadros de antiguas y modernas costumbres granadinas; un tomo.

OBRAS DRAMÁTICAS.

El Laberinto, comedia en tres actos.
La Estrella de la Esperanza, comedia en tres actos.
Los Pensionistas, zarzuela en dos actos, música del maestro Luján.
Corte y Cortijo, comedia en un acto.
Antiguos y modernos, comedia en un acto.
Farinelli, zarzuela en tres actos, música de D. Mariano Vázquez.
Tres damas para un galán, comedia en tres actos.
La Nochebuena, apropósito cómico en un acto.

El Alcalde Vinagre, zarzuela en dos actos, música de D. Antonio Segura.

El bufón de D. Juan II, drama en tres actos, en colaboración con D. Pedro Mendo de Figueroa.

Glorias de Granada, loa en colaboración con D. Francisco Manzano Oliver.

El Liceo en escena, apropósito lírico, música de don Francisco de P. Valladar.

Los contrastes, zarzuela en un acto, música del maestro D. Celestino Vila.

Aurora, zarzuela en dos actos.

Los Inocentes, apropósito cómico-lírico en un acto.

DEL VELETA

Á SIERRA ELVIRA.

Esta obra consta de un tomo, que contiene los capítulos siguientes:

Introducción.
Una tarde en el Albaicín.
Á toque de cuerda golpe de bendición.
Esta casa se alquila.
La Malagueña.
Cuando se muere un pobre.
San Antonio el Colorado.
Cerezas.
Hasta el fin nadie es dichoso.
La boda de Mari-huye.
En la Glorieta.
Una escena á mediados del siglo.
El agua se vuelve fuego.
La flor que habla.
El Cancón.
El patio de los soles.
Mamá y niñas.
Luz de la Aurora.
La Mancebía del Chapiz.

Se vende al precio de **dos pesetas** cada ejemplar, en las principales librerías y en la Alhambra.

En Madrid y Provincias, casa de los corresponsales.